

Pauline
Delabroy-Allard

Voy a
hablar de
Sarah

Una noche, en una fiesta, dos mujeres se conocen por azar. Una vive su rutina de madre soltera y profesora con una pareja circunstancial. La otra es violinista, excéntrica, sensual y culta. Habla y ríe demasiado. Es Sarah.

A partir de entonces se suceden citas improvisadas, almuerzos, conciertos, lecturas, los cuartetos de Beethoven y la primavera en París. Hasta que un día Sarah dice: «Creo que me he enamorado de ti». Y se desata el amour fou, la pasión que quema a cada instante y que, como ocurre con todas las grandes pasiones, no puede acabar bien.

Voy a hablar de Sarah es la última gran revelación literaria francesa. Ha ganado importantes premios (estuvo a un paso del Goncourt) y ha sido comparada con Marguerite Duras y Yourcenar con su primera novela, hipnótica y arrasadora, que deja una huella indeleble

.

Pauline Delabroy-Allard

Voy a hablar de Sarah



Título original: *Ça raconte Sarah*
Pauline Delabroy-Allard, 2018

Traducción: M^a Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego, 2018

Revisión: 1.0
24/07/2019

Habrá silencio y ninguna palabra para decirlo.

ANNIE ERNAUX, *Los años*
(Madrid, Herce, 2008, traducción
de M^a Teresa Gallego Urrutia).

Noche clara oscuro día
tengo a mi ausente abrazada
y en mí solo se eterniza
lo que dijiste en voz baja.

LOUIS ARAGÓN, «*Las lilas*».

En la penumbra de las tres de la madrugada, abro los ojos. Me muero de calor pero no me atrevo a levantarme para abrir un poco más la ventana. Estoy acostada en su cama, en ese dormitorio que tan bien conozco, junto a su cuerpo dormido al fin tras una larga lucha contra las angustias que todo lo consumen, la cabeza, el vientre y el corazón. Habíamos estado hablando mucho para alejarlas, repelerlas hasta las fronteras de la noche, hicimos el amor y le acaricié el cuerpo para apaciguarlo. Dejé que mi mano fuera bajando por sus hombros, y luego por sus brazos, me había acurrucado pegada a su espalda y pasé mucho rato hiñendo la carne tierna de las nalgas. Estuve acechando su respiración, esperando a que el aliento pasara de jadeante a leve, a que los hipidos del llanto se espaciaran y a que la paz encontrase por fin el camino.

Qué calor hace en este cuarto. Me gustaría moverme un poco, notar el aire en la cara. Pero su cuerpo está tocando el mío, tiene la mano en mi brazo, y si me muevo me arriesgo a que se tambalee el edificio que he tardado tanto en construir. Su sueño es como un castillo de arena. Un movimiento y se pega el batacazo. Un movimiento y los ojos como platos. Un movimiento y vuelta a empezar. Escucho el ronroneo de su aliento cargado de sueño, me dan ganas de reírme de gusto, con la alegría que al fin he recuperado, por un instante. Me gustaría dejar la noche en suspenso y pasarme horas y horas, días y días escuchando ese zumbido, porque un zumbido significa «estoy viva», significa «existo», significa «estoy aquí». Y yo también estoy aquí, a su lado.

Dejo mi cuerpo achicharrado completamente inmóvil. Si para que el castillo de arena de su sueño no se desmorone hay que morir de calor, estoy dispuesta a morirme de calor. Fuera, en esa oscuridad grisácea que vislumbro por la ventana, cantan los pájaros. Parece que son miles, gorjeando a más y mejor, surcando el aire por doquier, como los pilotos más hábiles del mundo. Esta noche de bochorno es como si celebraran su 14 de Julio, se lanzan entusiasmados a hacer acrobacias aéreas, inventándose figuras a cuál más

peligrosa. En los árboles lejanos, unas tórtolas arrabaleras saludan la alborada con estridentes arrullos. Miro cómo se deslizan sus sombras raudas contra el cielo sucio. Estoy muerta de calor. Espero.

Vuelvo el rostro hacia su cuerpo quieto, tumbado de espaldas, completamente desnudo. Me fijo en la delicadeza de los tobillos, en los huesos puntiagudos de las caderas, en el vientre flexible y la esbeltez de los brazos, y en la prominencia de los labios en los que se posa una sonrisa muy leve. Observo los estragos de la enfermedad en ese cuerpo al que tanto quiero, los puntitos negros, en el vientre, de pinchazos y más pinchazos, la cicatriz cerca de la axila y el agujero debajo de la clavícula. Miro el rostro sosegado, completamente sosegado, la barbilla orgullosa aun cuando está dormida, las mejillas aterciopeladas, la línea brusca y sorprendente que forma la nariz, los párpados color malva cerrados al fin. En la penumbra de las tres de la madrugada, la miro dormir.

No logro, en esta noche de calor húmedo, despegar los ojos de su cuerpo desnudo ni de su cabeza como de cera. De su perfil de muerta.

I

1.

Voy a hablar de Sarah, de su belleza inédita, de su nariz abrupta de *rara avis*, de sus ojos de color inaudito, pedregoso, verde, no, qué va, verde no, sus ojos de absenta, de malaquita, de cardenillo rebajado, sus ojos de serpiente de párpados caídos. Voy a hablar de la primavera en que entró en mi vida como quien sube a escena, briosa y conquistadora. Victoriosa.

2.

Es una primavera como cualquier otra, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. Hay magnolios en flor en las glorietas parisinas y me da que les desgarran el corazón a quienes se fijan en ellos. A mí las magnolias abiertas de las glorietas me desgarran el corazón. Las miro todas las tardes, al volver del liceo, y todas las tardes esos pétalos grandes y pálidos me irritan un poco los ojos. Es una primavera como cualquier otra, con chaparrones repentinos, el olor del asfalto mojado, una especie de liviandad en el aire, un soplo de alegría que canturrea cuán frágil es todo.

Esa primavera voy andando como un fantasma. Llevo una vida que no creí que llevaría, una vida sola con una hija cuyo padre desapareció sin avisar. Un día, una tarde más bien, salió del piso y entonces. Y entonces nada. Así que resulta que puede ser que, de un día para otro, y quiero decir literalmente de

un día para otro, entre dos personas que llevan años queriéndose ya no haya miradas, ni palabras, ni diálogo, ni lenguaje, ni enfado, ni complicidad, ni cariño ni amor. Esa insensatez, esa aberración es lo que me constituye día a día. Pienso que la vida se va quedar en eso. No espero nada ni a nadie. Hay un chico nuevo en mi vida, un chico búlgaro. Cuando hablo de él lo llamo «mi compañero». Me acompaña, eso es, ya está, me acompaña en esta vida triste. Estoy a la espera. Hay una palabra que me da vueltas en la cabeza de forma lacerante, la palabra «latencia». Me digo a mí misma que debería buscar en el diccionario qué significa. Sé que estoy viviendo un periodo de latencia. No sé cuánto va a durar ni qué suceso le pondrá fin. Hasta entonces, todos los días se parecen un poco, entre mis obligaciones de madre joven, mis obligaciones de profesora joven, mis obligaciones de hija, de amiga y de novia del chico búlgaro. Me esmero en vivir la vida. No la vivo de verdad.

Pero soy una alumna aplicada. Me concentro tanto que saco la lengua. Visto bien, tengo buenos modales, soy encantadora. Recorro las calles del distrito XV en bicicleta, con mi hija detrás, en una sillita. Vamos al museo, al cine y al jardín botánico. Me veo guapa, me dicen que soy simpática y atenta con los demás. No monto numeritos. Soy madre de una niña perfecta, profesora de unos alumnos sobresalientes e hija de unos padres maravillosos. La vida podría haber seguido así mucho tiempo. Un largo túnel sin sorpresas, sin misterios.

3.

Un timbrazo brusco, como un latigazo en este piso donde reina un ambiente mesurado. Vamos todos de tiros largos para celebrar la Nochevieja, tres parejas que se miran de reojo, sorprendidas de estar aquí, demasiado compuestas. Todo resulta envarado, la decoración del piso, los temas de conversación y el atuendo de los comensales. Todo está estudiado. Serio. Rígido. El timbrazo parece sobresaltar a los muebles, que no deben de estar acostumbrados. Murmullos. «Es Sarah», se alegra alguien. No sé quién es

Sarah. «Claro que sí —me dicen—, ya os conocéis». Me describen cómo y cuándo. No me acuerdo de nada. La anfitriona va a abrir la puerta. Pues sí que es Sarah. No me suena.

Llega tarde, jadeante y risueña. Es un torbellino inesperado. Habla alto, deprisa, saca del bolso una botella de vino, algo de comer, un montón de cosas. Se quita la bufanda, el abrigo, los guantes y el gorro. Lo deja todo en el suelo, sobre la moqueta color crema. Se disculpa, bromea y revolotea. Habla mal, con palabras vulgares que parece que se quedan flotando en el aire mucho rato después de haberlas dicho. Hace demasiado ruido. No había nada, solo silencio, risas afectadas y rostros circunspectos, y de repente solo está ella. Resulta irritante. La anfitriona, con su vestido de noche, frunce el ceño. Sarah no se entera, da efusivos besos a todo el mundo. Se inclina hacia mí, huele al aire estimulante de finales de diciembre. Tiene las mejillas sonrosadas de las prisas. Se ha pasado maquillándose. No va muy bien vestida, no se ha puesto sus mejores galas, no está elegante, no se ha esmerado con el recogido. Habla mucho, se abalanza sobre la copa de vino que le ofrecen, se ríe a voces de los comentarios ingeniosos. Es jubilosa, exaltada y apasionada.

El instante parece ir a cámara lenta. La copa se me resbala de la mano, mi compañero dice «¡ay, no!», la copa revolotea en el aire, todo el mundo mira pero nadie puede hacer nada, ya es demasiado tarde, la copa se estampa en silencio en la moqueta color crema, todo el contenido se derrama y dibuja una forma abstracta de vino tinto en la moqueta color crema, un bonito cuadro minimalista, me quedo pálida y luego me ruborizo, apurada; la anfitriona, con su vestido de noche, está furiosa, es una catástrofe, un desastre, el dibujo rojo en la moqueta color crema, un imprevisto, un accidente. Una brecha.

Al cabo, pasamos a cenar. Elogiamos ese mantel tan bonito, esos cubiertos tan bonitos y ese menú tan bonito. Los sitios están asignados. Somos siete. La anfitriona, con su vestido de noche, indica dónde se sienta cada uno. A Sarah la pone a mi lado. A mi derecha.

Es violinista. Fuma cigarrillos. Va demasiado maquillada, de cerca resulta aún peor. Habla alto, se ríe mucho y es graciosa a su manera. Utiliza palabras que desconozco. Tiene una jerga personal. Se divierte con las palabras, se inventa expresiones y hace rimas porque sí. Cuenta cosas divertidas, historias con giros inesperados. Accede de buen grado a darme los detalles que le pido. Está viva. En el transcurso de la conversación me entero de que le gustan mucho los juegos de mesa, las caminatas por la montaña y cantar con la gente a la que quiere. Lleva ya varios años yendo al psicoanalista. Se tumba en el diván. Le resulta raro hablar de sí misma en un silencio gélido. Pero aun así vuelve, cree que es importante. Dos sesiones semanales. A veces tres.

5.

De madrugada salimos del edificio y vamos todos juntos al metro más cercano. Nos damos besos y abrazos en la acera, con esa curiosa sensación de estar en el primer día de un nuevo año. Nos referimos ya a la copa de vino derramada como una anécdota memorable, revivimos la película, añadimos detalles y describimos el ceño fruncido de la anfitriona, con su vestido de noche.

 Mi compañero dice, refiriéndose a Sarah: «¡Y qué persona tan curiosa, la chica esa!».

6.

Sarah me escribe al cabo de unos días, los primeros días del año nuevo. Estamos en enero, pero, una vez más, se obra el milagro. Una vez más, el invierno se da por vencido, renquea un poco e intenta lucirse como colofón, pero es demasiado tarde, se acabó, ha ganado la primavera. Cuando salgo del

liceo, el cielo está de lo más limpio, azulado, con un color algo desvaído, como una tela teñida. Unas nubes perezosas corren con el viento. La luna, discreta, en un rincón, también está presente, y el hecho de que la noche y el día se codeen como buenos amigos me estremece un poco. Las sombras se van alargando día a día en el asfalto y vuelvo a casa a pie por una luz dorada que no se parece a ninguna otra. Las calles de casas de piedra molar se llenan con el piar de los pájaros, un parloteo ininterrumpido, y casi se puede oír cómo las yemas de los árboles brotan en las ramas, verdes, delicadas y frágiles. Miro la luz que tiñe de rosa lo alto de los edificios. ¿Cuántas veces se me concederá aún la suerte inmensa de presenciar todo esto? ¿Cuántas veces podré volver a ver este espectáculo? ¿Una vez? ¿Quince? ¿Sesenta y tres? ¿Es esta la última, me pregunto, es esta la última vez que puedo sentir en el cuerpo el estremecimiento de una nueva estación? Sarah me escribe en los primeros días del año nuevo. Unas palabras, al principio, a las que contesto por educación. Y luego, cada vez más. Me dice que estaría bien volver a vernos. Sugiere que podríamos ir a un concierto a la Filarmónica. Sugiere que vayamos al cine, al teatro. Quedamos una vez, dos veces, cada vez más. El invierno se retira poco a poco, de puntillas, sin hacer ruido.

7.

Una mañana de marzo me escribe para decirme que está en el barrio del liceo donde trabajo y que si podemos comer juntas. Yo no puedo. No me da tiempo, tengo mucho que hacer, si mis compañeros se enterasen resultaría violento. Le digo que sí. Cuando llega la hora me escapo, con el corazón extrañamente regocijado. Hace bueno. Me está esperando en el metro. Se pone a hablar enseguida, muy deprisa, muy alto, gesticulando mucho con los brazos. Le brillan los ojos. Anda por la calzada, como si pasara mucho de los coches que se la pueden llevar por delante. Seguramente no se ha fijado en que me dan ganas de tirarle de la manga cada cinco minutos, porque parece tan distraída que me da miedo que tenga un accidente. Está viva.

8.

En el restaurante coreano habla tanto que el camarero tiene que venir a tomarnos nota por lo menos tres veces. Nunca está preparada. Me dice que no sabe elegir, que es un problema que tiene de toda la vida. Que querría esto, aquello y lo de más allá. Me cuenta que durante las huelgas que sacudieron toda Francia en 1995 aprendió a hacer autoestop por París. A la sazón tenía quince años. La miro y dejo de escucharla, la miro preguntándome qué aspecto tendría a los quince años y cómo sería la vida por entonces. París totalmente paralizada, enmudecida sin todos esos coches atronando las calles, o al menos algo más silenciosa, ronca. París con carraspera. Y Sarah con quince años, ahí en medio, seguramente ya con la mirada caída, seguramente ya con el estuche del violín a la espalda, bordeando como una equilibrista las aceras de ese distrito XVI en el que creció, con el pulgar levantado y la esperanza de que alguien la llevase. Al liceo, al conservatorio o a casa de sus amigos para ensayar. Al fin del mundo. Eso es lo que me imagino. Con quince años, Sarah hacía autoestop en un París afónico porque quería que la llevaran al fin del mundo. Es lo que me imagino y es con lo que me quedo.

Más tarde, cuando me acompaña de vuelta al liceo, o puede que fuera en la misma conversación, me cuenta la primera vez que bebió cerveza con su padre. El día no estaba muy avanzado; si no me falla la memoria, lo que ella recordaba era que su padre había ido a recogerla después de pasar una semana fuera, o la había acompañado a coger un tren. En cualquier caso, había una estación por medio. Así es como me represento la escena. Sarah y su padre, los dos sentados en las sillas metálicas del café de una estación. Es de día, pleno día, me acuerdo de que lo mencionó al contarme ese recuerdo. Es una chica joven, supongo que guapa pero no tengo ni idea. Y él, resulta difícil saber qué aspecto tiene. Fue hace quince años, ¿sería moreno? ¿Risueño? ¿Bromista, sentado cara a cara con su hija adolescente? El tesoro de su existencia, el astro de sus días, su niña bonita. Sarah me cuenta ese recuerdo riéndose, no sé por qué pero se ríe, *a posteriori*, al cabo de varios años, se ríe a carcajadas de la cara que puso su padre cuando ella pidió su primera caña,

del orgullo que la colmó entonces y del aplomo que tenía. Me imagino su actitud fanfarrona, el color inolvidable de la primera cerveza exigida con desfachatez, en pleno día, sentada en un café, con su padre. Me cuenta ese recuerdo y se ríe, ya no para de reírse, tanto que casi resulta contagioso. Al cabo de casi veinte años, se ríe al contarme lo atrevida que fue.

9.

Le pregunto cómo definiría la latencia. Ladea un poco la cabeza cuando le comento que tengo esa palabra sobreimpresa en las imágenes de mi vida, que no se me va de la cabeza y que no sé muy bien por qué, pero me obsesiona.

Al cabo de un silencio: «Es el tiempo que media entre dos grandes momentos importantes».

10.

Pasan los días. La primavera se acomoda, tranquilamente, sin apresurarse. Es una primavera como cualquier otra, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. Sarah se acomoda, en mi vida, tranquilamente, sin correr. Me invita al teatro y al cine. Fuma cigarrillos en la cocina de mi casa, una noche en que la invito a cenar. Me confía un secreto. Me dice que ese secreto nunca se lo ha contado a nadie. No se percata de lo turbada que estoy. Me regala el último disco que ha grabado con su cuarteto de cuerda. Un disco de Beethoven.

No sabe que en los días posteriores lo escucho una y otra vez. No sabe que leo obras críticas sobre música de cámara. No sabe que quiero saberlo todo, entenderlo todo y conocerlo todo. No sospecha ni por asomo que estoy

resentida conmigo misma por no haber sido mejor alumna cuando iba al conservatorio.

A mi compañero le hace gracia esta amistad súbita y un tanto brusca. No le cuento que cuando puedo elegir entre pasar un rato con él o con ella, la elijo a ella. Vamos juntos a la bienal de cuartetos de cuerda, en la Filarmónica, para ver tocar a Sarah. Es domingo por la tarde. Cuando llegamos, el aforo está completo, no quedan localidades. Brego con el taquillero, le pongo ojitos, le suplico y me enrabieta. Mi compañero dice que tampoco es para tanto, que iremos a oírlos otro día. Dice: «Venga, mujer, vamos a tomarnos un café fuera, al solecito». Me niego a rendirme. Lloro de rabia. No comprende qué me pasa. Acabo consiguiendo dos localidades, *in extremis*. Tenemos que sentarnos en unos asientos abatibles, muy lejos del escenario. Guiño los ojos para ver lo que pasa sobre las tablas. Conozco a los otros tres miembros del cuarteto. Cuando suben a escena, los cuatro, en fila india, me dan ganas de soltar una carcajada de lo nerviosa que estoy. La veo por primera vez peinada, elegante y distinguida. Lleva un vestido de concierto desconcertante, muy largo, negro, escotado por la espalda. Saludan al público antes de empezar a tocar. Me quedo sin aliento. Cuando acaba el primer movimiento del primer cuarteto, casi aplaudo. No me sé los códigos. No entiendo nada. Tengo los ojos fijos en la silueta de Sarah, tan pequeña, lejos, encima del escenario. Para la propina tocan algo que me deja atónita. Me dicen que es un movimiento de un cuarteto de Bartók, solo en *pizzicato*. No entiendo nada de lo que oigo. Aplaudo a más no poder, muy fuerte y mucho rato, tanto que me duelen las palmas.

11.

Sarah me pregunta qué hago los miércoles que no está mi hija. Voy al cine, sola. Le escribo para decírselo. Le digo qué cine es y a qué hora es el pase. Me sorprende deseando encontrármela a la salida, que me esté esperando. La película trata de los amoríos que sirven para olvidar un gran amor verdadero. Es una película en blanco y negro. La protagonista es guapísima. Me recuerda

una película de la Nouvelle Vague. Paladeo ese rato a solas en el cine. Me pregunto si Sarah vendrá. Termina la película. Corro afuera. Nadie. Está lloviendo. Voy andando deprisa y con la cabeza gacha, mirándome los botines que avanzan por su cuenta por los adoquines mojados de la calle de La Verrerie. Me suena el teléfono. Es ella. Me pregunta: «¿Dónde estás?». Dice: «Yo estoy en la calle de La Verrerie, voy para allá».

12.

Me manda sus mejores deseos un día, deslumbrante de sol recién estrenado, que voy al Palacio de Justicia. Más tarde, delante de una copa de vino, me pregunta qué tal ha ido. No aparta los ojos de mí mientras le hablo de la espera, del juez, del padre de mi hija, de la decisión de que pase con él fines de semana alternos y del calor que he pasado con el sol, porque me había vestido toda de negro en señal de luto por aquel amor perdido.

13.

Me sugiere que vaya con ella a La Cartoucherie para ver una obra de teatro. Me espera en el metro Château de Vincennes, en la línea 1. Lleva un vestido que no le queda nada bien, como de costumbre. Me saluda con una carcajada y se pasa hablando todo el trayecto por el bosque de Vincennes. Anochece. Habla y habla como una tarabilla descompuesta. Está viva. Me pregunta cosas sobre mi profesión y sobre el liceo donde doy clase. No para de hablar hasta que se apagan las luces. En la oscuridad, su rodilla y la mía se tocan.

14.

El teatro se llama: Teatro de la Tempête.^[1]

15.

La obra la deja conmocionada. Tiene empeño en ir a saludar al actor que interpreta al protagonista. La miro dirigirse a él con una soltura que me impresiona. Le habla muy fogosa. Él sonríe. Me pregunta si estoy cansada o si nos da tiempo a ir a tomar algo. Añade que «bueno, no es que el metro Château de Vincennes sea el mejor sitio del mundo para ir a tomar algo. Pero siempre podemos ir a ese bar, Les Officiers». Entra. Se sienta. Pregunta por las cervezas de grifo. Yo contesto lo mismo, exactamente lo mismo, cuando el camarero me pregunta qué voy a tomar. Sarah tiene aspecto de estar triste, algo abatida, un aspecto que no le había visto nunca. Me pregunta si podemos salir a fumar un cigarrillo. Se mira los pies. Hace un poco de frío en la oscuridad de la noche. Escupe el humo hacia el cielo, formando una nube que se junta con las nubes. Hunde los ojos en los míos. Dice: «Creo que me he enamorado de ti».

16.

Hace ademán, apenas, de echarse hacia atrás, como un paso de baile, y casi sonríe cuando balbuceo: «Ah, vaya, pues no lo sabía». Dice que se va a fumar otro cigarrillo para celebrar que ha sido audaz, valiente; suena en la oscuridad el chasquido de la cerilla, el olor del azufre se convierte para siempre jamás en el olor de la confesión que alivia, el olor de la realidad indecible que por

fin se expresa, el olor de la verdad desnuda, que toma tierra, colocada ante mí como un regalo.

El azufre forma parte del grupo de los anfígenos. Es un no metal multivalente abundante, insípido e insoluble en agua. La forma más conocida del azufre es la de cristales amarillos, y está presente en muchos minerales, sobre todo en las zonas volcánicas. Al quemarse, despide un olor fuerte e insoportable. El azufre es un cuerpo simple. Es un elemento químico cuyo número atómico es 16. Y su símbolo, S.

17.

Hablo de Sarah, de su belleza misteriosa, de su nariz cortante de manso rapaz, de sus ojos como guijarros, verdes, pero qué va, verdes no, sus ojos de un color insólito, sus ojos de serpiente de párpados caídos. Hablo de Sarah la fogosidad, de Sarah la pasión, de Sarah el azufre; hablo del preciso instante en que suena el chasquido de la cerilla, del preciso instante en que el palito se convierte en fuego, en que la chispa ilumina la noche y de la nada surge la quemadura. De ese preciso y diminuto instante, ese vuelco de apenas un segundo. Hablo de Sarah, cuyo símbolo es S.

18.

Azufre. Del latín *sulphur*, el rayo, el fuego del cielo. Casi casi sufre, de «sufrir». Del latín *sufferre*, soportar, cargar con, padecer. Concretamente, recibir trato punitivo de alguien, sufrir un castigo por algo. Expiar una pena.

19.

Me ofrece la confesión como un regalo. Se aleja en la oscuridad. Al cabo de unos días me dice que sí cuando le propongo ir al cine. Acaban de estrenar una película de Alain Resnais. Se titula *Amar, beber y cantar*. Llega antes de la hora. Lleva los ojos demasiado maquillados, esos ojos suyos de párpados caídos. Estamos en marzo. Asiente cuando digo que ya casi es primavera. Tiene hambre, mucha hambre. Me pregunta si podemos ir a comer algo antes de la película. Pide una crepe con jamón, queso y huevo, y de beber, leche agria. Luego le apetece una cerveza. Pide una caña de la más fuerte. El camarero me pregunta qué voy a tomar. Lo mismo, exactamente lo mismo. Me cuenta su último concierto mientras nos tomamos la cerveza. Entra en detalles, me explica las cosas que no entiendo. Se da cuenta de que la rozo con los ojos, insistiendo en el mínimo detalle de su cuerpo y su rostro. Me pregunta: «¿En qué estás pensando?». Esquivo las preguntas. No quiero contestar. Insiste: «Venga, dime en qué estás pensando». No contesto. Está la confesión, como un regalo entre nosotras. Mis ojos bajos. De eso hablo, del silencio atronador y de los días algodanosos en los que flotas, cuando regalas la verdad.

20.

Más cervezas después de la película, las más fuertes del bar, y para mí, lo mismo, exactamente lo mismo. Más chasquidos de cerillas al rasparlas, que le iluminan los ojos de serpiente por un instante, antes de que la oscuridad vuelva a arroparnos, en la acera a la que hemos salido a fumar. Más colillas tiradas con desgana. Más historias contadas. Al cabo de un rato es tan tarde que el dueño nos dice que nos tenemos que ir a la cama. Va a cerrar. La noche va mediada y está cansado.

Amar, beber y cantar es una película dramática francesa, con Alain

Resnais como coguionista y director. Duración: 108 minutos. En el reparto figuran Sabine Azéma, Hippolyte Girardot y André Dussollier. Es la última película de Alain Resnais, que murió el 1 de marzo de 2014.

No recuerdo nada de ella.

Sarah camina un poco adelantada, por el bulevar de Montparnasse, en esta noche de marzo. Parece menos borracha que yo. Está viva. No ve que me esfuerzo por pisar donde ella pisa, que tengo la mente nublada, que el asfalto cabecea un poco. Se vuelve, de repente, muy deprisa, y pone los labios en los míos.

Le hace señas a un taxi. Me acaricia el muslo en el asiento de atrás del coche. Le brillan los ojos. Sube, siguiéndome, los dos pisos que hay hasta mi casa, tan cerca de mí que noto su aliento en las pantorrillas. Entra en el piso. Se sirve un vaso de agua. Se desmaquilla a mi lado, en el cuarto de baño exiguo. El espejo muestra ambos rostros, el suyo y el mío, sorprendidos y serios a la vez, tremendamente serios. Se desliza debajo del edredón, a mi lado, bajo la luz vacilante del amanecer. Susurra que nunca ha hecho el amor con una mujer. Me pregunta: «¿Y tú?». Le digo que yo tampoco, lo mismo, exactamente lo mismo. Me acaricia la cara, el cuello, los pechos.

21.

Su perfume. Su olor. Su nuca. Su pelo. Sus manos. Sus dedos. Sus nalgas. Sus pantorrillas. Sus uñas. Los lóbulos de sus orejas. Sus lunares. Sus muslos. Su vulva púrpura. Sus caderas. Su ombligo. Sus pezones. Sus hombros. Sus rodillas. Sus axilas. Sus mejillas. Su lengua.

Nos separamos en la esquina de una calle, al día siguiente, camino del liceo. Me hace un ademán con la barbilla y se va corriendo por la acera. Nos separamos sin que ella sepa que me tiemblan las manos, que no dejan de temblarme en todo el día, sin acabar de creerse lo que han hecho y lo que han tocado. Nos separamos sin que ella sepa que a última hora de la mañana pido

cita con el médico porque me siento incapaz de seguir trabajando, que me da dos días de baja por enfermedad, que me tiro debajo del edredón para dormir en su olor, en plena tarde. Al día siguiente, desdoble el parte de baja para enviarlo. El médico ha escrito: alteración del estado general.

22.

El amor con una mujer: una tempestad.

23.

En los días posteriores solo pienso en lo que ha sucedido, en cuanto cierro los ojos las imágenes van y vienen por debajo de los párpados. Nunca pensé que algún día llegaría a tocar el cuerpo de una mujer ni que me gustaría tantísimo como para no dejar de pensar en ello, noche y día. Sarah no se me va de la cabeza. Me ronda, desnuda y sublime, hinchándome las venas y humedeciéndome el sexo. Es una revelación, una luz, una epifanía.

24.

Después de la primera noche, estar lejos de ella resulta una aberración.

25.

Me escribe mucho. Como cada una tiene su vida, no dejan de brotar palabras durante todo el día y hasta entrada la noche. Me escribe, yo contesto y me vuelve a escribir. Me pregunta cosas, que si a mí también me ha gustado y que si también me tiene obsesionada desde entonces. Le contesto: sí y sí. Sí. La vida exterior ha dejado de existir. Y también la vida material. Solo está ella. Ella, sus ojos de serpiente, sus pechos y su culo.

Sarah se salta su horario en cuanto puede para quedar conmigo. El guion es siempre el mismo. Viene a casa, a mi piso. Susurra cuando le pido que hable más bajo porque mi hija está durmiendo ahí al lado. Siempre prolonga un poco el momento delicioso de la cena. Cuenta historias. Se bebe su copa de vino con los ojos clavados en los míos. Se fuma un cigarrillo en la ventana. Y luego ya no aguanta más y se me acerca. Me respira, me aspira. De eso hablo: de sopro, de azufre, de tempestad.

No sabe que su olor me encoge el vientre. Ignora que ya no me importa nada lo demás, nada ni nadie. Se come un *petit pain* relleno de chocolate todas las mañanas, con un café con leche. Yo empiezo a comer *petits pains* rellenos de chocolate todas las mañanas, con un café con leche. Se pone rímel a diario. Yo empiezo a ponerme rímel a diario. Utiliza palabras vulgares que yo desconocía. Las incluyo en mi vocabulario. Pega sus pechos a los míos en cuanto estamos a solas y me abraza tan fuerte que me ahoga, como si quisiera que no formásemos más que un solo cuerpo. Se marcha de gira con su cuarteto. Va a Bruselas y a Budapest. No para de escribirme. Me pregunta si a mí también me resultan duras todas esas separaciones. Me pide, por favor, que la espere, me promete que volverá lo antes posible. En esa tempestad, ella es el capitán del barco. Yo me convierto en mujer de marinero.

26.

Qué feliz coincidencia de fechas. El cuarteto toca en Venecia mientras estoy allí de vacaciones. Viajo con una amiga a quien le cuento que una conocida

mía, Sarah, está también en Venecia, que estaría bien verse. Quedamos en la plaza de San Bartolomeo, una tarde de abril. El día acordado, mi amiga y yo nos perdemos en el laberinto de las calles venecianas. Me da miedo llegar tarde a la cita. Ando deprisa. El corazón se me sale del pecho y me duele la cabeza de una forma rara, en las sienes. Le meto prisa a mi amiga, que deambula, fascinada con la ciudad. Llevo varios días sin ver a Sarah. A la luz italiana, tan lejos de mi piso parisino, casi me parece imposible que lo que estamos viviendo desde hace varias semanas, con las bocas unidas y los cuerpos pegados, exista de verdad. De repente, me parece imposible que esa historia exista. Incluso me pregunto si la propia Sarah existe, si no será fruto de mi imaginación.

La plaza de San Bartolomeo, también llamada Campo San Bortolo, es una plaza que está a dos pasos del Rialto. El Campo, muy concurrido y popular, es uno de los lugares que más les gusta a los venecianos para quedar. En el centro de la plaza se eleva la estatua de bronce de Cario Goldoni, dramaturgo veneciano del siglo XVIII, padre de la comedia italiana moderna y autor de *L'incognita* («La incógnita»), *La putta onorata* («La moza honrada»), *La dama prudente* («La mujer prudente»), *La donna stravagante* («La mujer extravagante»), *La donna bizzarra* («El espíritu de la contradicción») y *La donna sola* («La mujer sola»).

En la plaza de San Bartolomeo no hay nadie. Bueno, sí, hay cientos de personas, venecianos apresurados, turistas de varias nacionalidades, grupos, niños, todos seguramente encantados de estar ahí, en Venecia, un día de abril. Pero nadie. Escudriño todos y cada uno de los rostros, no la encuentro, lo sabía, me la he inventado, me lo he inventado todo, no existe, nada, nada de eso existe, ni su culo, ni sus pechos, ni sus ojos de serpiente.

Yo no lo sé, pero Sarah ha llegado a la cita con antelación y también me está buscando, rebusca entre la multitud, sondea todos los recovecos entre las fachadas color de rosa, tiene demasiado calor, bajo este sol de abril, teme haberme inventado, que todo esto no exista, me espera, le duele la tripa. Me vislumbra, me arponea con la mirada y ya no existe nada más, solo nuestros ojos encontrándose, en la plaza de San Bartolomeo, nuestros cuerpos acercándose como imanes maléficos, como si estuvieran hechizados.

Hace una seña discreta, un guiño, en un instante de despiste de mi amiga, y luego se levanta para ir al baño. Yo me levanto también, so pretexto de hacer una llamada urgente, y dejo a mi amiga enfrascada en una guía turística. Sarah me está esperando, contra el lavabo del baño. Le saben los labios a Campan, y la lengua, a las aceitunas verdes. Me devora. Susurra: «Por fin, por fin, por fin, por fin, por fin».

Cuando volvemos, con las mejillas arreboladas, joviales, mi amiga dice: «¡Pero qué tardonas sois!».

27.

Antes de coger el avión, Sarah ha organizado una yincana por Venecia. Me ha dejado mensajes con pistas, charadas y enigmas para resolver. Me voy encontrando regalitos que ha sembrado por doquier. En el mostrador de una pastelería, doy mi nombre, tal y como me ha indicado. Entonces me sirven un zumo de naranja y galletas de mermelada, y me dan una carta. Es primavera, la luz es ferozmente hermosa, el sol chapotea en los canales y la ciudad es embriagadora. Me quiere, lo ha puesto por escrito. Me quiere.

28.

Pronto va a cumplir treinta y cinco años. Es alegre, irresistiblemente divertida. Es entusiasta, exaltada y teatral. Todo la embelesa y todo le parece interesante. Siempre tiene ganas de aprender. Es de cuerpo menudo, usa una talla 36. A veces, una 34.

Se muere de gusto cuando come jamón ibérico auténtico. Por lo general, le gustan mucho el fiambre y la carne. Es carnívora. Habla bien en español y

conoce bien Madrid, pero siente un cariño particular por Italia. Una de las cosas que más le gustan en este mundo es el primer trío de *Brahms*. No tiene un ápice de paciencia para nada. Lo quiere todo y lo quiere ya.

29.

Se va de gira con su cuarteto por toda Europa. Me escribe desde Hungría, desde Bélgica, desde los Países Bajos, desde España, desde Portugal, desde Italia y desde Suiza. Entre gira y gira, tiene unos días, a veces tan solo unas horas, para pasar por su casa, deshacer la maleta, volver a hacerla, cambiar de partituras y comprobar que su piso está en orden. Prepara el equipaje deprisa y corriendo, prefiere ir a verme. Dice que no importa mucho si no vuelve a casa entre un avión y el siguiente, que ya se comprará ropa nueva en la próxima ciudad para tener algo limpio que ponerse. Llega a cualquier hora del día o de la noche, se quita la chaqueta de cuero azul noche, se desnuda, se tira en mi cama de inmediato y me devora. A la mañana siguiente, se toma un café con leche y mordisquea un *petit pain* relleno de chocolate. Comprueba a qué hora sale su tren o su avión. Se viste. Se pone la chaqueta de cuero. En el momento de marcharse, con el estuche del violín a la espalda y la maleta en la mano, me abraza y me hunde la nariz en el cuello. Y siempre se echa a llorar. Primero muy bajito y luego más y más fuerte. Se aferra a mí, se sorbe la nariz y solloza. Se le llenan las mejillas de rímel y la cara de mocos. Dice que ya no quiere seguir viviendo así, que no tiene sentido, que le gustaría quedarse, ir al cine, cenar conmigo por la noche y hacer cosas normales de vida normal. Hace hincapié en la palabra «normal». De repente, se le pone voz de circunstancias, una voz apesadumbrada. Me acaricia la mejilla, me besa por última vez y me deja el cuello de la camisa lleno de rímel y un olor a cuero azul noche en las palmas de las manos. Y después, siempre se va.

Regresa. Vuelve a ser fiesta. Las noches sin dormir, hablando y haciendo el amor, y vuelta a empezar hasta que cantan los pájaros. Las cenas con vino y cigarrillos, demasiado vino y demasiados cigarrillos, el reencuentro con besos

que se demoran todo lo posible, que se retrasan hasta el momento en que ya no aguanta más, en que se me come la boca como quien muerde una cereza. Con violencia. Con maldad.

30.

Me quiere. Lo ha puesto en un papel, con tinta veneciana. Por escrito.

31.

Resulta prodigioso descubrir que disfruta con las mismas cosas que yo, leer en los cafés, comer cocina japonesa, ir al teatro, perderse por callejuelas desconocidas y organizar fiestas. Vive en Les Lilas, al final de la línea 11 de metro. Se ríe cuando le cuento que me he convertido en una experta en la estación de République, que literalmente vuelo en el transbordo entre la línea 8 y la 11 para ir a su casa, porque cuando pierdo un tren es como si se me viniera el mundo abajo y restarle tres minutos al tiempo que pasamos juntas me resulta intolerable. Coincide con mi hija, se tantean unas cuantas veces antes de llevarse bien y luego llevarse de maravilla. En ocasiones, se despierta antes que yo y se queda con la niña en la cocina preparando el desayuno; me parece tierno y divertido. Es primavera, la vida resulta agradable y ya no miro los pálidos pétalos de las magnolias al salir del liceo. Me espera, para darme una sorpresa, en un escondrijo donde los alumnos no pueden verla. No sabe que ahora solo escucho cuartetos para cuerda ni que en cuanto estoy un rato a solas, veo una y otra vez vídeos en los que sale ella tocando con su cuarteto; que mis favoritos son aquellos en los que ella es el primer violín, en los que hace visajes según toca, en los que parece un monstruo.

32.

En un diccionario médico. Latencia: estado de aquello que existe de forma no explícita pero que, en cualquier momento, puede manifestarse mediante la aparición de síntomas.

33.

No tiene hijos y no sabe si quiere tenerlos. Lee muy, muy despacio; una novela se puede pasar semanas en la mesilla de noche. Lleva gafas para ir al cine, para conducir y a veces para leer las partituras. Tiene dos hermanos, menores que ella. Tiene un padre que le ha transmitido el gusto por las ceremonias y una madre que le ha transmitido el gusto por las fiestas. Ha crecido en el distrito XVI, no lejos del Sena. Vota a la izquierda, cuando vota.

34.

Esa primavera, solo escucho una pieza que no sea un cuarteto para cuerda, *India Song*, que canta Jeanne Moreau. Las notas del principio, que suenan antes que la voz, me hacen llorar. Cuando canta, canto con ella, con la voz quebrada por un pesar que parece venir de muy lejos y que no logro explicarme.

Chanson, toi qui ne veux rien dire, toi qui me parles d'elle, et toi qui me dis tout.^[2]

35.

Una fiesta, una noche, un edificio moderno, en un piso que no conozco. Décima planta, en lo más alto de una torre sucia. La cabina del ascensor retumba ya con el chunda-chunda de la música demasiado alta. Todo se estremece. Sarah se ha pasado maquillándose, como de costumbre. Estamos a principios de verano, lleva un vestido largo y rojo que le da un aire bohemio. Cuando llamamos a la puerta, la primera vez no nos oyen. Deja el dedo apoyado en el timbre hasta que alguien abre. Dentro del piso hay siluetas que bailan al mismo compás. Es una fiesta a la que han ido varios amigos suyos. Me los presenta. Dice cómo me llamo, me lleva de la mano por las distintas habitaciones. Me tiende una copa. Bebe. Bebe mucho. Me sirve cada vez que se sirve ella. No tarda en estar borracha. Baila levantándose el pelo. Me mira a los ojos. Las habitaciones están atestadas, casi no queda sitio para bailar y hace mucho calor. Arrima el cuerpo al mío y baila pegada a mí. No se fija en que siento un deseo loco, ardiente y doloroso. Cierra los ojos, los abre, me mira, baila, bebe, baila y se pega a mí. En la terraza, fuma cigarrillos mientras habla con gente que no conozco. Tiene un gesto inimitable para dejar caer la ceniza desde lo alto de la torre. Mira de lejos, con los ojos beodos, con ojos de loca, más allá del canal del Ourcq que se entrevé al pie de la torre. Vuelve a meterse en la fiesta, bebe y baila. En el cuarto de baño, me besa con furia y gime con mis caricias, entre el chunda-chunda que no para. Todo se estremece. Sigue bebiendo y se marea. En el aire cálido de la noche ya entrada, en la terraza, dice que quiere volver a casa. Se me agarra del brazo, le cuesta andar, está borracha. Borracha perdida. Ningún taxista la quiere dejar subir al coche. En cuanto la ven, dicen que no puede ser. Ella se ríe, llora, dice que va a vomitar. Se apoya en mí. Cuando llegamos a su casa, se libra del vestido de bohemia. No lleva nada debajo, absolutamente nada. Vomita durante unos minutos eternos, con convulsiones que le sacuden el cuerpo y la frente apoyada en mi palma. Se ríe, luego, aliviada. Se acuesta después de darse una ducha. Dice que lo siente mucho, mucho, mucho, que lo ha estropeado todo y que lo entenderá si decido dejarla, después de lo que ha pasado. No ha entendido nada. Para mí, ahora resulta aún más deseable que antes.

36.

Vuelvo a casa sola, en metro. Me tiembla todo el cuerpo. Pasan los días, pasan las semanas, y cada vez más capullos verde tierno revientan en las ramas que destacan como si fueran de encaje contra los cielos azul cielo. Ni una nube, nunca. Azul por todas partes y rosa cerezo japonés en todas las esquinas. Manchas de sol en las aceras. Ni pizca de melancolía, nunca. Alegría. Esta primavera es una fiesta que dura y dura. Mi cuerpo no se recupera. Alteración del estado general, sigue y sigue. Subo por mi calle, camino cada vez más deprisa, empujo la puerta de casa y la cierro de un portazo. Hurgo entre los libros de las estanterías, desentierro por fin el diccionario, vuelvo las páginas febrilmente y, algo apurada, encuentro y leo, en voz alta, para mí misma, la definición de la palabra «pasión».

37.

Lo único que lleva son tangas. Y casi nunca sujetador. Para dormir tiene varios picardías, entre ellos uno negro de lo más sexi, de una tela que parece seda. Siempre lleva encima una botella de agua, tiene sed a menudo y bebe como si le fuera la vida en ello, cerrando los ojos y sin pararse a respirar. A veces se bebe de un tirón la botella entera. Hace muchas cosas como si le fuera la vida en ello.

38.

Se yergue por encima de mí, con los pechos desnudos y orgullosos, hermosa, trágicamente hermosa. El tiempo se estira, se detiene casi. Todo se eterniza y

se ralentiza. El corazón me brinca en el pecho, en las venas y en las sienes. De rodillas, a mi lado, parece un icono, una imagen religiosa. Poco falta para que parezca que está rezando. No me toca. Me acaricia con la mirada. Es un momento de gracia. Un instante sagrado. Silencio. Entonces, me mira a los ojos y hunde los dedos dentro de mí, hondo, muy hondo, tan hondo que se me va la cabeza y se me cierran los párpados. Me sopla en las pestañas, con la boca muy cerca de la mía. Susurra palabras de amor que me atraviesan. Sus dedos están muy hondos, perdidos dentro de mí, tocando en las profundidades de mi vientre una música que me enloquece. Hace que se me retuerza el cuerpo, que se me arqueen los riñones, nunca se detiene. Va más y más hondo, más y más deprisa, tanto que ya no soy sino una muñeca de trapo, un pelele.

39.

La comuna de Les Lilas se fundó en 1867 con parte de las tierras de Pantin, Romainville y Bagnolet, que son las localidades colindantes. Estaba previsto que esta nueva comuna se llamase Napoléon-le-Bois o Commune-de-Padoue, por un duque de Padua que vivió allí antaño. Al final se decidió que el nombre de la comuna estuviera acorde con los floridos jardines que cubrían la colina en el Segundo Imperio. Les Lilas perteneció al departamento del Sena hasta la ley del 10 de julio de 1964. Desde ese momento, la comuna pasó a formar parte de Sena-Saint-Denis, tras una cesión de competencias administrativas que entró en vigor el 1 de enero de 1968.

La estación de metro más cercana, aún dentro de París, es Porte des Lilas, en la línea 11, que termina dentro de la comuna, en la estación de Mairie des Lilas. El municipio cuenta con 22 762 habitantes, cuyo gentilicio es *lilasiens*. El código postal es el 93 260. Sarah vive en la calle de la Libertad.

El lema del lugar es: «J'étais fleur, je suis cité».^[3]

40.

Por la mañana, a Sarah le cuesta dejar que me vaya al trabajo. Después de llevar a la niña al colegio, sube conmigo al autobús, con el violín a la espalda. Me pisa los talones por la calle que bordea el ayuntamiento del distrito XV. Camina desenfadada, contando bobadas y riéndose de todo. De una bolsa de papel, picotea cerezas que engulle a manos llenas. Le divierte verme apurada cuando se me acerca demasiado, cuando su mano intenta coger la mía. Dice: «¡Venga ya, pasa de los alumnos! Los estamos educando, y eso es bueno, ¿no?». Escupe en la calzada los huesos de las cerezas que va comiendo sin dejar de andar. Dice: «¡Venga ya! ¿Te crees que tus compañeros no han visto nunca a una lesbiana?». Me mete en el portal de un edificio. Pulsa el botón del ascensor, y cuando llega me tira del brazo. Pega la boca a la mía cuando le digo que qué falta de seriedad, que voy a llegar tarde y que eso no se hace. Dice: «Pues si no quieres que te bese delante del liceo, tendremos que ir a otra parte». Elige el piso más alto, el undécimo. Hay moqueta en el suelo, puertas perfectamente alineadas y ruido de voces, algo amortiguadas, en derredor. Me arrima contra la pared, me acaricia los dientes con la lengua y me clava los dedos en los pechos. Huele a cuero azul y a deseo tempestuoso.

En una cena, mientras fuera llueve, una llovizna de principios de verano, explica a unos amigos qué significa *con fuoco* en una partitura. Habla moviendo mucho los brazos. Ella sí que es el fuego y los vaivenes del alma. Parece un demonio. Tan guapa que quita el hipo, deseable a rabiar.

Bebe mucho. Fuma un pitillo tras otro. Al fumar, su forma de mirarme a los ojos me fulmina el cuerpo y noto un padecimiento intenso. La deseo tanto que me duele, me muero por tumbarla en la cama, desabrocharle el pantalón y acercar la boca a lo que me fascina. Cuando le acaricio el sexo con la lengua, me pone una mano en la nuca, marca un movimiento que parte de las caderas y me provoca vértigo, todo desaparece a mi alrededor.

41.

Sarah tiene seis años y medio, y me espera a la salida del liceo con un *petit pain* relleno de chocolate y una sonrisa de niña. Me arrastra a conciertos y terrazas, para cenar con amigos. Me sigue a todas partes, me lleva a todas partes y se queda conmigo, no se separa ni un palmo de mí. Me despierta metiéndome los dedos en lo más hondo, premisa de días largos y soleados. No se cansa de arrimar su cuerpo al mío. Tiene un atrevimiento rayano en la irreverencia. En un restaurante japonés de la calle de Monsieur-le-Prince, pide más salmón en el *chirashi*. Pone una voz que no le había oído antes para decir: «Pero bueno, he pedido un *chirashi* de salmón y esto es casi todo arroz. ¿Cómo se entiende?». Hace como que no ve que, en la silla de enfrente, estoy roja como un tomate de vergüenza. Me guiña un ojo cuando el camarero vuelve con un plato lleno de magníficas lonchas de salmón fresco. Choca su copa con la mía para brindar por el festín gratis. Dice: «Por ti, amor mío, por esta orgía de salmón». En la tribuna de la Comédie-Française, se ríe a voces, demasiado alto para un sitio tan bonito. Le importan un carajo las convenciones y el decoro. Está viva.

Pasión. Del latín *patior*, padecer, aguantar, sufrir. Sustantivo femenino. Con la connotación de sufrimiento duradero o sucesión de sufrimientos: acción de sufrir. Con la connotación de desmesura, exageración e intensidad: amor considerado como una inclinación irresistible y violenta, orientado a un único objeto, que en ocasiones degenera en obsesión, con la consiguiente pérdida de los sentidos ético y crítico, lo que puede provocar que se rompa el equilibrio psíquico. En la filosofía escolástica, lo que alguien soporta, aquello a lo que está vinculado o sometido.

42.

Me regala una entrada de tribuna de la Comédie-Française. La obra se titula *El sueño de una noche de verano*.

43.

Sarah me cuelga el teléfono hecha una furia y con voz llorosa. Al cabo de unas horas, no sé muy bien cómo, consigue entrar en el liceo. Va a verme al lugar donde trabajo, donde estoy sentada forrando libros encima de una mesa, procurando hacerlo bien, sin dejar burbujas en el plástico autoadhesivo. Lleva una bolsa de papel llena de albaricoques. Echa una mirada circular. Se sienta a mi lado, sin decir nada. Se limita, de vez en cuando, a meter la mano en la bolsa de papel y sacar un albaricoque que abre con las uñas, con un movimiento firme y preciso, casi irritado. Se lleva la fruta a la boca, sin ofrecerme, ni una vez. Va apilando los huesos uno encima de otro, formando una curiosa construcción inestable, que está a punto de derrumbarse cada vez que nos movemos. No dice nada. Está de morros. Más tarde, al cabo de casi una hora, con zumo hasta las muñecas y voz casi inaudible dice: «Creo que te quiero demasiado».

44.

Sarah tiene piojos porque mi hija los ha pillado en el colegio. Se hace cargo de la situación, se burla de mí porque estoy consternada, compra lociones antipiojos y pone un montón de lavadoras, con las sábanas de mi casa y las de la suya, me dice: «No te preocupes, no es para tanto, tiene solución». Cuando está conmigo, no me preocupo.

Se va de mi casa a eso de las ocho de la tarde porque ha quedado con unos amigos. Cuando se despiden, a eso de las tres de la madrugada, me llama por

teléfono para seguir con tal o cual conversación que dejamos a medias. No comprende que es agotador, para ella y para mí.

El sueño de una noche de verano de William Shakespeare es una obra de teatro inclasificable que alterna lo cómico con lo mágico hasta el final. El texto ofrece una reflexión sobre el poder de la imaginación frente a las arbitrariedades de la ley, y en particular frente al rigor de las leyes de familia. La noche, donde imperan el desorden, los sueños y las alucinaciones, se opone al día, donde impera la realidad, el orden y la disciplina. La traducción al francés de François-Victor Hugo transcribe de maravilla el humor del dramaturgo inglés, sobre todo en los arrebatados diálogos que cierran el quinto acto, cuando el personaje de Píramo vuelve a escena y, al ver el manto de su amada manchada de sangre, cree que ha muerto y se mata.

DEMETRIO: ¡La muerte se ha dado! Y como el dado puede ser un as...

LISANDRO: As... no es; muriose; ya no es nada.

TESEO: Con ayuda de un cirujano, podría aún quedar sano, y al transformarse resultar as-no.^[4]

45.

Junio no tarda en extinguirse y julio se alarga, entre mis primeras vacaciones de profesora, las cervezas con granadina en la terraza de los cafés y la final del Mundial de Fútbol. Sarah da saltitos, a lo lejos, en el frío de la estación de Montparnasse, muy de mañana. Descubre mi casa familiar, entre el lago y el océano. La primera noche, el lago, sublime, le brinda un gran recibimiento, espejeando con la última luz del atardecer. Al día siguiente, después de zamparse unas sardinas asadas delante del océano, se queda mirando cómo dejo que me tiren las olas malintencionadas y se ríe al ver cuánto me gusta,

como siempre, cuánto me gusta que me arrojen contra las rocas que cortan y las Conchitas que pinchan, para enseguida volver a la carga, caerme, levantarme y volverme a caer. No le cabe en la cabeza que pueda pasarme horas metida en esas olas gigantescas cuya fuerza, tremenda y autoritaria, me vuelca y me revuelca. Observa cómo pierdo pie y trago agua, sin pensar en nada, dejando que me sacudan, que me centrifuguen y vuelta a sacudirme, y me paso así horas, metida en ese oleaje imperioso y despótico, con el agua salada hasta el fondo de la boca, los ojos cerrados y los puños prietos. Por la noche, habla de los miedos que tiene desde niña y que forman parte de ella. Susurra debajo de la colcha gruesa.

46.

Sarah se va de gira con su cuarteto. Me deja exhausta. Me escribe: «Ven conmigo, sin ti me muero». Me escribe: «Ven, te estoy esperando, si no estás tú, la vida no tiene sentido». Me escribe: «Toco en el palacio de Chambord, esto es precioso, venga, vente conmigo». No sabe que al ver esas palabras doy un respingo, que acto seguido hago la maleta, me subo corriendo a unos trenes regionales siniestros, me embarco en un viaje de siete horas que empieza con un capuchino en el bar de L'Arrivée. En la estación de Montceau-les-Mines, donde los perros vagabundos vagabundean entre matas de hierbajos verde claro, me entero de que Yann Andrea ha muerto, en un ejemplar de *Libération* que he birlado de un banco. Las 14.59 h, aún faltan cuatro horas para llegar. Con el calor que difumina los raíles de la estación de Moulins-sur-Allier, comerse un bocadillo de jamón con mantequilla y beber una gaseosa es segura y precisamente lo que toca, estrenando, con los ojos guiñados, en el andén desierto, un libro de Hervé Guibert que se titula *Las aventuras singulares*. Me escribe: «¡Ay, corre, cariño mío; corre, mi amor. Te echo de menos, necesito tu piel!». En Saint-Pierre-des-Corps, salgo pitando para llegar al último transbordo. El sol ya está bajo, llevo de viaje desde primera hora de la mañana. En la estación de Blois, cojo un taxi para ir a Chambord. Al girar por

una avenida, surge de pronto el palacio y me deja patidifusa. Me escribe: «Empezamos las pruebas de sonido, vamos a tocar el quinteto de Franck, es tan bonito..., estoy deseando que lo oigas». Voy corriendo por la gravilla que conduce al palacio, con la bolsa de viaje en bandolera. Allí está ella, a lo lejos, una silueta pequeñita, caminando primorosamente por el césped vacío y abandonado con sus zapatos de concierto, los zapatos de tacón, y el vestido largo negro, muy elegante. Me abraza y aspira entre sus labios mi respiración entrecortada.

Ella reina en Chambord, domina mi corazón y gobierna mi vida. Es una reina.

47.

En el pabellón de caza, en plena noche, después del concierto y después de alternar en sociedad, me tumba en la camita individual de su habitación, me lame despacio el interior de las muñecas, ahoga mis gritos con la mano, me come todo el cuerpo, y cada una de las parcelas que ha tocado conserva toda la noche el rastro húmedo de su boca y el olor de su saliva. Al día siguiente, en el tren, camino de París, celebra una reunión de trabajo con el resto del cuarteto; a menudo alza los ojos hacia mí, que estoy sentada más allá, y me sonrío, con una sonrisa que se me graba como un tatuaje.

48.

Así transcurre el verano. Cuando estamos juntas, la vida pasa demasiado deprisa, a toda pastilla. Sarah corre y yo corro tras ella, por los pasillos del metro para llegar a tiempo a los trenes y para encontrarnos cuando regresa. Camina y yo camino tras ella, por las calles de París que recorreremos

incansablemente, va saltando por las columnas de Burén, es una cría, se embelesa con el color de las nubes, es una cría. Estoy enamorada de una cría. Se cuele en el cuarto de baño y yo me cuele tras ella, detrás de la cortina de la ducha donde le lavo el cuerpo como si de un objeto sagrado se tratase. Está muy tiesa, y yo tras ella, delante del panel de salidas, cuando vuelve a marcharse. En esta nueva vida que llevo junto a la suya hay estaciones y trenes, pero no para mí, nunca. De eso hablo. Así que trenes todo el rato, trenes que coger, trenes puntuales, trenes atiborrados, trenes nocturnos y trenes con retraso. Hay aeropuertos, aviones, horas de embarque, horas de aterrizaje y cintas mecánicas donde se recoge el equipaje; hay taxis, metros y transbordos de metro. Pero no para mí, nunca. Yo acompaño corriendo, sin resuello, nos repartimos los bultos e irrumpimos en el andén, a menudo apenas un minuto antes de la salida, pero a veces no, a veces nos da tiempo de darnos un beso largo antes de que suene el aviso que tan bien conocemos. Salidas; yo digo palabras tranquilizadoras: «Buen viaje», «Aprovecha el trayecto para descansar en el tren»; palabras bobas: «No me olvides, ¡eh!», o bien: «Escríbeme, prométeme que me vas a escribir»; pronuncio palabras que expreso sobre todo con los ojos, y con los labios formo los «Te esto» y «Te lo otro» más delirantes de toda mi carrera; hago corazones con los dedos, avanzo un poco cuando arranca el tren sin apartar los ojos de los suyos, me río de las tonterías que hace detrás de la ventanilla, y luego paro, y, con las manos en los bolsillos, vuelvo a la ciudad donde la vida ha seguido su curso. Llegadas; yo espero en el andén con el corazón palpitante, acecho su rostro, observo al pasar cómo son los demás, todos los demás que no me interesan, ninguno; estoy al acecho y doy pataditas en el suelo, lo quiero todo y lo quiero ya, su silueta, su sonrisa, sus ojos, su perfume y su boca. A menudo la llegada es por la noche y la salida a la mañana siguiente. A menudo en menos de veinticuatro horas nos encontramos en el andén de una estación y nos despedimos en el andén de otra estación. A veces, de la misma estación. Así es como pasa la vida ese verano.

En un restaurante donde comemos para celebrar mi primer año de profesora, les cuento a mis padres, ruborizada, que quiero a una mujer. Contestan: «Caramba, y ¿cómo se llama?».

50.

Sarah viene a verme a la casa de unos amigos míos que parece sacada de un cuento, en un pueblo remoto de Aveyron. Le encantan el huerto y la caravana en pleno campo donde dormimos la siesta, nariz con nariz. Le entran escalofríos cuando se acerca la tormenta. Le entran escalofríos cuando leo en voz alta un texto erótico de Hervé Guibert. Me prepara un baño, me seca el pelo, me besa las mejillas húmedas de lágrimas cuando me puede la pena de que se tenga que ir muy pronto, ya. Me mira mientras cocino un *risotto* con limón a la menta, con cebolla con avellanas. Debajo de la sábana de flores, en un dormitorio con un nimbo de luz azul, me hace el amor sin tregua. Corre bajo la lluvia con la chaqueta por encima de la cabeza para ir a la farmacia a comprar lubricante. Vuelve, riéndose, e imita la cara de la farmacéutica cuando le pidió lo que quería. Dice: «¡Menuda gilipollas! Si le hubiese comprado preservativos, se habría quedado tan pancha». Pone vinilos en el plato, se empeña en que aprendamos a bailar el buguibugui, encuentra unos cursos de baile en vídeo y los vemos entre risas, salimos a la calle para bailar más a gusto, son las tres, las cuatro de la madrugada. En la plaza del pueblo aveironés me tiende los brazos y cuenta los pasos, un dos tres y tapatá, un dos tres y tapatá, me corrige, pierna izquierda, y tapatá, y tapatá, enciende pitillos, le corre el sudor entre los pechos, se ríe, dice: «Qué curioso, contigo nunca tengo sueño. Juntas, la noche es más bonita que el día».

51.

Tras la deserción, me quedo en la casa escuchando una y otra vez el cuarteto número 13 de Beethoven opus 130. El café viejo se derrama, como un pulpo negro, en el fregadero de porcelana desportillada en el que ahogo mis penas fregando los cacharros. Encima de la mesa se han quedado dos cigarrillos olvidados en la precipitación de la partida, y aún se siente su roce, ahí, precisamente ahí. La persistencia de la visión convierte las paredes agrietadas de esta casa en pantallas blancas para su sombra chinesca.

52.

Lo nuestro es tan intenso que estallan tormentas. Sarah se pone a malas, chilla tan fuerte que las paredes tiemblan y cae de rodillas presa de sollozos desgarradores. Se pone de pie otra vez, se tambalea, acude a acurrucarse entre mis brazos y se disculpa. Una palabra de más y vuelta a chillar, a decir: «¡Ya no hay quien pueda, ya no hay quien pueda!» y a dar portazos. Deja que la alcance *in extremis*, no se resiste cuando la desnudo y la obligo a meterse en la bañera para lavarla meticulosamente ante la mirada atónita del gato de la casa, llora en silencio mientras yo susurro «Shhhhh» entre dientes, «Shhhhh», como cuando se quiere calmar a un niño que está echando los dientes, a un hombretón con fiebre o a un viejo a punto de morir. «Vamos, shhhhh, hala, ya pasó, shhhhh».

Ludwig van Beethoven terminó de escribir su cuarteto para cuerda número 13 en *si bemol mayor opus 130* en diciembre de 1825, que se publicó después de su muerte. Consta de seis movimientos y al principio se cerraba con la *Gran Fuga*. Pero como el público no la entendió, Beethoven decidió, a instancias de su editor, separar la fuga del resto del cuarteto. En el otoño de 1826 compuso un *finale* alternativo que es la última obra que dejó acabada. La cavatina que constituye el quinto movimiento se considera la cúspide dramática de la obra y una de las melodías más patéticas que compusiera Beethoven. Hoy en día, este cuarteto se interpreta casi siempre con la Gran Fuga al final, pues la intensidad dramática es tal que exige esa conclusión

liberadora.

53.

A mediados de agosto, Sarah vuela a Estambul para pasar allí seis días que se nos antojan una eternidad. Me llama por teléfono todos los días. Me cuenta cómo es esa ciudad que ya conozco pero que descubro de nuevo a través de sus palabras. Me habla de los ratos en que se queda a practicar con el violín, a solas en el piso, mientras sus compañeros de viaje salen a pasear a orillas del Bósforo. Parece decepcionada cuando le digo que no podré ir a recibirla cuando vuelva. Ni se imagina que es un ardid. Me da la impresión de que llega algo cansada, no sospecha que estoy en el aeropuerto, no sospecha que ya llevo horas aquí, dando vueltas como un tigre enjaulado, bebiendo cafés de todas las máquinas disponibles en esta terminal B, mirando y remirando el panel de llegadas, la puerta metálica y la cara de los pasajeros. No sabe que la estoy observando mientras se despide de sus compañeros de viaje, que paso revista a cada parte de su cuerpo y de su rostro, que me río al verla reír, que me tiembla todo el cuerpo solo de pensar que pronto la tendré pegada a mí. Retrocede de un brinco cuando, de repente, me planto delante de ella, suelta la maleta, se me echa en los brazos y rompe a llorar. En el taxi que nos lleva a su casa, hasta la cama de Les Lilas, enreda las piernas con las mías. Al día siguiente, muy temprano, se va de gira. Me coge de la mano para correr por los pasillos de la estación de Lyon. Llega tarde, como siempre, no ha conseguido despertarse a tiempo después de una noche de amor devorador. Aun así, se detiene delante del piano de la estación^[5] y, con el violín a la espalda, de pie entre el gentío, se pone a tocar una melodía empalagosa de los años ochenta, pulsa las teclas sin mirarlas porque me está mirando a mí, me siento avergonzada y orgullosa, me mira directamente a los ojos y canta, alto, a pulmón herido, de pie entre la multitud, «dreams are my reality».

54.

De eso hablo, de Sarah, la incógnita; Sarah, la moza honrada; Sarah, la mujer prudente; Sarah, la mujer extravagante; Sarah, el espíritu de la contradicción. Sarah, la mujer sola.

55.

Después de un solo tono sin respuesta, en el teléfono suena una melodía de espera. De Vivaldi. *Las cuatro estaciones*. El verano. Por fin, una voz de hombre me dice: «SAMUR de París, ¿dígame?». Me escucha sin decir palabra mientras le describo lo que me pasa, ese dolor agudo y persistente en el pecho, en el lado izquierdo, que irradia hacia el brazo del mismo lado y casi me impide moverme. Al otro extremo de la línea la voz me hace algunas preguntas, bastante concretas, y me pide que haga algunos movimientos. El hombre parece desconcertado. Me dice: «No cuelgue, voy a consultar al médico de guardia». Oigo cómo suelta el auricular, los pasos recios se alejan en mi oído, espero, oigo a los otros operadores que también hacen preguntas, sigo esperando, mucho rato. Los pasos regresan. La voz del hombre dice: «¿Oiga, oiga? Señorita, ¿tiene usted una relación sentimental actualmente? ¿Es posible que, por así decirlo, le duela el corazón?, o más bien, ya sabe, ¿que sienta un peso en el corazón?».

Sarah me escribe: «Vente conmigo, aquí aún es verano». Me escribe: «No puede ser que haga sol y calor sin ti, oigo cantar las cigarras todas las mañanas, pero lo que quiero es despertarme contigo». Me escribe: «Coge el tren hasta Aviñón, iré a buscarte en coche a la estación, me las apañaré, venga, amor mío, ven, es muy complicado estar separadas». No sabe que al ver esas palabras doy un respingo, que hago la maleta al instante y me subo corriendo al primer tren para Aviñón. Me espera en el andén con un vestido bermellón

inverosímil, va bien vestida, por una vez, bien vestida y bien peinada, nada hortera, me ha traído un café, quiere enseñarme un artículo que una revista ha publicado sobre su cuarteto, no lo hace aposta pero la roba, se olvida de pagar en la tienda de prensa de lo emocionada que está por el reencuentro, sale del local con la revista debajo del brazo, le entra la risa, se ríe a carcajadas, me pregunta: «Bueno, y ¿qué pasa con ese dolor que tenías en el pecho? ¿Has pillado un cáncer de mama o qué?», vuelve a reírse, de su propia broma, refunfuño: «No, en realidad no ha sido nada, ya se me ha pasado», va casi corriendo hasta el coche y yo corro detrás, el coche está ardiendo por haberse quedado al sol implacable, que pega fuerte y de lleno, abre las ventanillas y arranca de golpe, antes de abrocharse el cinturón, se ríe a voces al girar a lo loco en el aparcamiento y oír el chirrido de los neumáticos, dice: «Voy deprisa para que no nos persigan por lo de la revista, resulta que somos unas ladronas», conduce en dirección a Arlés, suspira cuando le subo la mano por el muslo, cuando le abro la falda del vestido bermellón para acariciarle lo más suave, lo más tierno, la parte superior del muslo, cierra los ojos una milésima de segundo cuando le introduzco un dedo en el sexo húmedo, se muerde los labios cuando introduzco otro, pisa el acelerador y goza, con las ventanillas abiertas y a noventa kilómetros por hora, envueltos por el calor sofocante del habitáculo y el canto incansable y obsesivo de las cigarras.

56.

La temperatura agradable de la abadía es un alivio, como si esas viejas piedras tuviesen con todo aquel que entra en el lugar sagrado la delicadeza de refrescarlo. Ensayo con sus siete acompañantes. Me ha dicho que iban a tocar un octeto, me lo ha contado entre las sábanas arrugadas del amanecer y apenas si le he prestado atención, de tan deslumbrada que estaba mirando su cuerpo desnudo bajo el sol que se colaba por las persianas. Ella es el concertino. Me lanza miradas cada poco y yo se las devuelvo desde el claustro donde me he acomodado para leer a Hervé Guibert. La abadía se va llenando, la gente se

apiña en los banquitos de madera, me envía un mensaje: «Ven a los camerinos». Me abre la puerta y me encuentro con una colmena en plena actividad, las chicas se miran al espejo y se ponen rímel, con cara de circunstancias, o se dan el último toque de carmín, el único chico se abotona la camisa mientras picotea fruta, todos están de broma y se lanzan comentarios ocurrentes. Sarah me pide que le abroche el vestido por detrás y le diga si lleva el moño bien hecho. Me dice: «Vamos, vuelve a la sala, te vas a quedar sin sitio», y no se equivoca, cuando vuelvo están todos ocupados, me quedo al pie de uno de los pilares del claustro, amparada por todas esas piedras viejas que tienen cientos de años; suben a escena, con ella en cabeza, lleva el violín y el arco en la misma mano, se detiene y espera a que suban los otros siete, saludan, colocan los instrumentos, hay un momento de espera, dos o tres segundos de vacío, de carraspeos del público, y luego todo el mundo contiene la respiración. Mira a sus compañeros, coge una bocanada de aire y se entrega de lleno a la música.

57.

A Sarah le sorprende que me obsesione de inmediato con ese octeto, que siempre me apetezca escucharlo, una vez tras otra si hace falta, y que quiera oír todas las grabaciones que existen. No sabe que verla tocar el cuarto movimiento ha sido de lo mejor que me ha pasado en la vida. Ignora por completo cómo me sudan las palmas, cómo me late el pulso y cómo suenan las voces, sordas. Y de repente, el silencio, la luz intensa, en el escenario, la luz cruda y cruel. El momento de espera, en la oscuridad repentina, en el silencio repentino. Y nada. Durante unos instantes, nada. Excepto el pulso que me late. Y luego. Y luego sale ella al escenario. Todos, a mi alrededor, todos aplauden. No oigo nada. La miro. Su vestido largo. Los reflejos de sus pendientes. El brillo de sus incisivos. Mi vampira. Su violín. Su moño. Su expresión distante. Mi respiración anulada. La partitura que abre. Sus pestañas cuando se sienta. En el silencio atronador. El octeto de Mendelssohn y ella, el primer violín.

Ocho cuerpos, treinta y dos cuerdas, todo está quieto. Ya nada se mueve. La vida está petrificada. Se quedará así cien años, como en los cuentos. Pero no. Hace un ademán con la barbilla y todo se agita. Es una llama que arrasa durante todo el *allegro*. Brinca, esa asilvestrada mía, salta, da pataditas y se dispara. *Con fuoco*, y no lo digo yo. El que canta ya no es el violín, es ella. Me gustaría que durase cien años, como en los cuentos, que no acabase nunca. Y luego, en el *presto*, saca pecho, soldadito mío, se va a la guerra y yo soy su prisionera, atada de pies y manos. Son los últimos compases, se yergue, se encabrita y se convierte en un titán. Todo vibra y estalla. Con los pechos orgullosos, se pavonea y triunfa. Tiene la apariencia de quien se pone en camino. Sarah se va a la guerra. No sé cuándo vendrá, do re mi, do re fa.

No sabe que su madre, que estaba entre el público, en la abadía, me ha visto, a mí, pegada al pilar del claustro, con ojos solo para su hija, quemándome por dentro de admiración y de deseo, y que su madre, que no me conocía, ha pensado que el mundo en el que ha estado viviendo hasta ahora acaba de cambiar para siempre.

58.

Muchas veces, Sarah se quita las sandalias, con un revés de tobillo, para conducir descalza. Luego se le queda la planta de los pies negra de haberla apoyado en los pedales. Prefiere las duchas matutinas a las nocturnas. Antes jugaba al bádminton, con regularidad y durante mucho tiempo. Cuando se pone mala, le cuesta tragarse los comprimidos, hace visajes y menea la cabeza para que le bajen por la tráquea. Usa expresiones pasadas de moda, palabras imposibles y ridículamente casposas. No se le da bien bailar, es más, baila fatal.

59.

Sarah dice: «Paso de todo, se lo voy a decir, contigo soy tan feliz que me dan ganas de gritarlo a los cuatro vientos por el mundo entero». Dice: «Son mis padres, si de verdad me quieren, les hará felices que yo sea feliz, para eso están los padres, ¿no?». Dice: «Fíjate lo bien que se lo han tomado los tuyos». Dice: «Y además, ya lo sabe todo el mundo, tu hija, mis hermanos, nuestros amigos, no puedo seguir ocultárselo». Se marcha, toda optimista y dejándome con una extraña corazonada. Me llama al cabo de unas horas, los sollozos le impiden vocalizar por teléfono, me suplica: «¿Puedo ir a tu casa?»; en cuanto abro la puerta se me cuelga del cuello y dice: «Cariño mío, ha sido horrible, he pasado el peor día de mi vida, han estado odiosos, mi padre no quiere volver a verme». De eso hablo, de que no podemos querernos, ni beber ni comer ni cantar en paz, de que para vivir felices tenemos que vivir escondidas.

Las cuatro estaciones son los cuatro *concerti* para violín que compuso Antonio Vivaldi y que abren el conjunto titulado *Il cimento dell'armonia e dell'invenzione*. La confrontación entre la armonía y la inventiva. *L'estate*, el verano, consta de un *allegro*, un *adagio* y un *presto* que interrumpe bruscamente el *adagio*. Para este último movimiento, Vivaldi añadió la indicación *tempo impetuoso*.

60.

El otoño llega sin previo aviso. Sarah aparece con un surtido de repostería para desayunar, dice: «Venga, amorcitos, vamos a hacer la compra». Me besa, se ofrece a preparar una buena ensalada, quiere pasar todo, pero lo que se dice todo el rato haciendo el amor. Solo me deja dormir cuando estoy enferma. Se inventa meriendas campestres para las tres en el parque de al lado de mi casa. Mira su agenda y dice: «Vamos a estar mucho tiempo de gira, casi no podremos vernos antes de Navidad». Parece consternada. Me espera a la salida de mi nuevo liceo con una rosa en la mano o un *petit pain* relleno de chocolate o un libro envuelto con un papel bonito en el que ha escrito palabras

de amor. Me acompaña a las fiestas que celebran mis amigos. Organiza cenas en Les Lilas con los suyos. Va a mi trabajo para comer juntas, lleva bocadillos y un bolsón de papel lleno hasta arriba de ciruelas muy maduras, y nos sentamos en la mismísima acera, en una calle algo escondida del extrarradio donde trabajo, para zamparnos nuestro festín de reinas. Me besa con las comisuras aún manchadas de zumo de ciruela. Está viva. No se da cuenta de que lo único que me importa ya son los momentos que paso con ella, de que me siento deprimida, ya no me gusta mi trabajo y, en cuanto pueda, le pediré la baja al médico.

61.

En Bruselas, Sarah se duerme en la hierba y yo me quedo mucho rato viéndola dormir, aliviada de que el amor que siente por mí se tome una pausa, aliviada de que por fin se calle y deje de ir de acá para allá. En Helsinki se compra un abrigo de cachemira gris muy largo, recorre toda la ciudad crepuscular como una Caperucita, y yo la sigo, pensando que más bien yo soy Caperucita y ella el lobo, eso es, tal cual, acabará por comerme.

62.

Un domingo, Sarah actúa en el teatro de los Campos Elíseos. Tiene miedo escénico, es la primera vez desde que la conozco. El concierto es sublime, y ella, la delicadeza misma. A la salida, ni siquiera cruzamos una mirada, de lo deprisa que me marchó para no encontrarme con sus padres. No sabe que me vuelvo loca de alegría cuando, esa misma tarde, después de la comida de compromiso, se reúne conmigo en casa de mis padres, a las afueras, a la hora de la siesta. Se acurruca, pegada a mí, en la cama de la habitación de

invitados. Me cuesta hacerme a la idea de que estoy abrazando a la chica que unas horas antes estaba subida a un prestigioso escenario.

Se conmueve con Niki de Saint Phalle. Los labios le saben a *wasabi* cuando la beso al salir de un restaurante japonés del bulevar de Rochechouart. Me dice que la espere por la plaza de Le Palais-Royal, descubro un café que se llama L'Entracte, paso mucho rato esperándola, me da miedo que no venga, que todo se haya acabado, y me entra el pánico sin motivo. Cuando por fin llega, me encuentra llorando.

Me devora. Tiene ganas de hacer el amor a cada rato. Busca broncas, cada vez más violentas. Me muerde y, acto seguido, me propone ver una película de François Truffaut. Elige *Domicilio conyugal*.

63.

Sarah se va de gira a Japón con el cuarteto. Abre los regalos que le doy, hay una edición de bolsillo de *Hiroshima mon amour* y cuadernos de papel pautado. Sonríe cuando le digo que me gustaría que compusiera, que veo que tiene por delante un porvenir aún más grande que el que tiene ahora. Su mirada de serpiente me pica en el vientre cuando le digo que si se muere mañana, no quiero que nadie la olvide. Y que me voy a dedicar a ello a conciencia.

En la otra punta del mundo se convierte en una sombra dentro de la pantalla de mi ordenador. Parece un fantasma cuando hablamos a horas imposibles, tanto para ella como para mí, por las limitaciones del desfase horario. Su cuerpo se mueve pero la cara permanece estática, parece un Picasso, una muerta viviente. Me llama de habitación en habitación de distintos hoteles. En Tokio se desnuda muy despacio delante de la cámara. En la pantalla sus pechos parecen irreales. Lo que más me gusta de ella son los pechos, sus pechos pequeños y flexibles, de una ternura que nunca había sentido en parte alguna. Se acaricia el cuerpo, qué suplicio y qué delicia. Goza, a kilómetros de mí, con la boca abierta y los ojos cerrados, como un

fantasma muy vivo. Cuando regresa ya estamos en diciembre. No se puede creer que haya pasado un año desde que nos conocimos en aquella casa tan envarada. Le apetece organizar una gran fiesta, juntando a sus amigos y a los míos. Es un éxito. En su piso de Les Lilas nos pasamos la noche bailando. A la mañana siguiente busca bronca durante el desayuno. Grita y vocifera pegada a mi cara. Me asusta. Me despelleja el brazo con las uñas al intentar sujetarme cuando me meto a toda prisa en un taxi para poner punto final. No sabe que estoy sangrando y que no quiero volver a verla nunca más.

Una prima suya trabaja en la Ópera de París y nos lleva a ver el taller donde se construyen los decorados. Hay una puertecita que conduce al escenario. Sarah se cuele por ella y yo la sigo, envuelta en ese olor empolvado y acre a la vez. Ni un ruido, aparte de algún sonido apagado, los pasos de los técnicos y gente hablando entre bastidores. En el escenario, delante de las butacas vacías y silenciosas, parece muy pequeñita. Inerme. Inofensiva.

64.

Sarah se marcha una vez más. Me deja conmigo misma en una vida que ya no me interesa. Se marcha una vez más, encantada de volver con sus compañeros, a esa leve sensación de miedo de antes del concierto y las bromas de después. Me deja ahí plantada, de corazón caído. No sabe que escucho una vez tras otra el octeto de Mendelssohn, ociosa, tumbada en la cama, con el alma en pena. Se marcha una vez más. Cierra las maletas que ha llenado a toda prisa, sin siquiera mirarme mientras estoy sentada al otro lado de la cama. Corre por toda la casa buscando tal partitura o tal braga. Lo pierde todo y se irrita. Está deseando subirse al tren. Me deja conmigo misma, con mis obligaciones de madre de familia y de buena profesora. Le importa un pito.

La película *Domicilio conyugal* es una película francesa con guion y dirección de François Truffaut que se estrenó en 1970.

Duración: 100 minutos. El reparto incluye a Jean-Pierre Léaud, Claude

Jade e Hiroko Berghauer. Es la continuación de *Besos robados*, estrenada en 1968. La trilogía de las aventuras de Antoine Doinel se cierra más adelante, en 1979, cuando se estrena *El amor en fuga*.

65.

A veces, Sarah se vuelve loca. Loca de rabia, y luego loca de pena. Se pone a gritar, se me echa encima, me araña la cara mientras en la suya aparece una expresión monstruosa. Es peor que una bruja de cuento. Está resentida conmigo, por todo, por robarle su tiempo, por robarle su juventud, por robarle el amor de su familia y por robarle la vida que, desde pequeña, había imaginado que tendría. No lo dice pero yo lo oigo, me repica en los oídos: ladrona, ladrona, ladrona. Me echa en cara gilipolleces, montones de cosas, pero en el fondo, lo noto, lo que me echa en cara es que exista, que me haya cruzado en su camino, me echa en cara que sea una mujer. Está resentida porque, por eso, no puede quererme en paz. Tiene arrebatos de ira flamígeros e inolvidables. Su cuerpo menudo se transforma. Cobra la apariencia de un animal, de un animal salvaje, y ruge, completamente roja. En momentos así ya no se acuerda del amor veneciano ni de las caricias interminables. El remedio para esos ataques de locura siempre es el mismo. Espero a que amaine y la obligo a quitarse la ropa. Cuando se queda desnuda, intento concentrarme en lo que tengo que hacer. Siempre vocifera cuando la empujo bajo la ducha, con el pelo tapándole los ojos. No se resiste, se calma un poco cuando el agua empieza a correrle por el cuerpo. La enjabono empezando por los pies, despacio, voy subiendo las manos por las pantorrillas e intento parar los espasmos que le sacuden las piernas. Le coloco el teléfono de la ducha encima de la cabeza, poniéndome de puntillas, y lo lleno todo de agua, estoy chorreando, el suelo está chorreando, la alfombrilla de baño está chorreando, y Sarah gime debajo del agua caliente, se le pasa un poco la ira, me deja cerrar el grifo para darle un masaje en la cabeza con champú, primero suave y luego más intenso, me duele la mandíbula de tanto apretar los dientes, hablo

con ella por dentro, le digo: «Ahora vas a calmarte, ¿vale?, vas a parar», hablo con ella en la ducha, le digo: «Vamos, ya pasó, amor mío, ya pasó, ¿lo ves?, todo irá bien», la saco, intento moverle el cuerpo como puedo, la froto a conciencia, la envuelvo con una toalla y la siento al borde de la bañera, todavía lloriquea un poco pero ya ha pasado el huracán, enciendo el secador y, lenta y pacientemente, le cepillo el pelo hasta que se le seca. Me deja guiarla hasta la cama donde se desploma y le unto el cuerpo de crema, despacio, tratando de no despertar al animal enloquecido al hacer algún movimiento brusco o decir algo que pueda malinterpretar. Deja que le eche el edredón por encima, con el rostro hinchado de tanto llorar. Cierro sin hacer ruido la puerta del piso y, en la calle, voy a aullar con todas mis fuerzas, con los puños apretados, como un lobo una noche de luna llena, aúllo hasta que me arde la garganta, aúllo por el amor en fuga.

66.

Hiroshima mon amour es el guion que Marguerite Duras escribió para la película de Alain Resnais y que se publicó en la editorial Gallimard. Primera edición: 1960. También escribió una carta abierta, al enterarse, después de que se estrenara la película, de que Asuntos Exteriores se oponía a que se incluyera en la selección del festival de Cannes: «Hemos querido hacer una película sobre el amor. Hemos querido pintar el amor en las peores condiciones, las condiciones que casi todo el mundo reprueba, las más reprensibles, las más inadmisibles». El vínculo entre el amor y la muerte, núcleo del texto de *Hiroshima mon amour*, es uno de los temas de la obra de Marguerite Duras. Al igual que en *El amante*, el libro con el que ganó el premio Goncourt, el amor está condenado al fracaso.

Me mira. Tiene una mirada dura, detrás de las gafas. Pero soñadora. Marguerite me mira. Marguerite Duras en el cartel de la exposición que vimos juntas. En el cartel pone «exposición». En el cartel pone «del 15 de octubre al 12 de enero», junto a las gafas de Duras, que me pone ojitos. De eso hablo, de

Sarah que deambula entre las líneas de Marguerite. Fue el pasado invierno. En el cartel pone «retrato de una escritora». En el cartel pone «Duras Song». Era el título de la exposición. Me mira con expresión soñadora. ¿En qué estás pensando, Marguerite? ¿Te acuerdas del invierno pasado, cuando deambulábamos, ella y yo? ¿Estás cantando, Marguerite? «Duras Song», pone en el cartel. Duras sueña y el sueño se prolonga, el dulce sueño de una noche de invierno.

En Hiroshima mon amour.

ELLA: No me estoy inventando nada.

ÉL: Te lo estás inventando todo.

67.

A veces, Sarah todavía me espera a la salida del liceo, no tan a menudo como antes. Por la mañana va conmigo a llevar a la niña al colegio. Se ríe de lo difícil que me resulta levantarme, dice que soy un oso, su oso gruñón. Le gusta cenar comida japonesa, día sí día no, o casi. Por la noche le gusta tomar con la infusión una onza de chocolate. Preferentemente negro. Tiene las nalgas tan suaves que me cuesta no tocárselas cuando estamos juntas. En la cama me cuesta aún más. Por la mañana le gusta hacer el amor aún medio dormida.

68.

Ha vuelto el invierno. Sarah dice que no le gusta esta estación. Una mañana

que tiene que madrugar mucho para irse de gira salimos bajo una nevada de copos muy grandes. De eso hablo, de la noche cerrada de una madrugada de enero, de las calles oscuras de Les Lilas, de la silueta de Sarah, esa silueta tal y como la conozco, con el estuche del violín a la espalda y más abajo las piernecitas frágiles, la maleta que arrastra con el brazo derecho y la capucha en la cabeza. Abre un poco la boca para que le caigan los copos en la lengua y se ríe, tiene la nariz colorada, tiene las pestañas blancas, me mira y me dice: «Qué bonito, ¿verdad, amor mío?». Para celebrarlo, se empeña en que esperemos a que abra la panadería, a las seis en punto, se engolfa en ella y sale triunfante con dos *petits pains* rellenos de chocolate. De eso hablo, de la vida esplendorosa en cualquier circunstancia. Corremos para pillar el metro, y calentitas, al fin, dentro del tren que arranca, veloz, nos los comemos con las manos congeladas y la nariz moqueante.

Se empeña en ir de vacaciones con mi hija y conmigo. No sabe que me gustaría más irme sola, me tienen agotada esta historia y su presencia en mi vida. En el tren nocturno se acuesta en la litera que queda enfrente de la mía, las literas de arriba. Deja la lamparilla encendida. Cuando la niña se duerme, justo debajo, en una de las literas del centro, se baja lentamente la sábana de la SNCF por el cuerpo, me mira a los ojos y se acaricia los pechos despacio.

69.

Es una primavera como cualquier otra, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. Ha transcurrido un año, un año de música, un año de escalofríos, un año de azufre. Sarah dice que quiere dejarme, que esta vida que llevamos es demasiado tumultuosa, que es una tempestad. El capitán abandona el barco. No sabe que lloro en la ducha todas las mañanas, que me duele la tripa todas las noches y que ya no puedo dormir sin somníferos. Dice que soy la mujer de su vida, su único amor, dice que no sabe lo que tiene que hacer, seguir con esta vida tan rocambolesca u olvidarse de todo, dice que nuestro amor es lo más maravilloso y lo más terrible que le ha pasado. Dice

que no sabe elegir, que es un problema que tiene de toda la vida. Decide distanciarse de la pasión, dice que podemos intentar vernos solo dos veces por semana, para espaciar los ratos de locura y para que la vida resulte menos agitada, menos fulgurante.

Sabe tratarme de forma exquisita, me prepara baños, me da masajes en la espalda, me cocina platos deliciosos y me acompaña a citas importantes, dice que soy su libertad, su sosiego, su soplo de aire fresco. Sabe tratarme de forma odiosa, no contesta cuando le mando mensajes, habla con monosílabos, se las apaña para no estar disponible y dice que necesita aire, aire, aire.

Se despierta con mucha hambre, se despereza como un felino y se le antoja un desayuno exquisito. Como después quiere ir a dar un paseo, decide que vayamos a Angelina, cerca de los jardines de Las Tullerías. En el salón de té refinadísimo está silenciosa, casi apagada. Es como si entre ella y yo hubiera un agujero negro. Se come las tostadas sin hacer ruido, sin reírse escandalosamente y sin contarme ninguna anécdota. Apenas sonrío cuando hago el payaso para distraerla. Se levanta de la mesa para ir al aseo, sin decir una palabra ni dirigirme una mirada. Se sobresalta cuando se da cuenta de que estoy detrás de ella. En el amplio espejo dorado que decora el aseo de señoras de Angelina, en la primera planta, con vistas al jardín, por fin le sonrío a mi reflejo cuando la empujo contra el lavabo para hacerle el amor en silencio, aquí te pillo aquí te mato, subiéndole la falda contra el esmalte blanco inmaculado. Sus suspiros de placer no me tranquilizan.

70.

De adolescente, a Sarah le apasionaban los coches. Se sabía una cantidad increíble de modelos distintos. Le gustaban especialmente los modelos de Renault. Le encantaba el R5, pero también le gustaban mucho el Renault 25 y, sobre todo, el Renault 21, que le parecía menos grandilocuente y formal que el 25 y al que consideraba de lo más moderno. Su modelo favorito era,

indiscutiblemente, el Alpine A1 10, que casi parece un coche de carreras. Sabe contar a toda velocidad, se le da de maravilla el cálculo mental. Tiene una ortografía casi perfecta, aunque se obstina en ponerle un acento circunflejo a la o de la palabra *idiome*. Le dan miedo muy pocas cosas, pero tiene dos grandes fobias: las polillas y las estatuas, todas las estatuas. No puede quedarse en un cuarto donde haya una polilla. Dice que no soporta lo imprevisibles que son, que nunca sabe hacia dónde van a volar, que son erráticas, desconcertantes y veleidosas. Y de las estatuas le espanta que puedan cobrar vida de repente. Que de estar muertas, pasen a estar vivas.

Es tan hermosa como los desnudos de Bonnard. También es igual de rosa y amarilla que los tonos de rosa y de amarillo que usa él, igual de conmovedora que las mujeres que pinta, igual de frágil y delicada. Si yo supiera pintar, podría ser mi modelo. Posaría para mí con todo tipo de luces, siempre estaría más hermosa que en el cuadro anterior. Sería la mujer ideal, la mujer tenebrosa y espléndida, un icono.

Me mira la cicatriz que la cesárea me ha dejado en el cuerpo. No me dice nada, sigue con el dedo la línea blanca que tengo justo encima del vello oscuro y denso, me enjuga las lágrimas con la otra mano y susurra que le parezco muy guapa, no sabe que eso no me consuela, que me gustaría tener una belleza a la altura de la suya, un destino a la altura del suyo. Parece un personaje de novela. No se da cuenta de lo doloroso que es para quienes la rodeamos. Está viva.

71.

Sarah se ríe de gusto cuando comprende que le he mentado, que no vamos al teatro sino a la estación de Lyon a coger el tren para Marsella. Me pregunta cuánto tiempo llevo planeando esta sorpresa, quiere saber todos los detalles, cómo he podido organizarme, avisar al cuarteto y también a su familia, con la que iba a celebrar el domingo de Pascua. En Marsella, el tiempo se estira

hasta el infinito. Goza varias veces en la misma mañana. Me aprieta con fuerza la mano cuando la llevo a pasear por mis lugares favoritos, de la Vieille Charité a las rocas de Malmousque. Se baña en bragas en el agua helada de abril, tiene una sonrisa de oreja a oreja y los pezones de punta. El último día me da una bofetada, una bofetada certera y sonora con la que me da vueltas la cabeza. No se fija en que estamos en la calle Consolat.

Sale con la niña mientras aún estoy dormida, compran los primeros espárragos y las primeras fresas. Dice: «Piensa un deseo, cariño», cuando me llevo una a la boca. No sabe que he deseado que todo esto termine de una vez, su inconstancia, sus caprichos, sus locuras y su locura. No se imagina lo mucho que necesito que me consuelen.

72.

Para celebrar el primer aniversario de su atrevimiento, de la confesión que rasgó el aire del mes de marzo, Sarah me regala un viaje a Venecia. Cancelan el tren nocturno. Dice: «Por eso que no quede», y reserva dos plazas en un vuelo de última hora. Siempre encuentra solución para todo. Surca el oleaje de la vida con unos bríos que resultan cuando menos admirables. La vida y el mundo deben funcionar a su conveniencia, según su todopoderosa voluntad. Está viva.

En el tren que nos trae de vuelta de Venecia, entre Grenoble y París, echa el cerrojo de nuestro compartimento y se desnuda despacio, sin decir palabra. Se brinda a mí, tan hermosa que da miedo, con los muslos abiertos al aire exponiendo su sexo húmedo del amanecer y la cortina de la ventanilla abierta al campo húmedo del amanecer que desfila en una niebla de verdes.

73.

A Sarah le gusta leerme novelas en voz alta, interpreta a los distintos personajes impostando voces diferentes y mueve los brazos para recrear los diálogos. No domina los asados por mucho que se esfuerce. Dice «ir de fiestuki», «ir de cenuki». A las partituras las llama «partitukis»: «Dónde habré metido la partituki esa de Brahms», «He perdido la partituki del 132 de Beethoven», «No habrás visto mi partituki de Schubert». Casi siempre está perdiendo cosas, las encuentra y las vuelve a perder.

Me lleva a la Filarmónica a escuchar las sonatas de Schubert, desliza la mano en la mía cuando le puede la emoción. Por la mañana abre los ojos y se me queda mirando intensamente mientras me dice que tenemos que acabar con esta historia, que va a matarla. Me lleva al Théâtre de la Ville a ver un espectáculo de Pina Bausch, aplaude con todas sus fuerzas y les grita: «Bravo» a los bailarines y a las bailarinas, de pie, durante mucho rato, vocifera: «¡Bravo, bravo!». A su lado, yo estoy roja de vergüenza y de orgullo a la vez. En el cine, cuando se vuelve a encender la luz, es como un espejo extraño, su cara abotagada de tanto llorar frente a mi cara abotagada de tanto llorar. Dice que el corazón nos late acompasado, dice: «Qué sincronía tan increíble, qué comunión tan increíble». Dice: «Esto no lo puede entender nadie, absolutamente nadie».

Me llama por teléfono en plena noche. Lloro hasta que se le acaban las lágrimas. Dice: «¡Basta!». No oye que a mí, al otro extremo de la línea, los sollozos me ahogan, que me atraganto, ebria de pena y con el cuerpo dolorido de lo imposible que me resulta concebir la vida sin ella. Me pega y se me queda mucho rato en la mejilla la marca roja de sus dedos, bien abiertos, en la piel blanca. Dice que prefiere que nos separemos, pero al cabo de una hora se presenta con el programa de la nueva temporada de nuestro teatro favorito, quiere que reservemos para un montón de funciones el próximo año, hace planes y está hecha unas pascuas.

Sarah quiere que vayamos al cine, quiere que hagamos el amor, quiere que luego nos durmamos abrazadas, quiere que dejemos de escribirnos y de hablar durante unos días, quiere que vayamos a comer a un japonés, quiere que pasemos el fin de semana descansando en el campo, quiere que deje de llorar, quiere ir a una fiesta sin mí, no quiere tener responsabilidades, quiere sentirse sin cargas, quiere ser libre.

75.

El mes de julio llega como un bumerán. París está asfixiado, no hay ni gota de aire. Sarah sonrío al ver el bolso de piel amarillo que le regalo por su cumpleaños. Ese mismo día, ella me regala a mí un rosal rojo que se muere en el acto, al cabo de unos días, por culpa del excesivo calor. Nos da una sorpresa, a la niña y a mí, yendo a vernos a donde estamos pasando las vacaciones, en la costa. Conduce tan deprisa por la carretera que los gendarmes la paran por exceso de velocidad. Me esconde un regalo en la maleta, una estola de estrellas. Le dan ataques de risa, todo le hace gracia, es una cría, tiene seis años y medio cuando se pasa horas haciendo castillos de arena y cuando le construye a mi hija un barco con material reciclado. Se marcha y la vida vuelve a ser mortalmente triste y aburrida.

France Musique emite una actuación suya con el cuarteto, se emociona cuando le cuento por teléfono que he ido de puerta en puerta por todo el pueblo suplicando que alguien me dejara un aparato de radio, que he buscado un sitio donde se sintonizara bien y la he escuchado religiosamente tumbada en la hierba, rodeada de insectos, con la oreja pegada al transistor.

76.

Sarah dice que no, que ni hablar, ¿te enteras?, que antes muerta que subirse a un tiiovivo de esos, un tiiovivo que te pone cabeza abajo, que te sobresalta el corazón y te da ganas de vomitar. No me escucha cuando le recito bajito el poema de Max Jacob, «les manèges déménagent, de vous goûter manèges je n'ai plus... que n'ai-je?... l'âge»,^[6] se ofende cuando me burlo de ella y la tacho de melindres, dice: «Bueno, vale, venga, te acompaño», se sienta a mi lado en el columpio y, cuando empezamos a dar vueltas en la noche calurosa, casi me revienta los tímpanos de tanto chillar. Cuando nos bajamos sonrío como una cría, dice que quiere repetir ahora mismo, dice: «Otra vez, otra vez, otra vez», es como una niña, estoy enamorada de una niña. Dice: «Qué mágicas son las verbenas», me sonrío delante de una barraca donde pone no limits con luces de neón chillonas, no me escucha cuando sigo recitándole el poema: «Ménage ton ménage, manège ton manège».^[7]

«Mon manège à moi» es una canción que compuso Norbert Glanzberg en 1958, con letra de Jean Constantin; la escribió por equivocación a partir de una melodía que debía formar parte de la banda sonora de *Mi tío*, la película de Jacques Tati, y que no estaba previsto que se convirtiera en canción. Acabó siendo uno de los mayores éxitos de Édith Piaf.

La canción dice: «Tu me fais tourner la tête, mon manège à moi, c'est toi».^[8]

77.

A Sarah le entra el miedo cuando vuelvo a casa borracha una noche que se ha quedado cuidando a mi hija, tan borracha que tengo los dientes negros de vino y manchas parduzcas en los labios. No comprende que ya no me quedan fuerzas para esta vida que me ofrece, para esta vida que va demasiado rápido y en la que ella no quiere adentrarse del todo, para su inestabilidad, su incertidumbre, sus abandonos, sus caprichos y sus antojos de princesa.

Ya no aguanta nada, aborrece que esté cansada y que quiera acostarme

temprano, quiere que nos pasemos la noche hablando y que hagamos el amor sin tregua. Dice: «Ya no siento amor por ti», y se me viene el mundo encima. Me espera a la salida del liceo, como antes, con un ramo de margaritas. Me acompaña a la boda de unos amigos y toca el violín para ellos. Se ríe con las gracias de mi hija. Se enfada conmigo, me golpea el pecho con los puños cerrados y suplica que todo termine de una vez. Me llama por teléfono y me propone que vayamos a la playa, dice: «Preparad vuestras cosas, paso a recogeros mañana a primera hora». Me besa como si fuera la primera vez en el área de descanso de la autovía entre París y Honfleur. Hablo de Sarah, imprevisible, errática, desconcertante, veleidosa y aterradora como una polilla.

78.

Sarah me sonrío cuando la niña se le duerme encima, babeándole los pechos, en la *Consagración de la primavera* que hemos ido a ver las tres. Me ayuda a fabricar un calendario de Adviento para la niña, tiene seis años y medio cuando esconde las sorpresas, es una cría, estoy enamorada de una cría. Prepara una tarta de naranja, pollo al *curry* y tayín con limones confitados. Se alegra de celebrar la Navidad conmigo por primera vez. Se prueba un vestido en una tienda, me lleva a rastras al probador, cierra la cortina y me hace el amor de pie contra el espejo. Me insulta en un tren de cercanías abarrotado, dice que ya no puede más, que se tiene que acabar, en serio. Me acompaña a los baños turcos y me deja que la lave y le dé un masaje entre el vaho. Compra dos kilos de clementinas de golpe y se come la mitad en el metro que nos lleva a Les Lilas. Se pasa buena parte de la noche bailando en un cumpleaños al que nos invitan. Está viva.

En un bar de Saint-Germain-des-Prés pide que le echen más ron en el mojito. Pone una voz que no le había oído antes para decir: «Pero bueno, he pedido un mojito y esto es gaseosa con menta. ¿Cómo se entiende?». Hace como que no ve que, en la silla de enfrente, yo estoy roja como un tomate de

vergüenza. Me guiña un ojo cuando el camarero vuelve con un vaso lleno de ron. Choca su vaso con el mío para brindar por la borrachera gratis. Dice: «Por ti, amor mío». Y luego se pone tétrica.

Quiere acabar con esta historia, ahora va en serio, de una vez por todas. Dice: «No quiero volver a saber de ti». Dice: «Tú no volverás a saber nada de mí». Se toma la bebida con pajita. Dice: «Me asfixias». Mira cómo lloro, con expresión severa y los brazos cruzados.

79.

Hablo de Sarah, de su belleza desconocida y cruel, de su nariz austera de ave de presa, de sus ojos como sendos sílex, sus ojos letales, asesinos, sus ojos de serpiente, de párpados caídos.

80.

Sarah no me llama por teléfono. No va corriendo detrás de mí por la calle y por los pasillos del metro. No me escribe en los días posteriores, no me pide que vayamos al teatro, a ver el mar, a visitar un parque, a tomar el té o a comer en un japonés. No me pregunta qué tal estoy ni me pregunta qué tal está la niña. No sabe que el cuerpo entero me abrasa, que me arde la cabeza sin tregua y que nunca he sentido un dolor físico tan sordo y tan intenso. Sale de mi vida igual que entró, briosa. Victoriosa.

Al atardecer vuelvo del liceo en la oscuridad azul y rosa a la vez, hablando sola. Estar sin Sarah me provoca temblores. Me paso los días llorando, las lágrimas me corren en silencio por las mejillas y por el cuello para ir a morir entre mis pechos. Tengo los ojos hinchados y las mejillas

escocidas por la sal. Voy al cine a ver *Mamma Roma*, a uno de los cines a los que solíamos ir, estoy tiritando de frío, doy diente con diente, no me entero de la película, de nada. Camino mucho rato por París, bajo la lluvia. Hablo sola, como una demente. Camino por París, mucho. Cruzo el río una y otra vez. A menudo corro, detrás de los autobuses, de las palomas y de ella. Camino por mi ciudad. ¿Tanto la recorrimos juntas como para que cada esquina me traiga recuerdos tuyos? ¿Es que no hay ni un puñetero escaparate, ni un puñetero café, ni un puñetero estribillo, ni un puñetero paso de cebrá, ni un puñetero color del cielo, ni un puñetero cine, ni un puñetero *Air du Temps*, ni un puñetero mendigo por los que no andes rondando, so bruja? Cojo un tren nocturno para ir a la casa de cuento, a la casa donde bailábamos el buguibugui. Voy a Marsella, cojo el autobús para ir a Malmousque, grito en las rocas afiladas, grito a pleno pulmón. Daría lo que fuera porque estuviera aquí conmigo, en bragas, bañándose en el agua gélida y dorada. Voy a visitar la Cité Radieuse, la «ciudad radiante» de Le Corbusier, arrastrando lo que queda de mí por los autobuses marseleses. Radiante, y un cuerno. Radiante, ni de cofia. En la azotea que domina la ciudad, me entra vértigo al pensar que su silencio me duele tanto que podría tirarme. En la azotea del edificio de Le Corbusier, me tumbo boca arriba y lloro mucho rato, ante la mirada atónita de los turistas, que esquivan mi cuerpo con mucha consideración, sin decir palabra, con expresión deferente. Estamos en marzo. El 1 de marzo, el mes de Marte. Marzo, Marte, Marsella, la ciudad sanadora, la ciudad resiliente, la ciudad astral. Me quema el cuerpo, aun sin el agua del mar. Todas las cicatrices, y ese fuego en el vientre cuando te vislumbro, y todas las noches, esas imágenes tuyas que veo pasar por el techo como cometas, y la *maison du fada* ^[9] que tanto te gustaría, y mis vagabundeos por la fetidez, que tanto te conmoverían. Me da la luz en los ojos, la plena luz, tan blanca y tan franca, casi ácida. La luz en Marte atraviesa los huesos, remienda el esqueleto y apaña el alma. Es bueno saber que compartes este cosmos.

En otro diccionario médico. Latencia: después de un trauma psicológico, tiempo transcurrido entre el hecho y la aparición del síndrome de repetición en la neurosis traumática. Aunque se trata de un periodo aparentemente silencioso, está cuajado de episodios en los que el paciente se encierra en sí mismo, tiene dificultades para adaptarse y padece estados depresivos o, por el contrario, de euforia paradójica. Suele durar de varias semanas a varios meses, pero también puede ser muy breve o prolongarse durante años.

82.

Un sobresalto, en la estación de Marsella. Estamos en marzo, dos años después del chasquido de la cerilla, el olor del azufre y la confesión que me ofreció como un regalo. Estamos en marzo, llevo varias semanas sin oír el sonido de su voz. Dijo: «No quiero volver a saber de ti, tú no volverás a saber nada de mí». Me agotaba, pero sin ella me muero. No lo consigo, es demasiado difícil. Contengo la respiración mientras el teléfono suena sin respuesta, una vez, dos veces, tres veces. Y entonces descuelga. Oigo su voz. Dice: «¿Diga?». Dice: «¿Diga?». Está viva. Parece triste, algo abatida, tiene la voz apesadumbrada, la voz que tan bien conozco, sorda y velada, carente de todo amor y de toda maldad. Se me encoge el corazón. De repente, en el andén 2 de la estación de Marsella, hace un poco de frío. Hay un silencio, muy largo. Oigo su respiración y me gustaría tragármela. Me miro los pies y luego miro el cielo. Allí arriba, por encima de los trenes, hay una nube que se junta con las nubes.

Dice: «Quería llamarte, ¿sabes?, pero no pude, porque tengo que decirte algo, estoy enferma, es grave, tengo cáncer de mama».

II

1.

Es una primavera casi como cualquier otra, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. Una primavera desquiciada, llena de noches calurosas y lluvias frías. No logro, en el calor húmedo de la habitación, despegar los ojos de su cuerpo desnudo ni de su cabeza como de cera, de su perfil de muerta. Por última vez contemplo cada parte de su cuerpo, de ese cuerpo que quiero tanto. Deseo que se me queden grabados, para siempre jamás, los dedos ganchudos de sus pies, la delicadeza de sus tobillos, la conmovedora curva de sus pantorrillas, su extraño sexo pelón de infante y de anciana, su vientre indulgente. Quiero que se me queden grabados, para siempre jamás, la belleza de sus dos pechos. No quiero mirarle la cara. Tengo miedo de verla morir. Tengo miedo de querer besarla por última vez. Tengo miedo de despertarla. Tengo miedo de que vuelva a la vida.

Ahora está durmiendo, por fin. Está muerta.

Me levanto sin hacer un solo ruido, en este amanecer sucio y gris, asqueroso, y salgo del dormitorio de puntillas. Tengo el corazón desbocado. No me paro a vestirme, meto la ropa en el bolso a puñados, me calzo y echo una ojeada a ese lugar donde me he sentido como en casa. Me retiene, un instante, un destello rosado en la esquina derecha del dormitorio. Son las flores del magnolio que chocan contra el cristal, unas magnolias grandes y preciosas, con los pétalos abiertos cargados de rocío y de luz. Abro la puerta principal y vuelvo a cerrarla sin hacer ruido. Voy vestida para dormir y el día se despierta. En la calle no miro atrás, echo a correr con todas mis fuerzas.

Voy a todo correr por las calles del extrarradio donde vive y que he acabado por aprenderme de memoria. Tengo miedo de que me persiga, como ha hecho tantas veces, de que me sujete por la manga y todo vuelva a empezar. Llego al metro, jadeante, bajo las escaleras de cuatro en cuatro, empujo con la cadera el torniquete metálico y me abalanzo dentro del tren que arranca enseguida, a Dios gracias. El metro se me lleva. Ya estoy lejos. No volveré a verla. Está muerta. No volveré a olerla. Está muerta. No volveré a acariciar su cuerpo, no volveré a hacerle el amor. Está muerta. No volveré a ver, atónita, cómo sus labios me dicen que ya no me quiere, que ya no está enamorada de mí. Estoy salvada.

El metro va raudo en la oscuridad. Recupero el aliento. Trago saliva y me sabe a hierro, me sabe a sangre. Me paso las manos por la cara. El olor de su sexo sigue en mis dedos. Los olfateo como una demente. Mi amor. Mi amor muerto. El olor, en mis dedos, del sexo de mi amor muerto.

Así que tengo que irme. Deprisa. No quedarme en esta ciudad. Me paso dos días, puede que tres, caminando por París, mucho, casi sin detenerme. De día y de noche. Cruzo el río una y otra vez. A menudo corro. Detrás de los autobuses, de las palomas y de ella. Camino por mi ciudad. ¿Tanto la recorrimos juntas para que cada esquina me traiga recuerdos suyos? Tengo que coger un tren, un avión. Un barco. Marcharme. Deprisa. Tengo miedo de que me encuentren. De que se sepa lo que he hecho. Tengo miedo de que me dé caza. Con la muerte pisándome los talones. La muerte es ella. Sarah, la muerte. Tengo miedo de que me atrape otra vez en sus redes. No quiero volver a ver sus ojos. Esos ojos suyos tan hermosos. Sus ojos caídos.

Intento respirar con calma, reflexionar. Necesito un plan. Un plan de acción, un plan de ataque. Tengo que salir de esta. Joder, que está muerta. Ya no me quiere. Ya no quiere quererme. Ya no quiere los amaneceres en los que la radio a todo volumen no logra separar nuestros cuerpos, asombrados de amarse tanto. Ya no quiere reírse por teléfono, bromear, regocijarse con que nuestras palabras y ocurrencias sean tan oportunas, con que tengamos tanta sintonía que la vida siempre suena bien afinada. Ya no quiere excursiones, ni correrías, ni escapadas. Ya no quiere reencuentros con los que vibra todo el cuerpo, tiemblan las manos y se sobresalta el vientre. Está muerta. No estoy

segura. Pero creo que murió una noche de primavera. Una primavera casi como cualquier otra, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. La maté yo. No estoy segura. Pero creo que la maté yo. Decía que ya no me quería. Tenía esa enfermedad, en sus senos, en su seno. Los senos que yo le lamía mientras me sonreía. Decía: «Amor mío, amor mío». Para, acto seguido, decirme que ya no me quería. Y está muerta. Quizá. No podía despegar los ojos de su cuerpo desnudo ni de su cabeza como de cera. De su cadáver.

2

Mi niña. Mi hijita, tan dulce y tan divertida. Mi niña viva, que salió viva de mi vientre; qué maravilla. Y que, desde entonces, no ha dejado de vivir y de seguir viviendo. Voy a tener que dejarla. Voy a marcharme. Sin ella. Lo más lejos posible. Para olvidar el perfil de Sarah en la luz asquerosa del amanecer. Su perfil lívido a la luz lívida.

Voy a huir para lavarme los ojos. Respiro demasiado deprisa. Me duele todo el cuerpo. Sé lo que tengo que hacer. Actúo con presteza y precisión. Me pongo de puntillas para rebuscar en el altillo. Tanteo con las manos y acabo tocando la correa, tiro y la mochila se me cae en la cabeza. Mi mochila roja. Abro las dos cremalleras, zip, zip. Meto un pantalón, varias camisetas, bragas, un fular grande y un jersey abrigado. Me visto. Con otro pantalón y otro jersey. No cojo ninguna falda, no cojo ningún vestido, no cojo ninguna blusa. Salgo huyendo. Con la muerte pisándome los talones. ¿Estará ya despierta, a estas horas? ¿Allí, en su piso de las magnolias? ¿Le sorprenderá no encontrarme a su lado? Debe de estar preguntándose adónde he ido, después de pasar la noche pegadas la una a la otra. Cuerpo a cuerpo. Quizá piense que he salido a comprar el desayuno. Que voy a regresar. Que voy a sonreírle. Llevando en la mano una bolsita con dos *petits pains* rellenos de chocolate. Una bolsita de papel marrón, algo grasienta. Como todas las mañanas del mundo después de las noches de amor. Y con los dedos, en los que permanece el olor de su sexo, sujetando la bolsita de papel. Pero no. Está muerta. Lo sé. No va a volver a la

vida. No va a volver a entrar en razón. No volverá a llamarme por teléfono. No me dirá que se ha equivocado, que me quiere, que tengo que regresar. Se quedará ahí, tendida en la cama. La dama de las magnolias. Lo sé. Y encontrarán su cadáver, a una hora del día en que el resplandor rosa de las flores le pondrá en la frente desnuda una corona de sombras chinescas.

Un billete de avión de aerolínea barata. Eso es lo que compro, haciendo clic nerviosamente en la primera oferta que me encuentro, sin pararme a pensar, en nada. Quién diría que se trata de algo con lo que la gente sueña tan a menudo, comprar solo la ida, un billete hacia la aventura, algo con lo que la gente fantasea para tranquilizarse cuando la vida se complica, resulta demasiado cansada y los niños dan mucha guerra, de todas formas yo me largo y ahí se quedan, voy a coger un avión para no volver, empezar desde cero en otro sitio, sin que nadie sepa dónde, sola y bienaventurada. No me paro a pensar, hago clic, una y otra vez, confirmo, digo que sí a todo lo que me pregunta el ordenador, sí, sí, sí, no tengo alternativa, debo marcharme, olvidar su perfil de muerta, la cabeza como de cera y el sabor a sangre de mi boca. El avión sale tempranísimo, tanto que decido que lo mejor es dormir en el aeropuerto, y es lo que hago, me voy, con la mochila roja a la espalda, me voy de casa dando un portazo sin saber cuándo volveré, dentro de unos días o de unas semanas, sí, más bien eso, dentro de unas semanas, cuando las aguas vayan volviendo a su cauce, cuando respire de nuevo con normalidad, cuando las imágenes tremendas se hayan fundido con todas las demás imágenes tremendas que ya conozco, el amasijo de pelos pegados de los gatitos ahogados rebullendo en el fregadero de la casa de campo, la anciana a la que atropelló un camión de gran tonelaje en un paso de peatones delante de la oficina de correos, las imágenes de la liberación de los campos de concentración que estuve mirando en una sala con las cortinas echadas un día canicular, las torres del 11 de Septiembre y la gente tirándose por la ventana desde lo alto de los edificios, el ahorcamiento hipnótico de Sadam Husein con ese corpachón de pelele desvencijado colgando de una cuerda.

En el tren de cercanías me duermo enseguida. Llevo varios días recorriendo París para que no me encuentren, resguardándome en las librerías de los chaparrones helados que contrastan con las noches bochornosas que

paso en los muelles del Sena, amodorrada junto al agua que se revuelve como si pelease contra un enemigo ignoto. Me duermo, arrullada por el traqueteo del tren que atraviesa extrarradios desconocidos, La Courneuve, Le Blanc-Mesnil, Sevran-Beaudottes, Villepinte, nombres que no me dicen nada y que, por eso, me parecen, todos ellos, lugares de asilo potenciales. En cuanto llego al aeropuerto empiezo a sentirme algo mejor. Casi tranquila del todo. Seguro que aquí no vendrá Sarah a buscarme. Sus ojos no me alcanzarán. Su sonrisa de vampiro, tampoco. Aquí no me encontrarán. No me contarán que ha muerto. En su baño de magnolias. Que nunca llegó a despertarse. No me preguntarán qué sé, no me interrogarán sobre la última noche, sobre mi saliva que sabe a sangre, sobre mi huida desnortada. En el vientre del inmenso aeropuerto desaparezco. Me convierto en una de esas siluetas anónimas que a nadie le importan. En la tienda *duty free* compro con qué prepararme una buena cena, para celebrarlo. Cosas que no como nunca. Bolsas enormes de golosinas. Pruebo varias sombras de ojos de primeras marcas de lujo. No tengo prisa.

Me he convertido en alguien a quien nadie conoce. Nadie sabe que estoy aquí. Nadie me dirige la palabra. Miro las botellas de bebidas alcohólicas y sus bonitas cajas con inscripciones, y hojeo pausadamente las guías de Italia. Casi me alegro de tener que tomarme estas vacaciones forzosas. Pienso en mi niña, en lo que le voy a contar cuando regrese. Por lo pronto, la he dejado con sus abuelos. Sé que debe de estar durmiendo, metida debajo del edredón, dichosa con esos días improvisados. Le diré que he ido a Italia a curarme una pena de amor. Se convertirá en una historia legendaria de las que se cuentan los domingos, en la sobremesa de la comida familiar. Mi niña dirá que está visto que su madre era una heroína de novela. Sí, resulta muy novelesco esto de salir huyendo para curarse de una pasión, abandonar a una hija una temporada hasta que cicatrice el corazón. Me paro un momento delante de los frascos de perfume, muy ordenados. En un estante veo el de Sarah. Lo cojo, me vaporizo una gota en la muñeca derecha y me la acerco a la nariz. El dolor es instantáneo. Noto un respingo en el vientre. Me muerdo el puño para no gritar. Salgo de la tienda corriendo, con la bolsa de plástico llena de golosinas en una mano y el fular en la otra. Corro en línea recta hasta la cristalera que da a las pistas, hasta que no puedo seguir avanzando. Fuera está oscuro. Me doy de bruces con la noche. Unos farolillos anaranjados parpadean en las pistas. Hay

unos aviones grandes beatíficos y plácidos que esperan a que los llenen de pasajeros. Qué tranquilo está todo. Es como si, de pronto, ya no oyese nada, como si el mundo acabara de sumirse en un profundo silencio. Me desplomo contra el cristal. Tengo la sensación de que voy a vomitar pero rompo a llorar, abrumada, postrada, aniquilada.

3.

La noche es larga y está poblada de imágenes de Sarah superpuestas al incesante rumor de la vida que pulula en la panza del aeropuerto, el ruido de las maletas al rodar, los retrasos y los avisos, personas que lloran, que llaman por teléfono o que se hallan entre la vida y la muerte, en ese instante ingrátido en el que nadie sabe muy bien dónde está, qué está haciendo ni por qué. Fascinación por estar allí, de madrugada, fascinación por estar allí, viva, tan viva, a pesar de la congoja ensordecedora que me colma y la desesperación que acecha en lo más hondo de mí.

Una pesadilla. Todas las dependientas de las tiendas del aeropuerto, todas las azafatas y todas las pasajeras se llaman Sarah. Ya no existe más que un solo nombre de mujer, el suyo. Seguramente yo también me llamo Sarah, quiero comprobarlo en el pasaporte, lo busco, primero con calma y luego nerviosa, vuelvo del revés los bolsillos del abrigo gris topo, nada; en los bolsillos exteriores de la mochila, nada; empiezo a ponerme histérica, lo que quiero es escapar, subirme a un avión, acabar con todo esto, pero sin pasaporte no podré, eso seguro. Las personas se llaman, y como todas las mujeres responden al nombre de Sarah, es un lío tremendo, nadie sabe a quién contestar, oigo su nombre por todas partes, en boca de individuos que besan a mujeres a punto de embarcar, adiós, Sarah, amor mío, en la de los padres que les pegan voces a sus hijas y en los avisos de los altavoces. Voy a la comisaría del aeropuerto para denunciar que he perdido el pasaporte. El policía me pregunta cómo me llamo para tomar nota de la reclamación. Se lo digo. Empieza a reírse a voces y, con tono ominoso, me contesta: «Pero eso es

imposible, hombre, solo han sobrevivido las Sarah».

Estoy hecha un ovillo en los asientos de plástico. Tengo frío. Estoy dolorida. La echo de menos. ¿Dónde estás, cabrona?

Subo al avión mientras la noche empieza a deshilacharse. Sé que por encima de las nubes será de día, qué alivio. No miro a mis compañeros de aventura, no me apetece demasiado saber con quién comparto este viaje. Pronto alcanzaré el cielo y eso es todo lo que importa. El avión grande, pacífico y reconfortante, despegamos. Con la nariz pegada a la ventanilla, contemplo toda esa distancia que se va interponiendo entre ella y yo, y me entran ganas de reírme. Ya está, se acabó. Estoy salvada. Una salvación milagrosa. Me cruza por la cabeza la imagen de mi hija, pienso en la vida que llevamos juntas. Las tardes, cuando la recojo en el patio del colegio, con esa luz tan bonita; las mejillas arrojadas de tanto jugar; la tremenda alegría de ver que sus piernecitas se apresuran cuando advierte mi presencia y de sentir el impacto de su cuerpo contra el mío. Ir juntas de compras por París, coger el metro, salir por la noche entre semana, aunque sea una insensatez porque a la mañana siguiente va a estar cansada. Creo que se parece a esos niños de entreguerras, a esos miles de rostros que escudriñaba en libros viejos y polvorientos cuando buscaba Dios sabe qué, a Dios a secas. Los ratos que pasamos, tumbadas en la alfombra marroquí de su cuarto, hablando de cosas, escuchándola contar cómo es la vida cuando se está a punto de cumplir cuatro años, los miedos que se albergan ya en las entrañas, las esperanzas que se fundan, los sueños que se cuchichean y los placeres que se afrontan. Quizá debería haber avisado a su padre, haberle dicho que me voy a Italia, que regresaré dentro de algún tiempo, haberle pedido, por favor, por favor, que la cuide mucho, que le explique que tengo que arreglar unos asuntos y que pronto volveré. Dicho así, suena un poco mafioso, y además no estoy segura de que él lo entienda. A menudo es mejor no decir nada. De todos modos, ya se dará cuenta, cuando vea que no cojo el teléfono y que no le abro la puerta cuando la golpea.

Por la ventanilla, admiro el contorno de las islas ribeteadas de arena, el territorio parcelado, a la europea, bosques rapados y tierra desnuda y virgen, al parecer trasquilada, eso es, trasquilada. Los escollos de la resaca en la

tierra, como una conquista que no cesa. Los últimos tumbos del avión, que debe de parecer, de lejos, un ave sacudiéndose al sol en un reguero de agua de lluvia.

Se me había olvidado cuánto pueden doler los oídos al aterrizar. Pero disfruto de cada dolor. La espalda anquilosada, bien, la nuca rígida, vale, los tímpanos a punto de estallar, por qué no, cada dolor del cuerpo me permite olvidarme por un instante del dolor del corazón, del dolor que tengo que vivir mientras que ella está muerta, quizá esté muerta, el dolor de haber matado a mi amor, de no haber podido morirme yo en lugar de ella. El fugaz esplendor de las montañas que circundan el lago de Garda me deja sin aliento momentáneamente. De modo que ¿así son las cosas? La vida puede detenerse, el amor puede morir y el mundo puede seguir, ahí mismo, al mismo tiempo, en el mismo espacio, deslumbrante de hermosura.

4.

La lluvia me golpea las mejillas encendidas y se mezcla con las lágrimas ardientes. Tengo calor, muchísimo; en las calles milanesas que recorro trastornada no hay nadie, y estas gotas me sientan de maravilla, son las gotas rotundas de finales de abril, casi las oigo reventar una a una cuando tocan la acera, un repiqueteo como de claqué. La lluvia huele a ostras y sabe a sake, siento la presencia, justo encima de mí, de un nubarrón gris henchido de mar, que sin duda ha llegado directamente del océano. Salí del aeropuerto a mediodía y aún sigo huyendo, literalmente, si no estuviera tan cansada echaría a correr. Me zambullo en una boca de metro y mi cuerpo decide por mí, elige los transbordos y me encuentro en la línea que va allí, a casa de Isabella, a quien le he dicho que iba para allá, que era una emergencia y que no me iba a quedar.

En el vagón no hay nadie, de hecho no hay nadie en ninguna parte, me pregunto si seguirá lloviendo y cierro los ojos un instante. Y de pronto, el

metro acelera en una subida, se prepara para surgir del conducto oscuro que lo constriñe y es como un niño que sale de las entrañas de su madre, el tren vibra cada vez más, y llega ese instante en que queda suspendido, quizá no más de un segundo, y por fin el alumbramiento, de repente el color, de repente los ruidos y de repente el aire. El sol inunda el vagón totalmente vacío, pero ya no importa, estoy tan débil, acurrucada en el asiento, soy ese recién nacido expulsado de la mamá ciudad, tengo el rostro tumefacto de los boxeadores en miniatura que acaban de nacer, zumbidos en los oídos, ganas de gritar porque respirar cuesta mucho y una explosión en la cabeza porque sí. Porque hace mucho tiempo madrugábamos los domingos para ir a ver películas a nuestro cine favorito. A la hora en que la gente apenas arrancaba la jornada dominical, nosotras volvíamos a casa en metro para comer, un poco groguis por haber pasado, aún medio dormidas, dos horas en la oscuridad del cine. Nos tumbábamos en esa esquina del vagón donde hay seis asientos, tres enfrente de otros tres, y mientras el traqueteo y las sacudidas del tren nos acunaban en esa otra oscuridad, lo único que esperábamos era ese preciso instante en que el tren se desgajaba de la tierra para alcanzar el exterior. Tumbadas boca arriba y con los ojos como platos, acechábamos el cielo, que aparecía de repente, y la luz, que nos embriagaba y nos mareaba brevemente. Y luego, siempre, con esa voz que tanto me gusta, Sarah decía: «¿Has visto qué sol, ángel mío?».

5.

Pues vaya con este sabor a sangre que no se me quita. «¡Asesina!», me parece leer en todos los labios, aunque sean italianos. «¡Criminal!». «¡Loca perdida!». «¡Mano funesta!». La maté a pesar de que ya se estaba muriendo, en esa noche descolorida, la maté porque no soportaba que se muriese, no soportaba que se le entreabriesen los labios para decir: «Ya no te quiero», no soportaba que sufriera, que padeciera una enfermedad que yo misma le había hundido en el pecho, en el pecho izquierdo, del lado del corazón, una enfermedad como un puñal en el corazón y conmigo en el extremo de la mano

que sujeta el cuchillo. La maté porque me resultaba imposible vivir con ella, a su lado, ser su compañera, recorrer el camino juntas, la maté porque ella prefería la música, la maté porque no soportaba ver su cuerpo descarnado, su cabeza como de cera, su perfil de muerta. La maté porque la odiaba, porque la quería tanto que habría querido morirme yo en lugar de ella.

Pero bueno, no estoy segura. Ya no sé lo que pasó en realidad. Hicimos el amor. En el fondo, un crimen es casi lo mismo. Entonces, puede que no esté muerta, que esté tocando el violín, allá, en su casa inundada de la luz rosa de las magnolias. Seguramente está ensayando el octeto. Lo recuerdo, sé cómo es.

6.

Isabella llega enseguida. Solo llevo esperándola unos minutos en la plaza donde hemos quedado cuando aparece con una amplia sonrisa. Lleva un vestido negro muy bonito, botas de ante muy estilosas y gafas de sol sujetándole el pelo. Tiene las mejillas sonrosadas. Grita: «Ciao!» cuando me reconoce desde el otro lado de la calle y, por un instante, me olvido de todo. Cruza corriendo, me besa fuerte y me abraza aún más fuerte, un gran *abbraccio*. Dice: «Fíjate bien dónde estamos, así siempre podrás orientarte. Esta plaza es la Piazza della Conciliazione». Yo oigo: «Consuelo».^[10]

Vive muy cerca, en un piso grande y muy blanco con parqué antiguo. Tiene un despacho con librerías hasta el techo, tres gatos que se pavonean por las amplias habitaciones, una cocina suntuosa con una mesa de madera inmensa a la que dan ganas de sentarse sin más demora para tomarse un café o para escribir unas líneas, y una terraza donde se puede leer al lado de un jazmín que huele a gloria. Enseguida me siento como en casa, a salvo, protegida y aislada del mundo. Nadie va a venir hasta aquí a buscarme, eso seguro, y aquí no me conoce nadie, soy transparente, paso inadvertida, voy de incógnito. Soy inocente.

«No sé cuándo voy a regresar a París —le digo a Isabella—, me gustaría

ver un poco tu país, ir algo más allá de Milán, puede que a Nápoles, viajar en trenes nocturnos porque no tengo mucho dinero y porque es lo que más me gusta, sí, ¿por qué no a Nápoles?, me gustaría despertarme a la orilla del mar, en una ciudad que brille tanto y que huelga tan mal como Marsella, así es como me imagino Nápoles, ¿a que sí, a que Nápoles huele fatal?». Y lo necesito, pienso sin decírselo, necesito esa fetidez para tapar el olor de la sangre que no me abandona, que me sigue como una nube púrpura cargada de salpicaduras de olas sanguinolentas, el olor que noto en todas partes, que me impregna y me escribe en la frente: «Asesina». «¿Nápoles? —pregunta, y se ríe a voces, con esa risa suya escandalosa—. Pero si eso es el fin del mundo, *carina*, Nápoles está en el sur, es casi otro país, ¿sabes?, otra vida». Susurro que eso es precisamente lo que quiero, otra vida.

7.

Lo recuerdo: la vida en suspenso, esa vida que dejaba en pausa, mientras estaba en apnea, ingrávida. Sí, estaba esperando. Estaba flotando a través de los días que pasaban, flotando mientras intentaba hacer como si nada. Me despertaba con sensación de náusea y me podía el cansancio en pleno día, un cansancio inconcebible, demoledor, como si fuera yo la que se hubiera marchado a Japón. Intentaba decírselo, por Skype, donde cruzábamos unas palabras a horas inverosímiles. Al unísono contábamos los días que quedaban hasta que regresara. Solo faltan ya dieciocho días. Todavía faltan dieciocho días. Me quedaba mirándole la boca, en la pantalla, como si me fuera la vida en ello. Sus labios pronunciaban palabras de amor que me llegaban con desfase. En el momento en que por fin íbamos a colgar, la tierra japonesa se puso a temblar muchísimo y fue como un mareo contagioso, me dio la sensación de que el cuarto donde yo estaba también se movía, el parque temblaba y tenía el cuerpo intermitente. Mientras duró el seísmo seguimos bromeando, cada una en su cama, y yo no podía evitar pensar que el seísmo éramos nosotras, que nuestra historia de amor era la sacudida sísmica que

hacía trepidar todo en varios kilómetros a la redonda, que era una conmoción, un cataclismo. Una catástrofe. Lo recuerdo: haber pensado para mis adentros, muy en serio, que nadie saldría indemne.

8.

Me desplomo en el sofá del despacho de Isabella y me tapo con una tela india que anda rodando por ahí. Me sumo en un sueño súbito, como un desmayo. En ese estado comatoso oigo cómo Isabella recoge un poco, se ducha, sale a hacer un recado, clac, bum, la puerta de entrada, vuelve charlando por teléfono, habla con sus gatos en italiano, trastea en la cocina, prepara algo de comer, y maldice y refunfuña en voz alta. Me gustaría quedarme aquí toda la vida, durmiendo mientras oigo el ruido que hacen los que siguen viviendo, los que no saben nada, el ruido ingenuo de los que no han hecho nada malo.

Cuando me despierto, pelo dos kilos de patatas, para ayudarla, sin hacer ruido ni decir esta boca es mía. A nuestro lado, la radio parlotea en italiano y los gatos dormitan. Me pregunto más o menos cómo se lo tomará el padre de mi hija cuando se dé cuenta de que he desaparecido. Es tan imprevisible que ni siquiera estoy segura de que dé la voz de alarma. Me siento como entre algodón, en una vida detenida, la vida de otra persona que no soy yo. Isabella opina que estoy muy pálida, me aconseja que salga a tomar el aire. Me indica cómo se va a la Triennale de Milán que se celebra en el Palazzo dell'Arte, en el parque Sempione. Tengo la sensación de que si no le hago caso, si no salgo ahora mismo, ya no saldré nunca más de su casa, me quedaré enclaustrada y postrada en este piso desconocido de esta ciudad desconocida. No cojo nada, solo me pongo el abrigo gris topo y me voy, clac, bum.

En este barrio las calles son anchas y las casas grandes, más que casas son villas, mansiones antiguas. En la Via XX Settembre las aceras están cargadas de lánguidas glicinias color malva, deprimentes. Camino mirando esas edificaciones enormes, con sus columnatas y sus postigos oscuros y

displicentes. Me pongo a pensar en la riqueza de los romanos, en lo que me imagino que era la riqueza de los romanos, decadente y emocionante. Voy caminando al sol, un sol tremendo, un sol impúdico, un sol indecente. Un sol que parece mentira, un sol que no me merezco. El Palazzo dell'Arte es un edificio suntuoso, y el parque, una maravilla. Tanta belleza me conmueve, me duele, se me mete bajo la piel como una navaja. Me gustaría que el mundo entero estuviera sucio igual que mis manos manchadas de sangre, que el cielo estuviera bajo y gris, que el sol agachara la cabeza igual que yo agacho la cara, avergonzada y culpable.

Cuando vuelvo a casa de Isabella, la mesa está puesta, junto a la ventana, con cubiertos antiguos y bonitas copas talladas, todo sabiamente dispuesto encima de un mantel largo de lino blanco, en la habitación iluminada con velas. Se ríe de mi cara de susto, debe de pensar que debo de estar sorprendida y feliz por ese recibimiento, dice que ha invitado a unos amigos a cenar con nosotras, no sabe que la cara de susto es por toda esa pompa, que todo me parece opulento y grotesco, que solo faltan unos racimos de uvas ahí puestos para que sea como en tiempos de los romanos deslustrados, y que los preparativos majestuosos me dan náuseas. Más náuseas por el precioso vestido de noche que lleva puesto y que me enseña haciendo posturitas, náuseas por su perfil maquillado, náuseas al oír que los invitados llaman a la puerta.

A pesar de todo, hago un esfuerzo, me peino y me pongo un poco de colorete. Delante del espejo trato de atusarme el pelo y de parecer un poco más alegre. No sirve de nada.

9.

Le estoy agradecida a la mujer que se presenta diciéndome, sencillamente: «Ciao, sonno Benedetta», y no vuelve a decirme nada, pero que se pone a preparar a mi lado una salsa de limón para la pasta y deja que la ayude. Como

una marioneta, copio lo que ella hace, machaco y mezclo un diente de ajo con el zumo de los limones que ella va exprimiendo, añado aceite de oliva y parmesano, y revuelvo, revuelvo y revuelvo. Me quedo mirando, hipnotizada, cómo se amalgaman todos los ingredientes hasta convertirse en una crema, es como si no hubiese cocinado en toda mi vida. Los demás invitados van llegando. Isabella le indica a cada uno su sitio, nos sentamos todos, descorchan una botella de vino que parece cara, un vino increíble, de antología incluso, dice, al parecer, uno de los invitados después de probarlo, un hombre moreno con pinta rústica. Somos ocho comensales. No me entero mucho de las conversaciones, todo el mundo habla muy alto y muy deprisa, gesticulando y riéndose mucho, solo capto algunas palabras que se parecen a palabras francesas y me dan alguna pista sobre la conversación. De todas formas, me da lo mismo, estoy ahí sin estar, estoy en el dormitorio del piso de Les Lilas, junto al cuerpo de Sarah dormida, junto al cuerpo de Sarah muerta, junto a su piel, que aún seguirá caliente un rato, junto a su hermoso rostro impassible, junto a su cabeza calva y como de cera, coronada por la sombra de las magnolias. Lilas y magnolias, bonito ramo para una difunta. Es que te lo mereces, amor mío.

Soy incapaz de comer un solo bocado de la carne que nos sirve Isabella de *secondi piatti*, la veo como si fuera el cuerpo de Sarah, el cuerpo de Sarah desmembrado y descuartizado al lado del puré preparado con las patatas que he pelado con mis propias manos. Los miro uno por uno, a todos, a los siete comensales con ropa escogida, palabras escogidas en su hermoso idioma y modales escogidos, y son ogros que devoran su cuerpo, que le desgarran la carne con los dientes y no dejan ni una migaja. Me dan arcadas. De postre hay un sorbete de pomelo rosa, lo acepto encantada, el frío y la acidez que me bajan por la garganta repelen las ganas de vomitar. Me voy a la cama sin más preámbulos, cuando los invitados no se han marchado aún.

También esta vez me duermo de golpe, como si me desmayara, oyendo sus voces de glotones y sus risas de antropófagos.

10.

Lo recuerdo, y sé cómo es. Los amaneceres pegada a ella. Las siete y cuatro minutos de la mañana, pregona la radio, France Inter da las noticias de Siria en el calor húmedo del dormitorio, tengo ganas de volver a hundirme en el sueño quebrado y ya perdido, en ese sueño un tanto tibio que sigue a las noches de amor voraces, las noches de amor hambrientas, devoradoras e insaciables, esas noches de amor a las que me parece que no vamos a sobrevivir, en las que me parece que la vamos a palmar, sin más, esas noches de amor en las que nos comemos el corazón, eso es, tal cual, nos comemos el corazón desmenuzado en migajas en la palma de la mano, y en las que lloro por dentro por lo mucho que deseo integrarme, fundirme, ahogarme y desaparecer contra su cuerpo. Lo recuerdo, y sé cómo es: las veladas feroces recorriendo la ciudad. Las doce y treinta y cuatro en la noche parisina, causamos extrañeza. La gente se vuelve en silencio cuando pasan nuestras siluetas, que se tambalean un poco, sin soltarse nunca, cuando pasan nuestros rostros que irradian ambos esa expresión tan curiosa, llena de gusto, de descaro, de aplomo y de atrevimiento, esa expresión insolente y, quizá también, esa impertinencia en la mirada. En el taxi que nos lleva a casa hacemos recuento de todo lo que hemos bebido, y el resultado nunca basta para justificar la embriaguez que nos exalta. Porque lo que nos embriaga son las horas que pasamos juntas, es esa locura de vida que llevamos con paso firme, es el tiempo que le robamos al tiempo. Lo recuerdo. En cuanto nos juntamos las dos, se obra la magia.

11.

Me despierto tarde, agotada como si me hubiese pasado la noche corriendo. Isabella lleva ya mucho rato levantada y charla animadamente en la cocina con dos de los invitados de la víspera. El hombre moreno, que sigue teniendo la

misma pinta rústica y habla con una voz muy grave, y una mujer de unos cuarenta años y pelo gris y ondulado, muy elegante con un salto de cama de seda, que, me acuerdo, se llama Lisa. Comprendo que son pareja. Isabella me dice que no viven en Milán, que han venido a pasar el fin de semana, que han dormido en la habitación de invitados y que a media tarde se pondrán en camino para volver en coche a Eslovenia, que es donde viven. Me manda a la ducha. Me quedo mucho rato bajo el agua templada, sentada en la bañera, con la alcachofa entre los muslos. Recuerdo todas las veces que Sarah y yo hicimos el amor, me pregunto quién me tocará el cuerpo ahora que ya no voy a volver a verla, ahora que ya no me quiere, que ya no me desea y ha preferido morirse.

En la cocina la conversación está de lo más animada. Me alivia no entenderlo todo, oírlos hablar como quien oye una nana, sin prestar atención a las palabras pero disfrutando de la melodía. Isabella añade mucha nata al café que me sirve, me alarga un plato bonito con un buen pedazo de *pinza*, un dulce típico de Trieste que han traído los invitados y que le encantaba a James Joyce. Lo acompaña una tarjetita donde pone: «Conservare nella sua confezione originale ad una temperatura non inferiore ai 15 °C», y también: «Da consumarsi preferibilmente entro il», pero luego no indica ninguna fecha. Me pregunto a qué temperatura habría que conservar el cuerpo de Sarah para que no se pudriese.

Pregunto por Trieste, la ciudad de Joyce de la que no sé nada. Lisa es inagotable, se pone a hablar muy deprisa en una mezcla de italiano, inglés y francés, entiendo que se trata de la ciudad donde se crio su abuelo, que de pequeña siempre pasaba las vacaciones allí, y que ya casi nunca vuelve pero siempre que lo hace se emociona mucho. Cuando murió su abuelo, heredó el piso donde él vivía pero no tiene tiempo para ocuparse de él y se cae de viejo. Ahora, ella y el hombre moreno de voz grave viven en Eslovenia. Como Trieste les pillaba de paso para ir a Milán, hicieron noche allí, en casa del abuelo, y a la mañana siguiente fueron a primera hora a comprar una *pinza* a la pastelería donde las compraba Joyce.

El Castillo Sforzesco, con sus siete siglos de historia, constituye un testimonio excepcional de los momentos gloriosos y también de los momentos

dramáticos de Milán. En la actualidad es uno de los monumentos más representativos de la ciudad y de Lombardía, muy querido por los milaneses y muy conocido por los turistas del mundo entero: no solo es un edificio grandioso, sino que es un marco incomparable para auténticas obras de arte y un lugar de estudio.

Isabella se empeña en llevarme a ver el castillo. En el café donde nos sentamos un momentito hablamos de amor y de las penas que hay que pasar para saborear las alegrías. No me pregunta nada cuando me pongo a llorar en silencio. Solo dice, bajito, con ese acento irresistible: «Hay que atravesar la noche para disfrutar de día». Y luego se va a trabajar y me deja ahí, al pie de las piedras caducas.

Arrastro los pies por la gravilla que rodea el castillo. Entro en el museo, con poco entusiasmo y rastros de sal en las mejillas. Balbuceo al pedir indicaciones. Busco la sala que pintó Leonardo da Vinci. En la tienda compro una postal para enviársela a Sarah y la escribo allí mismo, de pie, al lado de las tazas y los imanes que reproducen *La última cena*. A continuación, intento volver a casa de Isabella. Me pierdo. Es domingo, en Milán como en todas partes. No hay nada abierto. Está todo lleno de glicinias.

12.

Cuando entro en el piso, Lisa y el hombre de la voz grave están haciendo las maletas. Lisa me pregunta, mezclando varios idiomas, si me gustaría visitar Trieste, si me interesa quedarme en casa de su abuelo unos días. Si es que sí, tengo que hacer la maleta yo también porque hay mucho camino hasta Eslovenia y querrían llegar antes de que se haga de noche.

Abro la mochila roja, zip zip, meto el fular y el jersey que había sacado, la vuelvo a cerrar, zip zip, voy corriendo a darle un beso a Isabella y le digo casi gritando a Lisa que estoy lista, ¡ya está!, con una voz extrañamente alegre. La auténtica alegría se me viene encima de golpe. Ya no pienso en Sarah, en el

cuerpo descarnado que dejé cuando salí huyendo, ya no pienso en mi hija, ni en el padre de mi hija, ni en mis padres, ni en mis alumnos, solo pienso en ese coche al que me voy a subir, ese coche desconocido que conducen unos desconocidos para llevarme a una ciudad desconocida. Me siento liviana, me apetece reír. Es como una euforia, el final de una aventura, el bendito momento en que el mundo por fin deja de girar.

13.

Lo recuerdo: lo violento que era lo nuestro, los ojos verdes y furibundos de Sarah, qué va, verdes no, sus ojos de absenta con los párpados caídos, su boca malvada y sus ademanes de loca. Sé cómo es. Me voy. Salgo huyendo. Ya estoy huyendo. Cojo el metro. Y luego, ahí estaba, otra vez la estación de Saint-Lazare, los trenes de cercanías, cualquiera, el primero que pasa. Y por un instante estoy bien, sí, estoy bien. El traqueteo es como un aplazamiento. Me apeo en cualquier parte, una ciudad elegida al azar, y me bajo despacio del tren. Lo recuerdo. Estamos en agosto, las chicas lucen un tono dorado y vestidos finos, y los chicos llevan bermudas y huelen al pelo que ha pasado demasiado tiempo al sol. No me voy lejos, nunca, me conformo con quedarme en el primer café que me encuentro. A menudo es el Café de la Estación, a veces el Café del Viajero. Qué más da el nombre, de todas formas siempre pido lo mismo: un refresco de limón. Sé cómo es, las burbujas que hacen cosquillas en la nariz mientras el pesar me quema todo el cuerpo, el sabor a limón que me retrotrae a la infancia o, en todo caso, a alguna parte donde estoy bien. Espero ahí, mucho rato, pasando el dedo por el vaho que cubre la botella hasta que se convierte en gotas de agua. No pienso en nada. Miro a los transeúntes, me dan envidia por vivir en esa ignorancia de las que parecen dar muestra. También los desprecio un poco. Pobres diablos. Pobres desgraciadas. No tenéis ni idea. De cuánto puede durar el dolor.

14.

En el coche me duermo enseguida, arrullada por las conversaciones de Lisa y su compañero, en italiano y en esloveno. No paran de pegar voces, como si siempre estuvieran de bronca, pero llamándose mutuamente «amore». Al cabo de mucho rato, hacemos una parada en la autopista. El hombre moreno, que no sabe ni una palabra de francés, me ofrece un café con infinita ternura, casi compasión, en la mirada, como si supiera lo que he hecho, como si se hubiese percatado de todo. Es un instante suspendido en el tiempo, en el que no sucede nada, solo están esos ojos castaños que de golpe me miran, en medio del barullo de la estación de servicio, esos ojos castaños que me miran sin parpadear, mucho rato. Menea la cabeza mientras me alarga el vasito. Me siento desenmascarada. Cuando volvemos al coche, le pasa el volante a Lisa y me pide que me ponga delante, al lado de ella. Él se tumba *cuan* largo es en el asiento trasero y me conmueve verlo así, ese corpachón fornido tumbado como el de un niño en el asiento incómodo. En cuanto tomamos de nuevo la autopista, empieza a roncar.

Lisa y yo hablamos en una curiosa jerigonza. Me cuenta su historia de amor con el oso esloveno, cómo se conocieron cuando eran muy jóvenes, un día nevado, inmediatamente antes de Navidad, en Eslovenia, adonde ella había ido con una amiga. Me describe todo el tiempo que llevan viviendo juntos, su deseo de tener hijos, los imprevistos que se lo impidieron, su existencia feliz a pesar de los pesares, sobre todo desde que se mudaron de la ciudad a una casita en la campiña eslovena.

Me amodorro un poco, atónita por la belleza de la luz vespertina, que ilumina oblicuamente los paisajes de viñedos que veo pasar como hipnotizada. Cuando bordeamos Venecia, en la radio suena «Hit the Road Jack» y la voz de Lisa se une a la de Ray Charles para entonar el estribillo, «hit the road, Jack, and don't you come back no more, no more, no more, no more».

15.

Llegamos a Trieste coincidiendo con la puesta del sol. Al tomar una curva de la carretera aparece de golpe, ahí mismo, brindado, como un regalo, como si llevase años desplegado allí, espejeando reflejos áureos, de una belleza deslumbrante, el mar Adriático. Esa visión me sienta como un puñetazo en el corazón. Pero ¿cómo es posible que la belleza perdure después de la catástrofe, después de lo innombrable? ¿Que algo así perdure en una vida sin ella? El mar, tan hermoso, la quietud del aire tibio que nos pasa por el pelo, las melodías de la radio, un coche por las carreteras de Italia y ese sol poniente de un rojo que no existe. Ese sol inverosímil.

Lisa y el oso esloveno me conducen por las callecitas de Trieste. Lisa me advierte que la casa de su abuelo está en pésimo estado, que siente mucho no ofrecerme algo mejor, dice que espera que aun así me encuentre a gusto allí, que le hace ilusión saber que alguien va a vivir unos días entre esas paredes. La casa está en el último piso de un edificio antiguo. Hace mucho tiempo que nadie vive en ella. Lisa abre la puerta y uno olor anticuado se me mete por la nariz. Me confirma que no ha cambiado nada desde los años cincuenta, más o menos, que nadie ha tocado nada desde que murió su abuelo, quien estuvo viviendo años en el mismo escenario. Me enseña dónde están las sábanas limpias, me indica cómo se abre la puerta que da a la terraza, me da su número de teléfono, me dice que no dude en llamarla si necesito cualquier cosa, y luego nos damos besos y se van, Eslovenia aún queda lejos.

Silencio. El primer silencio de verdad desde que me marché corriendo de la casa de Les Lilas. Una pausa, en blanco. Estoy de pie, en el cuarto principal. Grogui. Silencio. Silencio. Silencio. Está muerta. Yo la maté. La enfermedad la mató. Nuestro amor la mató. Se suicidó. Se tomó una sobredosis de medicamentos. La maté porque no aguantaba verla sufrir. La maté porque la situación era insostenible, ese cuerpo descarnado y maltrecho, esa cabeza calva. La maté porque me estaba volviendo loca. La maté porque se negaba a seguir queriéndome. Yo qué sé. Me he quedado en blanco. Ya no sé lo que pasó. Hicimos el amor, hasta ahí bien. Pero ¿después? Morirse sí

que se murió, ¿no? Yo qué sé. Se me ha olvidado todo.

16.

En cuanto se van, cierro la puerta con llave. Y de pronto, empieza la fiesta. Soy una niña a la que sus padres han dejado sola en casa por primera vez. Voy casi corriendo a abrir de par en par la puerta que da a la terraza. Cuando Lisa me enseñó la casa, no me fijé en que la terraza era tan amplia, con una mesa grande y unas vistas impresionantes al mar y a la ciudad. No me lo acabo de creer. Me entran ganas de bailar, de cantar y de gritar a pleno pulmón. Abro la mochila roja, zip zip, saco mis cosas, frenética, y me instalo. La escasa ropa colgadita en perchas y los cosméticos, en los cajones de un mueble del cuarto de baño. Saco el teléfono móvil, que lleva apagado desde que salí huyendo de casa de Sarah. Por un breve instante me dan ganas de encenderlo, de ver si me ha llamado o me ha escrito algún mensaje. Pienso que quizá esté preocupada, que quizá su voz esté en el contestador, esa voz que tanto quiero, esa voz diciendo que se ha equivocado, que me quiere y que tengo que volver. Y luego me acuerdo de que está muerta. Dejo el teléfono en un armario bajo de la cocina, en el fondo de una cazuela, con el cargador. Después de pensármelo, también guardo ahí el pasaporte. Pongo otra cazuela encima de la primera y cierro el armario.

Me aliso la ropa con la palma de la mano, me pongo un poco de colorete y un poco de rímel. Solo me llevo el monedero. Aunque ya ebria por la repentina libertad, estoy más que decidida a ir a brindar conmigo misma para celebrarla. En el espejo del ascensor, que es tan vetusto como la casa donde me alojo, le guiño un ojo a mi reflejo y le susurro a la que veo: «Pues tampoco te va tan mal, para ser una asesina».

En la calle, me entran ganas de bailar. No me puedo creer que esté aquí, sola, en esta ciudad de la que nunca había oído hablar, en el aire tibio de una noche de finales de abril. Voy alegremente calle abajo, una calle muy

empinada. Ya ha caído la noche en Trieste. Cuando diviso el mar, titilan en él las luces anaranjadas de los barcos. Me reservo para el día siguiente el placer de ir a verlo de cerca. Me meto en un café que parece muy fino, el Caffè San Marco, que, para colmo de dicha, también es librería. Me entero de que dan de comer hasta las doce de la noche. Perfecto, todo es perfecto. Pido unos *gnocchi al ragú* y una botella grande de agua con gas. El plato que me traen me resulta lo más regocijante del mundo. Engullo la comida riéndome de gusto. La botella de agua es tan bonita que me la meto en el bolso por la cara, con la firme intención de convertirla en un jarrón para la casa. A la vuelta, me doy un baño. ¡Hoy es fiesta! Aquí estoy fuera del alcance del mundo. No puede pasarme nada. Me acuesto con una sonrisa de oreja a oreja, en el sofá cama que me ha indicado Lisa. Ellos tienen una cama ya hecha con sus propias sábanas en el antiguo dormitorio del abuelo, para cuando hacen noche entre Milán y Eslovenia, y prefiere que no duerma en ella. Ni siquiera me ha enseñado ese cuarto, y a mí, que soy una alumna de lo más aplicada, ni se me ocurre abrir la puerta. Me sumo de inmediato en un sueño profundo.

17.

Apenas es de día en Trieste cuando abro los ojos. Salgo enseguida a la terraza para ver si no ha sido un sueño y este lugar existe de verdad. Sí, las vistas increíbles siguen ahí, aún más bonitas a la luz del alba. Los tejados de las casas se extienden hasta donde alcanza la vista y parecen prolongarse en el mar que baila en lontananza, azul tirando a rosa Parma. Me preparo el desayuno en la cocina antigua con lo que encuentro en la alacena, tortitas de arroz y un poco de mermelada. En un rincón encuentro una botella de zumo de pomelo, compruebo la fecha de caducidad, bebo a morro un trago largo, descalza en las baldosas hundidas, y la acidez me quema la garganta, me anestesia la boca y me sienta de maravilla. Hurgo en los cajones hasta que encuentro un colador diminuto para hacerme un té. Me siento como Robinson Crusoe en esta casa, una especie de pasajero clandestino en un buque, que es

el edificio, en un ancho mar, que es la ciudad. Vuelvo a hacer un registro en busca de papel, hurgo como un ladrón en los cajones de un escritorio de madera, encuentro un taco de hojas viejas. Voy a donde está la mochila roja, zip zip, para coger un bolígrafo. Salgo de nuevo a la terraza, descalza, frente a esas vistas inverosímiles. Las gaviotas posadas en las chimeneas de ladrillo que hay a mi alrededor me miran burlonamente. Me siento a la mesa de la terraza y me digo que tengo que escribir para dejar de hablar sola mentalmente e intentar recordar lo que sucedió esa noche en Les Lilas. Hicimos el amor, eso lo sé. Pero ¿después?

Me tomo mi tiempo para cerrar el sofá cama, recoger un poco el salón y mullir unos cojines, que sueltan una nube de polvo. Sin pensármelo dos veces, me pongo a limpiar a fondo con los medios de a bordo. Sacudo todos los cojines en la terraza, el polvo me irrita los ojos y me da mucha tos, paso trapos humedecidos con agua por las estanterías. En la cocina, hago inventario de utensilios, saco de los cajones y armarios los que más me gustan y los coloco en filas metódicas encima de la mesa de fórmica. Decido arbitrariamente que solo voy a usar esos. Una bonita tetera de metal azul, un hervidor antiguo, una tabla de cortar diminuta, unos cubiertos que me recuerdan a mi madre y una ensaladera de flores. Los lavo, los seco y por último los guardo en un armario, que me asigno por decreto.

En un arranque, abro a medias la puerta del dormitorio del abuelo de Lisa y me quedo pasmada. Es una habitación muy amplia en proporción con el resto del piso, con un suelo de parqué muy bonito y una ventana sorprendente, como ninguna que haya visto antes, una ventana enorme y redonda. Me impresiona encontrar allí una cama grande tapizada de *toile de Jouy*, y armarios empotrados hasta el techo, con las puertas tapizadas también, y con la misma tela. El conjunto resulta sorprendente, como un nidito color crema y rosa, algo *kitsch* a la par que conmovedor. Imaginarme a un anciano en ese decorado de María Antonieta me desconcierta y me afecta un poco. Vuelvo a cerrar la puerta despacito, como para no molestar, y me alejo con sigilo.

En el cuarto de baño trato de arreglarme un poco. Echo de menos no haber traído más ropa, más maquillaje y alguna joya. Me quedo encantada al descubrir en el saloncito un aparato de música con varios discos al lado. Cojo

el primero que pillo. Schubert. Se me desboca el corazón, me acuerdo de Sarah y, al instante, me empiezan a sudar las manos y se me forma un nudo en el estómago, estoy a punto de soltar el disco cuando se me posa la mirada en las palabras «violín 1» y «violín 2», se me acelera el pulso, doy la vuelta al disco y me digo que no puede ser, sería el colmo, que fuera precisamente un disco del cuarteto de cuerda, me duele todo. «La trucha», pone, y me río aliviada. Me propongo escuchar el quinteto cuando vuelva de dar una vuelta. Cuerda y piano, algo que no tiene nada que ver con Sarah.

18.

Una vez más, me invade la alegría cuando salgo del piso, cierro con llave mi escondite y mi refugio, y me meto en el ascensor que chirría como un viejo. Va a hacer bueno, el cielo está totalmente despejado. En el aire hay un leve aroma que no reconozco. Me lanzo calle abajo hacia el centro urbano, igual que anoche, paso delante del Caffè San Marco sin detenerme, a pesar de que las sillas de mimbre de colores de la terraza me tiran mucho. Quiero ver el mar, se ha convertido en un ansia incontenible, quiero saber si es un mar donde puedes bañarte, si es un mar en el que podría ahogarme, si se me antojara.

Lo recuerdo: mi vagabundeo por Marsella cuando me dijo: «Ya no te quiero, se acabó, ¿te enteras?, se acabó, ya-no-te-queie-ro», recalcando todas las sílabas, recuerdo que me tumbé en la azotea de la Cité Radieuse para aullar mi tristeza, radiante y un cuerno, radiante ni de cofia; haber ido hasta Malmousque en pos de nuestros recuerdos, haber ido a comer cuscús al local de ese judío viejo que siempre me dice «hijita»: «Vamos, hijita, come», me dijo poniéndome el plato, pero yo no podía comer nada, dejé un billete de diez euros encima de la mesa y me fui como una ladrona. Lo recuerdo: la estación de Marsella Saint-Charles, las palabras que se me empezaban a agolpar en los labios, que me moría de ganas de decirle, de decirle con voz clara y pausada, la voz con la que se habla a los enfermos, a los que han perdido la cabeza: «Pero vamos a ver, amor mío, nos queremos, lo sabes, ¿no?»; y me acuerdo de

que se me adelantó con sus propias palabras, esas palabras terribles que no me esperaba, susurró, con la voz apesadumbrada: «Quería llamarte, ¿sabes?, pero no pude, porque tengo que decirte algo, estoy enferma, es grave, tengo cáncer de mama». Lo recuerdo: el frío que me entró y la nube que se juntaba con las nubes, más allá, por encima de las vías.

No entiendo nada en esta ciudad, me fijo al pasar por las calles en los estilos arquitectónicos dispares, todo es un desbarajuste y sin embargo está ordenado, es una ciudad que da vértigo y que intenta colárnosla, siento como si estuviera en Alemania, en Austria, en Francia, hasta en Suecia, y a veces en Italia. En los labios de la gente pasa lo mismo, se superponen los idiomas, se mezclan, no se sabe quién es quién.

En medio de las fachadas de todos los colores, sin embargo, no me abandona la alegría. El sol rebota por todas partes, surca todas las callejuelas, y el mar, el mar sigue ahí, al final de las calles, al inicio de todos los caminos, de los sentidos únicos hacia el olor a yodo. En una tienda un tanto *kitsch* me pruebo vestidos, casi dejo que me seduzca uno verde antes de darme cuenta de que me atrae porque tiene casi el mismo color que los ojos de Sarah, lo dejo asqueada en la percha y salgo huyendo del local, *arrivederci!*, ya está. Delante de una iglesia me quedo un buen rato escuchando a un chico muy guapo que toca vales vieneses al violín, pienso que a ella no le gustaría, que seguramente opinaría que toca mal, que lo que hace en realidad es cargarse la música, sé que si ella estuviera aquí me pondría de los nervios, fastidiándome el rato agradable, le contesto mentalmente, mantengo todos los diálogos y desarrollo toda la discusión, pero resulta insípido. Qué asco de vida si no estás tú para replicarme. Cómo se te ocurrió dejar que te asesinara.

En el Caffè Specchi pido un *latte*, pienso que al menos debería permitirme unas gafas de sol, pago y me voy a dar un largo paseo a la orilla del mar. En un supermercado compro un paquete de un cuarto de *taralli* con aceite de oliva y una botella de agua *frizzante* porque está empezando a hacer mucho calor. Me como de una sentada todas las rosquitas, mientras voy caminando cada vez más lejos.

Todo se mezcla. Los estilos arquitectónicos, las calles, los edificios, los

idiomas y los rostros. Ya no sé por qué estoy aquí, por qué ando a la orilla del mar en esta ciudad que no conozco. La alegría se va igual que llegó, de golpe, bruscamente y sin avisar. En todos los cafés pone «Bar aperto», solo leo el «aperto» y en mi cabeza suena como «a peur têt», «a peur têt», «a peur têt».

[11] Vagabundeo sin rumbo. Hablo con Sarah como si estuviera a mi lado. Al final de una calle veo unos carteles muy bonitos, rojos y blancos, que me animan a seguir un poco más a pesar del repentino cansancio y de los pies molidos. Me acerco despacio, con pasos lentos e inseguros. «Ven, vamos a ver qué pone en esos carteles de ahí, ¿vale, amor mío? Vamos, sigue andando». Pone: «Vota Trieste, territorio libero di Trieste», imagino que debe de haber elecciones, me alivia comprobar que el cerebro todavía me funciona un poco a pesar del nubarrón negro que se me acaba de venir encima.

19.

Pasados los carteles hay una calle que baja un poco hacia un edificio que parece abandonado. Qué calor hace ahora. Me he bebido toda la botella de agua con gas. Voy andando sin rumbo desde que salí de la casa. Según me acerco a las construcciones, me doy cuenta de que se trata de unos astilleros cerrados. No hay nadie, pero es como si hubiesen abandonado el lugar precipitadamente, como una ciudad fantasma. Las edificaciones están medio en ruinas y las estructuras, desmembradas. Queda una casita azul que debían de usar los obreros para descansar y uno o dos almacenes de chapa que se mantienen en pie a duras penas. El lugar está invadido de malas hierbas, una vegetación silvestre que trepa por todas las partes por las que se pueda trepar. Las ortigas me azotan los tobillos y me espabilan un poco del letargo. Me doy cuenta de que estoy hablando sola, en voz alta, como si ella estuviera conmigo. Tengo que serenarme, acordarme de lo que sucedió esa noche, en la casa de Les Lilas, acordarme de su cuerpo de muerta, de por qué está muerta. Tengo que concentrarme, acordarme de por qué estoy en Trieste, en Italia. Es importante.

En medio de los almacenes hay un banco azul claro, un banco construido con tablas de mala calidad y pintado con prisas, se nota. Me pregunto quién lo habrá hecho, quién se tomó la molestia, aquí, en estos antiguos astilleros, de construir este banquito azul claro. Un obrero, en el descanso de la comida, para poder disfrutar un rato del sol, para tomarse un café con los compañeros sin tener que sentarse en la grava, para tumbarse, quizá, el rato que dura una siestecita. El lugar está desierto, no hay ni pizca de aire, ni rastro de sombra. Me desplomo en el banquito azul claro. Me duele todo, por todo el cuerpo. Estoy divagando. Desde aquí se ve un poco el mar, pero sobre todo se lo oye cantar, sosegado, tranquilizador y lejano. Es agradable pensar que está tan cerca, saber que está ahí. Cierro los ojos.

Vuelvo la cara hacia la luz. Al raso, estoy al raso. El aire huele a humo. Estar aquí es como volver a la infancia. El sol blanco del mes de abril, a orillas del Adriático, se parece al sol blanco del mes de abril de cuando tenía cinco años. Los garajes modestos, construidos con un poco de madera y mucha chapa, la tapia de ladrillo al fondo, y luego el antiguo jardín comunitario al pie de la casa azul, es como si ya hubiese estado aquí, como si ya me lo supiese todo de memoria. El verde almendra de los postigos desvencijados de un antiguo refugio, ese olor a humo que me aturde y el canto de los pájaros. Estamos en primavera, estamos en primavera, una primavera en la que nadie se libra de la melancolía. Ya no sé por qué he venido aquí, a esta Italia mísera. París-Trieste, ¿para olvidarme de ella, de Sarah? ¿Para ir a un sitio en el que ella no ha estado nunca, cuyo nombre no ha pronunciado nunca? Un territorio virgen de ella, de nosotras. Y hete aquí que me topo con la infancia. En Trieste está el tiempo recuperado.

Lo recuerdo: el coche corriendo a toda pastilla por la circunvalación y las eses para sortear los otros coches. En los semáforos en rojo, nos miramos a los ojos, no podemos evitarlo. El domingo que pasamos en Versalles recorriendo las avenidas regias y mirando cómo se abrían los capullos rojos en los árboles tan bien podados. Las tardes que pasábamos en su casa, allá en Les Lilas, bebiendo té, café y luego más té, mientras escuchábamos la música con la que a ella le entraban ganas de cantar. La libertad de los miércoles, sin la niña. Lo que nos divertíamos: «Hay que ver, qué bien». Hay que ver coma

qué bien. Los besos, unas veces sí y otras no. Una noche, se pasa un buen rato pensando cómo se llama el procedimiento matemático que acaba de utilizar. Ya no se acuerda, piensa, tamborilea con los dedos en la mesa, se pone de pie de un brinco para buscarlo en internet y, justo después, da media vuelta.

Luego, apoyada en el quicio de la puerta, dice: «Ah, sí, ya me acuerdo, son los productos notables».

20.

Deja de reírte, por favor. Deja de reírte en mi cabeza, deja de reírte a mi lado. Déjame, ¿quieres? Te maté porque te quería, porque no aguantaba seguir viéndote sufrir, viendo tu cuerpo, tu glorioso cuerpo, tu cuerpo de reina, tu cuerpo tan querido y deseado, no aguantaba seguir viendo cómo lo machacaba la enfermedad. Todo esto te lo dije aquella noche. Inmediatamente antes. ¿Lo sabes, te acuerdas? Hicimos el amor. Yo sí me acuerdo. Yo sí me acuerdo. Mis dedos muy hondo dentro de ti, tan hondo dentro de ti que no puedes casi moverte. Mis labios sobre tus labios secos. Mis besos en tus párpados amoratados. Mi empeño en hacerte gozar una última vez. En ese momento ya lo tenía decidido. Quería que gozases y que te durmieses allí, precisamente allí, en tu casa de Les Lilas. Que no te despertases nunca.

Lo recuerdo, sé cómo es. Los besos en la calle Gracieuse. Los besos en la calle Gracieuse, en el recoveco oculto, nuestros primeros besos. Sarah dice: «Ni que tuviéramos una relación ilegítima». Las manos frías, las tuyas y las mías, la nariz encarnada, la tuya y la mía. Es el primer invierno, el invierno de la confesión como un regalo. Los paquetitos de pañuelos que compramos la víspera, en la calle Monge. Digo: «Ni que fuéramos un matrimonio de viejos, haciendo la compra juntas». Los besos de la calle Gracieuse son besos de despedida, ¿verdad?, estamos de acuerdo, esto no puede seguir, es imposible, tengo un compañero, una hija y una vida formal. Y luego, al cabo de unas horas, no, no estamos de acuerdo. Qué más da que la vida sea tan rara, qué

más da si estamos en la orilla izquierda o en la derecha, a saber, qué más da si cruzamos el Sena como quien sorteaba la cuneta de una zancada, qué más da si estamos las dos igual, a veces hurañas y a menudo melancólicas. Pero están los mensajes que dicen que si quedamos esta noche, prohibido ser unas plastas; los gustos y las aversiones comunes, la *galette* de Reyes para no celebrar nada, la euforia que se va apoderando de nosotras una de las primeras veces que quedamos para comer, será que han puesto algo en el vino, y luego, al instante, qué va, es solo que nos gusta estar juntas. El invierno avanza sin hacer ruido y viendo caer la nieve. Me pregunto si se habrá fijado en lo mucho que he cambiado desde que me regaló la confesión con olor a cerilla, si me conocerá lo bastante para eso. Seguramente no. Pero soy yo quien la ayuda a elegir gafas por todas las tiendas de su barrio y ella la que me recomienda fragmentos de música para escuchar según mi estado de ánimo. El código de su portero automático, el nombre de su perfume, el té nuevo que yo no conocía, las librerías en las que entramos, los cafés de los que salimos y su mano revolviéndome el pelo.

He encontrado el camino para volver a la casa encaramada en lo alto de la ciudad. He caminado mucho, sin apresurarme, fijándome bien en cada cruce de calles para no olvidarme del camino hasta los astilleros cerrados, hasta ese banquito azul claro que me ha prodigado unos instantes de paz. Antes de subir, paso por el supermercado para hacer algunas compras, buscar algo de comer. Pone la marca en todos los productos, Spar. No sé qué comprar, no hay nada que me apetezca de veras, y sin embargo me está empezando a entrar mucha hambre. Al final, cojo una cesta y me pongo a llenarla mecánicamente. Spar, spar, spar. Leo: «Vete, vete, vete».^[12] El corazón me late con demasiada fuerza en el pecho y me repercute en las sienes. Me tiembla todo el cuerpo y me entra el pánico. En la sección de yogures, rompo a llorar. Hay demasiada variedad. Veo, como si fuera ayer, a Sarah en el restaurante coreano, diciéndome que no sabe elegir, que es un problema que tiene de toda la vida. Que querría esto, aquello y lo de más allá. No sé qué comprar, leo: «Vete, vete, vete» por todas partes, lo que se dice todas. Cojo dos paquetes de yogures de arándano, mis favoritos, unos ñoquis de espinacas, que también son mis favoritos, solo compro cosas que me gustan, me acuerdo de esos prisioneros, en Estados Unidos, a quienes les dejan comer lo que prefieran antes de ejecutarlos. Los

últimos días de una condenada.

Al salir del Spar con las bolsas de la compra, respiro hondo e intento contener las lágrimas y el pavor que se ha apoderado de mí en el supermercado. Tengo que concentrarme, conseguirlo. La vida sin ella sigue siendo vida. Están el banquito azul claro y el olor del mar. Allá, al fin y al cabo, está la niña esperándome. Pero amar es traicionar. Amar es traicionar y yo no puedo hacer eso. Tengo una lealtad a toda prueba. No sé cómo traicionarte, amor mío. Ya no voy a poder querer a nadie más, ¿sabes? Me gustaría acordarme para siempre del segundo inmediatamente anterior a saber que existías. Me gustaría acordarme para siempre de los momentos inmediatamente anteriores a caer en la cuenta de que existías y de lo que nos iba a pasar. Estoy viuda. Sin ti.

21.

El Caffè Erica es muy pequeñito, está en el número 19 de la calle que sube hasta la casa de las alturas. Al pasar con las bolsas de la compra, leo que el Spritz cuesta dos euros y medio. Me paro, pensando que un poco de alcohol me sentará bien después de tantas emociones. Pido una copa, que el dueño, un hombre maduro que habla unas palabras de francés, me sirve con unas aceitunas. Se me sienta enfrente, en una silla reparada ya más de una vez. En el Caffè Erica no hay nadie. Es tan pequeño que casi no cabe nadie. Está la barra que ocupa el dueño y luego una puerta diminuta que da a unos aseos diminutos. En la terraza hay tres mesas. Me pregunta si tengo algún disgusto, de sopetón y a bocajarro: «¿Estás triste?». Pienso que se me debe de notar en la cara, en los ojos, incluso en la forma de andar, de moverme; todos los gestos son a cámara lenta porque me muevo en una melaza, en la mermelada pegajosa de esta realidad con la que no dejo de toparme, la realidad sin ella, la realidad de una vida que voy a tener que pasar lejos de ella.

Un Spritz, dos, tres, cuatro. He perdido la cuenta. Cabeceo despacio, me

río con las cosas que chapurrea el dueño en francés, no se ha sentado nadie en la terraza de su café, me pregunto si ocurrirá todas las noches o si será mi tristeza la que ahuyenta a la gente. O puede que seas tú, cariño, ahí sentada, con la cabeza como de cera; es que da miedo una mujer tan guapa con unos ojos tan bonitos y tan verdes, pero qué va, verdes no, unos ojos tan bonitos de párpados caídos, pero con la cabeza calva, monda y lironda. Vamos, levanta, nos volvemos a casa.

Voy caminando mientras cae la noche, pisando las sombras que se alargan en la acera. Me pregunto cómo serán, dentro de diez años, las tardes de invierno. Anticipo una casa en las afueras, no muy fea pero tampoco bonita, rodeada de casas no muy feas pero tampoco bonitas. La llovizna les pone una gorguera naranja a las farolas, el asfaltado de las calles parece el lomo de un pez muy largo y los escasos peatones van corriendo mientras hablan deprisa por teléfono y les sale vaho de la boca. En la cocina, los cristales están empañados, en la radio suena France Inter a todo trapo, hay que hacer la cena para los críos, y mi hija que está mayorcísima y va dando portazos pidiendo que hagamos menos ruido, tiene que hacer los deberes, gracias. En un hervidor eléctrico de veinte euros del mercadillo de Belleville se carameliza el arroz. Arroz de gama baja con salsa de soja de gama baja en los platos, que los niños tardan mil años en vaciar, y eso me pone de los nervios, así que les digo: «Vamos, que me estáis poniendo de los nervios, acelerad un poquito», y me arrepiento inmediatamente. Clementinas de postre, las manos, los dientes, las señales horarias de las ocho y media en France Inter, paso ligero, besos y cinco minutos para leer. Llamo a la puerta de mi hija mayor, que está escuchando una música de mierda, suspira y no insisto. En la cocina manga por hombro friego los cacharros mecánicamente y oigo las desgracias del mundo por la radio. Pienso en el año en que murió Sarah, hace una eternidad, hace quince años. Ya nadie se acuerda de ese año. Ni siquiera resulta ya perceptible la euforia de nuestro amor. Ya no puedo tocar aquella vida. Ya no sé acariciarla con la yema de los dedos, ya no sé invocar los recuerdos antiguos de la mujer joven que fui. Mientras caliento agua para la infusión, me pregunto sin mucho interés por qué no supe matarla, o por qué ella dejó de quererme, más bien.

22.

Porque sí, fuiste tú quien dejó de quererme. Me ofreciste la confesión como un regalo. Y luego, ¿qué pasó luego? Luego resultaba demasiado difícil, las tempestades, los arrebatos y las desesperaciones. Sin embargo, nos queríamos, lo recuerdo. Sé cómo es. En aquella casa grande alejada de todo pasamos el tiempo adaptándonos. Desde la cama de sábanas ásperas, miro cómo brillan las motas de polvo en un rayo de luz mientras la oigo hablar con el gato, fregar unos cacharros y hacer café. Las mañanas se alargan trabajando, ella con el violín en la habitación espaciosa inundada de luz y yo con unos poemitas en prosa, en el taller de mi amiga, poblado de pinceles, de colores apagados y exquisitos esbozos de pájaros. Hay una emoción que no se me va en esos días dedicados a estudiarnos, en esos días dedicados a dejar que nuestras divergencias, nuestras convergencias, nuestras discusiones, nuestros temores, nuestros deseos, nuestras regañinas y nuestros humores conviviesen e invadiesen todo el espacio. Hay una emoción que no se me va mientras vemos cómo colisionan sus *concerti* y mis musiquillas ramplonas, sus pepitas de sandía y mis pepitas de melón, su piel dorada y mi tez pálida. Qué gusto da pasarse horas trabajando cada una en una planta de la casa, sabiendo que pronto nos encontraremos en el recodo de la escalera, que se nos juntarán los labios en el rellano, que pronto volveremos a estar ella y yo en la misma habitación. Qué gusto da pasarse horas hablando y sabiendo que tarde o temprano acabaremos por estar de acuerdo. Es como una película que no existe pero que me habría encantado, si la hubiese visto en el cine. Me gustaría aprenderme de memoria esos días robados al verano y los valiosos momentos que los salpican: el paseo en coche, con todas las ventanillas abiertas y el pelo al viento, para ir a comprar vino a un viñedo, las cenas en el jardín en torno a la mesita verde agua, el cigarrillo que se fuma todas las noches y que me saca de quicio pero que le vuelvo a encender cuando se apaga, los ataques de risa en la cocina, los secretos de ida y vuelta, el relato de su infancia y la mía, y la mirada del carnicero donde compramos cuatro cosas y al que le parecemos tan monas, pues sí, se nota. Es como una locura mirarla tocar, sentada en un peldaño de la escalinata, con sus ojos clavados en los míos, las

sonatas de Bach que me sé al dedillo por haberlas escuchado miles de veces en un disco que me regalaron por mi cumpleaños, de niña. Y está eso tan increíble: ese lenguaje ajeno que ella posee y yo no, eso tan increíble que es verla leer lo que yo apenas sé descifrar, verla hablar donde yo balbuceo, escuchar lo que yo solo sé oír. Con esos ojos verdes de párpados caídos, me mira avanzar, haciendo balancín con los brazos, por la cuerda floja que llega hasta ella. Y con infinita ternura me deja decirle lo que siento, hablar de lo que apenas conozco, con mis palabras torpes y a veces incorrectas. Estamos en verano y lo recuerdo, entro en la música arrojada por su humanidad. Esa es mi educación sentimental, y educación sentimental quiere decir: ¿de dónde vienes y cómo te llamas? *Oh, oh, vertige de l'amour.*^[13]

Trieste es una ciudad italiana situada a los pies de los Alpes Dináricos a orillas del mar Adriático, muy cerca de la frontera con Eslovenia. La compleja historia de Trieste, que, antes de la anexión a Italia, fue durante años la principal salida al Mediterráneo del Sacro Imperio Romano Germánico primero y del Imperio austrohúngaro después, y su ubicación en plena encrucijada entre las zonas de influencia latina, germánica y eslava, han forjado en la ciudad una cultura y unas tradiciones muy peculiares. El municipio cuenta con 205 535 habitantes, cuyo gentilicio es «triestinos». El código postal es el 34 100. La casa de las alturas está en la Via del Monte.

23.

Otro despertar en la casa de las alturas, en este sofá cama que me da dolor de espalda. Otro despertar oyendo *La trucha* a todo volumen. Otro despertar contemplando Trieste desde la terraza invadida de gaviotas burlonas que pasan de mi pesadumbre con risas de una maldad indecible. Otro despertar creyendo que Sarah está aquí, en esta casa, creyendo que estamos pasando las vacaciones juntas, hablando con ella mentalmente y, luego, en voz alta. Otro despertar atiborrándome de zumo de pomelo, para llenarme de acidez, para que me corroa por dentro y todo se acabe, sobre todo esa pregunta lacerante:

¿qué fue lo que pasó esa noche en Les Lilas, qué fue lo que pasó? Otro despertar y otro más y otro más. Van pasando los días.

Todos los días transcurren igual. Desde la terraza echo un vistazo a la ciudad que se arroja al mar; presa de la alegría, bajo corriendo la calle donde está la casa y me dirijo a los astilleros. Me gustaría visitar algo distinto, con todo lo que hay que ver en Trieste. Pero mis pasos me conducen inexorablemente por la misma ruta. Llevo varios días haciéndolo, el mismo recorrido, la misma espera, allí, entre hierbajos amarillentos, sentada en el banquito azul. Es posible que lleve una semana haciéndolo, no lo sé, ya no lo sé. No tengo ni calendario ni reloj. Soy un pasajero clandestino. Cuando me canso de esperar, recorro el camino inverso, con paso lento y firme, subo por la colina de la ciudad, voy al Caffè Erica a tomar Spritz, muchos Spritz, después paso por el Spar antes de que cierre y siempre compro una bolsa de ñoquis de espinacas y yogures de arándanos, que me como en la terraza viendo cómo anochece sobre la ciudad y sobre el mar.

Otro despertar y fuera hay una tormenta, un viento tremendo a pesar del sol inaudito e inolvidable, que se refleja en el espejo y me da en los ojos. Un sol que parece de mentira. Creo que nunca había oído un viento semejante. Desde la casa de las alturas impresiona mucho. Tiembla todo, las paredes, las ventanas y la puerta que da a la terraza. Y hay un sonido, un sonido prolongado, como un mugido, como un animal al acecho, no, como una manada entera de animales al acecho. Creo que me dejo llevar por la imaginación. A veces pienso que es el espíritu de Sarah el que sopla así, de Sarah que vuelve para vengarse, de Sarah que viene a pedir perdón, de Sarah que viene para decirme que aún me quiere.

Me paso horas sentada en el banquito azul. Todos los días llevo una postal que he comprado por el camino y que escribo al sol blanco del mes de abril. O puede que del mes de mayo, ya no sé en qué día estamos, la verdad. Se la escribo a ella, a Sarah. Dirección: calle de La Libertad, en Les Lilas, allá, muy lejos de aquí. No las echo al correo. Me quedo con ellas, metidas en el sujetador. Me sustentan el corazón que desfallece. Por la noche, dejo el montoncito encima de la mesilla de noche del sofá cama. Velan por mí. Todas las postales que te escribo, amor mío. Todas las postales en las que, al final,

siempre escribo las mismas palabras. «Cuídate. Recupérate pronto».

A veces el itinerario de mi jornada varía un poco. Voy de tiendas a probarme ropa, me demoro en las librerías donde no entiendo ningún título de ningún libro. Me acuerdo más o menos de mi vida de antes, de mi vida parisina, con mi niña, mis padres, mis amigos y mi trabajo de profesora. De vez en cuando me da por llorar como una cría, sollozando, en el sofá cama que cierro religiosamente todas las mañanas como si fuera la última, como si fuera a marcharme de Trieste para volver a Francia, a París, a casa, a mi casa. Pero Lisa dejó claro que no venían casi nunca, y sé que aún falta mucho para que pase por Trieste. Me dijo que cuando me fuera, dejara la llave en el buzón. Le dije que me quedaría unos días antes de regresar a Milán. A veces pienso en meter las cosas en la mochila roja, zip zip, ir a la estación a comprar un billete de tren para Milán, subirme en él y, en Milán, tomar un vuelo barato a París, coger un tren de cercanías desde el aeropuerto e ir a buscar a mi hija al colegio. Pero no me llegan las fuerzas. Las fuerzas apenas me permiten vivir la misma jornada día tras día, el zumo de pomelo que me destroza el estómago y me emborracha de acidez, los insultos a las gaviotas malévolas, el trayecto con el fantasma de Sarah pegado a los talones hasta el banquito azul claro de los astilleros, la merienda de rosquitas demasiado saladas entre los almacenes, el camino de vuelta, el alcohol barato del viejo italiano del Caffè Erica, unos ñoquis de espinacas y un yogur de arándano cuando tengo fuerzas para hacerme la cena. Y las noches espantosas, las noches aterradoras, con el mugido que no cesa, que brama por todas las rendijas, la respiración loca del viento que parece querer colarse dentro de mí, hasta lo más hondo de mí, un viento helado de aliento macabro que se emperrea en llamar a las ventanas, en metérseme debajo de las uñas sucias y debajo de la piel.

24.

Me doy perfecta cuenta de que estoy perdiendo la memoria, de que ya no sé en qué día estamos y ya no sé lo que pasó aquella noche. Me recito las retahílas

de los juegos de cuando era niña para ejercitar la memoria. Recito como un rosario el nombre de los miembros de mi familia. Canto canciones antiguas de música ligera francesas que se me han quedado en la memoria.

Juego a hacer equilibrios en los antiguos raíles de los astilleros. Un día, me caigo *cuan* larga soy, doy con el brazo en un montón de chatarra vieja y me hago un corte profundo con una arista. Al ver cómo la sangre brota y luego me resbala por el brazo, me acuerdo de inmediato de mi hija, en la que hacía días que no pensaba. Lo recuerdo: la sangre en la boca de mi hija. Sangre en la barbilla, sangre en la punta de los dedos y sangre en sus dientecitos blancos. «Muuuta sangre, muuuta sangre», dice. Y mientras corro por la nieve llevándola subida a los hombros, deprisa, deprisa, deprisa, mientras voy pensando en no resbalarme en la acera, en llegar lo antes posible al pediatra que ya debe de estar esperándonos, me vagabundea el pensamiento. Tenía el siglo diez años^[14] cuando ella nació, y yo, veintidós. El color y el olor de su sangre siempre serán para mí el itinerario directo hacia su cuerpo diminuto salido de mis entrañas, hacia el olor a humus de su cabeza, del que no me acuerdo pero que nunca se me olvidará, y hacia la materia orgánica que surge de la materia orgánica. Yo, la materia orgánica. A horcajadas en mis hombros, va chorreando sangre, me caen gotas en la cara entre dos gotas de nieve: blanco, blanco, rojo, blanco. Está oscureciendo, mis manos heladas no le sueltan las pantorrillas, aprieto más el paso, la oigo reírse y entonces yo también me río, aliviada. ¿Cuántos días he pasado aquí sin oír una risa?

25.

Una mañana, en cuanto me despierto, me abalanzo hacia el armario de la cocina donde recuerdo haber sepultado el móvil. Necesito comprobarlo a toda costa, saber si sigue viva o no. Tengo que saber si puedo volver a casa, si puedo reanudar mi vida normal. Si la pesadilla puede terminar ya, tiempo muerto, hala, se acabó. Abro el armario, saco las cazuelas, desentierro el móvil y pienso que tendré que enchufarlo y teclear el PIN. Por un instante me

imagino ese momento, todos los mensajes de preocupación con los que el aparato se pondrá a vibrar; se volverá loco de tanto pitar. Me imagino la voz de mis padres en el contestador, la voz del padre de mi hija, la de mi excompañero, puede que la de Sarah o la de las personas que hayan encontrado el cuerpo de Sarah, y renuncio. Vuelvo a guardar el aparato en una de las dos cazuelas y pongo la otra encima, y luego cambio de parecer, saco de nuevo las dos cazuelas, agarro el teléfono, y el cargador también, voy corriendo a la terraza, ni siquiera dirijo una mirada a las gaviotas malévolas, tiro el teléfono por la borda, con un movimiento enérgico, lo lanzo tan lejos como puedo, lo veo hacer trompos en el aire un momento y luego estrellarse en uno de los tejados de color ladrillo de la ciudad, allá abajo, entre el mar y yo.

De pronto es algo urgente, me tengo que bañar en el mar. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que llegué aquí, no sé cuántas veces he hecho el mismo recorrido entre la casa de las alturas y los antiguos astilleros, no sé cuántas tardes he pasado allí, sentada al sol en el banquito azul claro donde me recito retahílas infantiles, pero ni una vez me han entrado ganas de acercarme al mar cuya presencia malva, sin embargo, me tranquiliza desde que empecé a vivir en Trieste. Si consigo acostarme todas las noches es porque sé que al menos existe el mar y está vivo. Si consigo salir de la cama todas las mañanas es porque sé que estará ahí cuando abra el ventanal de la terraza. Si consigo seguir viviendo es porque sé que siempre estará ahí, siempre, pase lo que pase, suceda lo que suceda. Hoy la obsesión es mayor, no se me va de la cabeza en todo el día. En mi banquito azul, estoy intranquila, me imagino cómo olerá el mar y cómo será entrar en el mar. Me pregunto si podría no volver a salir de él.

Al atardecer, casi demasiado tarde ya, cruzo la ciudad descalza, escuchando el rumor de las conversaciones en las ventanas. Extiendo la toalla en los cantos rodados. Aspiro el olor a cieno algo salado del Adriático. Miro cómo unas aves temblequean suavemente. El mar está rosa como el cielo. No queda claro quién refleja a quién en este caso. Me meto en el agua, andando despacito. Me llega a la cintura cuando el olor a fango me inunda y entonces ya no aguanto más: me sumerjo de cabeza en el agua y nado mucho rato, sin respirar, dejándome llevar. Cuando vuelvo a sacar la cabeza del agua, unos

meses más allá, estoy en pleno color rosa. A mi alrededor se forman circulitos concéntricos que se alejan mansamente. El mar está a la vez liso y surcado de olas, el mar es rosa como una doradura, quedo como una voz que susurra, el mar es como la capa de nata de la leche que se desborda del cazo. Las ocho y cuarenta y siete, Sarah está muerta y yo estoy desnuda en el agua rosa. Las ocho y cuarenta y siete, el mar es como la piel del vientre de una mujer que ha tenido varios hijos.

Lo recuerdo, sé cómo es. Su voz en el teléfono cuando me comunica que ya está, que ya no le queda pelo, nada. Se ríe casi, tiene la voz risueña, la voz bonita de los días buenos, la voz del amor aunque se empeñe en decir que ya no me quiere. Me cuenta que los primeros tratamientos han tenido los efectos que todo el mundo conoce, los efectos que le habían anunciado los médicos, describe los pelos que se encontraba esparcidos en la almohada, por la mañana, y luego los mechones de pelo que se caen y los puñados de pelo que se le quedan en las manos cuando trata de hacerse un moño antes de subir al escenario. Yo, al otro extremo de la línea, no digo nada, y a ella le importa un carajo, sigue hablando, no le preocupa que yo calle, me cuenta qué peluca ha elegido y luego me describe esa escena insoportable. Lo recuerdo: el espanto que siento; las arcadas y cómo me aferró al teléfono con la mano crispada, enfermizamente crispada; la boca demasiado seca para poder hablar aunque me muero por decirle que pare, que es una tortura, que no tiene derecho a mantenerme a distancia, a decirme que ya no me quiere, y al mismo tiempo contarme eso, esa escena escalofriante; me muero por gritarle que es una bruja, que es cruel, que ahora tiene que dejarme en paz, que ya no quiero saber nada más. Pero su voz continúa, imperturbable, se ríe, dice: «Ay, ha sido divertidísimo, ¿sabes?, tanto que lo hemos filmado, si quieres te mando el vídeo», y yo diciendo: «No, no, no» mentalmente, «No, no quiero, cállate, amor mío, te lo suplico, cállate, déjame en paz, por favor». Recuerdo cómo es, el corazón me late más despacio cuando me cuenta lo que ha hecho con los otros tres del cuarteto, que la sentaron en una silla, cerró los ojos y ellos empezaron con las tijeras, tres pares de tijeras en esas manos que habían dado de lado los instrumentos musicales, esas manos tan ágiles y ahora tan torpes, tres pares de tijeras ensañándose con su pelo, cortando a lo bruto, y se reían, les entraba la risa de ir a lo loco, de cortarle solo por un lado para empezar,

como a una berlinesa del vanguardismo, y luego por detrás pero no por delante, de cortar por lo sano, y hacían fotos de cada etapa, y después sacaron la maquinilla y la raparon, y se reían, filmaban la escena; en el vídeo se los oye reírse, ella cierra los ojos y los otros tres revolotean a su alrededor, interpretan no sé qué función macabra, con sus mano torpes, sus risas de hechiceros dementes y la maquinilla ronroneando en la cabeza ya casi al cero de Sarah. Recuerdo cómo es, su cara al final del vídeo que me envió, tal y como me había prometido, en un mensaje, y que no pude resistirme a ver; recuerdo cómo es, esa cara suya ya algo amarillenta, me parece a mí, esos ojos mirando a la cámara, sus ojos de párpados caídos la risa en su boca, esa risa que no entiendo, que me electrocuta todo el cuerpo, que hubiese preferido no haber visto ni oído nunca, esa risa que me desequilibró.

26.

Cuando me despierto, me duele todo. Estoy un poco más dolorida cada día. A menudo, lo que me lastra el cuerpo es el deseo de su cuerpo, de nuestras pieles mezcladas, de nuestros dedos metidos en lo más hondo de la otra y de nuestros amaneceres abrazadas. Y este cansancio que no se me quita desde que murió. Perdón, desde que me marché. Ya no he vuelto a dormir tranquila. El cansancio de mi cuerpo y, al mismo tiempo, el tremendo coraje de mi cuerpo, que he descubierto por casualidad, capaz de caminar varias horas todos los días, de sobrevivir casi sin comer y sin beber. Si regreso, si consigo volver a casa, debo recordar siempre esta infancia recuperada que he descubierto aquí, en Trieste. Este jardincito compartido de árboles verde tierno en los que se posan montones de pájaros cantores. La casa de la esquina, al lado de los carteles electorales, la casa de la esquina con una fachada color óxido y otra color beis gastado. La chapa, que está por todas partes, y las vallas de madera que delimitan el jardín. Los guijarros y los pétalos de flor caídos sobre los guijarros. Vuelvo atrás en el tiempo. Es como si volviera a tener cinco años, como si pudiera percibir el amor que se tienen mis padres. Aquí, en esta

parcelita de nada, perdida en la otra punta del mundo, está el sabor de las primaveras de mi infancia. La dulzura eterna del té que tomábamos en el jardín, en los viejos muebles de metal, una mesa redonda y cuatro sillas al lado de tres peldaños rojo ladrillo que subían hacia el jardín, hacia la viña silvestre que daba uvas ácidas. Y las comidas festivas, en ese jardincito de la cuenca parisina, esas comidas festivas que ahora me doy cuenta de que eran festivas, las fresas de postre, seguramente, en la ensaladera que parece de cristal tallado, de cristal rosa tallado, las fresas de postre, seguramente, con menta o flor de azahar, y el zumo que gotea un poco en los platos blancos dispuestos en el mantel blanco. Me pregunto qué significaría estar invitado a comer en casa de mis padres para sus invitados. Me pregunto lo que fueron, para mis padres, esos años, si fueron los mejores. Voy andando por las calles de Trieste, siempre las mismas, como si en esta ciudad solo hubiera un itinerario posible, no dejo de pensar en esa ensaladera que parecía de cristal rosa, esa ensaladera en la que mi madre hacía ensaladas de fresas los días de fiesta cuando era primavera.

¿Por qué está aquí el tiempo recuperado? ¿Es lo que he venido a buscar? Fue un acto completamente irreflexivo, marcharme, dejar a mi hija y el trabajo, meterme en un avión en un arranque y en un coche para venir a esta ciudad que no le dice nada a nadie. ¿Y si fuera por eso? ¿Y si fuera por eso por lo que he venido a perderme aquí, porque no le dice nada a nadie? Me apropio de esta ciudad, me apropio de este pedazo de tierra y me apropio de esta vida. Sin ti sigo siendo yo, sin ti sigue siendo primavera y sin ti la vida sigue latiendo como la sangre en una arteria comprimida. ¿De verdad es eso lo que he hecho, marcharme para pasarme las horas muertas sentada en un banquito azul claro? Tengo que encontrar una palabra para el color de este banco, es preciso que encuentre una palabra para el color de este banco. No es azul, no, no es realmente azul. Es como tus ojos, ¿sabes, amor mío?, tus ojos de párpados caídos, que no son verdes. O bien un verde que parece mentira. El banquito azul claro. Me voy a quedar en Trieste, me pasaré toda la vida escribiendo en este banco, voy a pasarme toda la vida escribiendo cosas sobre Sarah. Y sobre el retorno a la infancia. Una bolsa de *taralli* y un bolígrafo. Escribir y escribir. Llevo todos los días el mismo jersey y el mismo pantalón, ¿de qué sirve ponerse otra cosa? El canto de los pájaros triestinos, qué buen

título para una novela. El canto de los pájaros triestinos, el ruido de la chapa al golpearla y los gritos de los niños que ocupan el cielo entero. Como en cualquier otra parte, de hecho, y sin embargo no acaba de ser como en cualquier otra parte. ¿Cómo se hace exactamente? *La vida instrucciones de uso*.^[15] *La escritura o la vida*.^[16] Me gusta a rabiarse el sol que me calienta el muslo a través de los vaqueros y me impide ver bien las páginas del cuaderno en las que escribo compulsivamente. Una novela sobre las horas vacías, en plena tarde, en Trieste.

El dueño del Caffè Erica y yo hemos acabado adaptándonos. No dice nada. Me saluda con un ademán de cabeza, un ademán de su cabeza lisa, se seca las manos con parsimonia en la sempiterna camisa negra y se mete detrás de la barra diminuta para prepararme un Spritz que me sirve silbando bajito, siempre la misma melodía, una melodía que he acabado reconociendo aunque las primeras veces no me resultaba familiar. Cuantos más días pasan, más carga los Spritz, cuantos más días pasan, más me alimenta de paso, como si supiera que solo como *taralli* y, alguna noche memorable, muy pocas veces, unos ñoquis de espinacas. Al principio me servía unas aceitunas, hasta que una noche me puso delante un platillo con una rebanadita de pan untada de paté. No me gusta demasiado pero me conmovió el gesto y me la zampé. Al día siguiente puso el cuenco de aceitunas y el platillo con dos rebanaditas. A veces son prácticamente bocadillos de jamón italiano. Un día, porque chapurreé que me parecía que era mi cumpleaños, me trajo un pedacito diminuto de tarta de crema, una tarta que a saber de dónde salía, asquerosa, con una vela vieja y usada clavada encima. Canturreó la canción tradicional al servírmela, junto con el Spritz, que corría de su cuenta en vista de la ocasión, y me eché a llorar. Esa noche volví más borracha que nunca, me costó encontrar la puerta del edificio de la casa de las alturas, no conseguí pulsar el botón del ascensor antiguo, así que subí a pie, fui trepando por los pisos, no sé muy bien cómo, medio a gatas, con ganas de aullar a la luna como un lobo, de aullar mi pesadumbre, mi soledad y mi locura.

Una pesadilla. Voy andando por las calles de Trieste, por esas calles tan conocidas, esas calles que recorro a diario. Mis calles. El paseo adoquinado entre ramas fragantes; la pintora estadounidense que se coloca todos los días

en la acera, a la hora en que yo paso, que dispone el caballete, los botecitos de pintura y la paleta, y se sienta, tocada con un sombrero de paja, en un sillón de mimbre, para pintarlo todo mientras charla con los viandantes, y me gusta tanto su delicioso acento de Luisiana al hablar en italiano que modero el paso para poder oírla; el vendedor de periódicos que me saluda sistemáticamente, y la notita que aparece un día en el escaparate y por la que me entero de que va a echar el cierre; la iglesia de abajo y las violetas que crecen en el paseo de la entrada; el vendedor de bicicletas con su hermosa barba canosa y su ayudante, que me tira más o menos los tejos; los vecinos a los que reconozco sin conocerlos: el motorista de los ojos bonitos, la mamá morena de la niña rubia, la pareja con la que siempre me cruzo en el Spar, la abuela y su perrito, y la que creo que debe de ser maestra de párvulos, con su novio. Me llama la atención un cartel en una pared. Es un cartel que anuncia un concierto del cuarteto de Sarah en Trieste. Miro la fecha, atónita, leo tres veces el nombre de la ciudad, el nombre del cuarteto, me quedo mirando fijamente los cuatro rostros que tan bien conozco y sobre todo el suyo, su cara de muerta. No entiendo que haya accedido a que pongan en el cartel esa foto suya de enferma. No entiendo que deje que todo el mundo la vea así, que deje que todo el mundo vea que se va a morir, que está muerta. La cabeza calva, la tez amarilla y el vestido bonito de concierto, largo y negro. Sigo adelante, por el itinerario que hago todos los días. Me doy cuenta de que la actuación del cuarteto es el acontecimiento de la temporada, de que hay carteles por todas partes. Su cara me mira desde todas las esquinas. Ya cerca del mar, me lanzo contra una pared donde hay pegados tres carteles juntos, me sacan de quicio y agarro las esquinas del primero, tiro con todas mis fuerzas, el papel se resiste y luego cede, me quedo con un jirón enorme entre los dedos, lo arrojó al suelo rabiosa y continuo, hundo los dedos en la pared de ladrillo para arrancar una y otra vez el papel pintado con sus sonrisas, desgarró los instrumentos, un jirón grande de violonchelo, un jirón grande del refinado traje del viola, arranco y arranco, peleo encarnizadamente contra la pared, no me doy cuenta de que tengo trocitos de yeso debajo de las uñas, de que me sangra la yema de los dedos, de que la carne viva deja rastros sanguinolentos en el papel recalcitrante, de que la gente se apiña a mi alrededor. Un hombre me sujeta por la cintura, grita en italiano cosas que no entiendo, no me doy por enterada,

tengo que terminar de quitar su cara de las paredes de Trieste, no pinta nada aquí, no puede venir a esta ciudad, primero porque es mi ciudad y segundo porque está muerta, ya no existe.

27.

Algunas mañanas me despierto un poco mejor, un poco menos dolorida y casi de buen humor. Abro de par en par la puerta que da a la terraza para ventilar la casa. Me preparo un baño, revuelvo en los armarios del cuarto de baño buscando productos viejos de los años setenta que vierto en el agua de la bañera, para hacer el paripé. Me sumerjo en el agua templada con efluvios borrados de antiguos perfumes, y me quedo allí mucho rato, con el cuerpo flotando, algo más tranquila al fin. Doblo las piernas y meto la cabeza en el agua, el pelo forma una cortina en la superficie y ya no veo el techo. Se me llenan los oídos de agua y por fin dejo de oír el mundo exterior. Solo oigo el latido de mi corazón, estoy sola conmigo misma. Cojo aire antes de irme al fondo de la bañera, me entreno en quedarme en apnea cada vez más rato, en tardar todo lo posible en apartar la cortina del pelo para coger una bocanada de aire, cuando de verdad noto que me falla el corazón dentro de los oídos, que ya no resulta tan obstinado, que ha dejado de sonar como un metrónomo ridículamente fiel. Me gusta sentir que estoy a punto de ahogarme, sentir que la deliciosa caja de música se puede romper de pronto, que bastaría con que le pusiera un poco de empeño, con que me quedara un poquito más debajo del agua, unos segundos quizá, y sería suficiente. ¡Qué elegante, acabar entre los vapores anticuados de los productos de belleza inmemoriales que antaño fueron de un anciano! Muerte con aroma de violeta, ¿qué te parece, amor mío? ¡Oye, que estoy hablando contigo, eh! Cabrona.

Le chapurreo en italiano al dueño del Caffè Erica que, cuando me despierto, a veces oigo unos aullidos muy raros, que me asustan, que aunque no soy muy de creer en fantasmas me siento como si me rondara un alma en pena, y seguramente me sonrojo un poco al decirlo. Tarda un rato en

entenderme, porque normalmente no hablamos, él se limita a traerme el platillo con las rebanadas de paté, y yo, a comérmelas, dejo las monedas del Spritz encima de la mesa y me pongo de pie sin decir nada, noto en la espalda que se me queda mirando mientras subo la calle de la casa de las alturas. Me pide que le dé más detalles, ¿cómo que unos aullidos?, pero como me falta vocabulario para describirle el fenómeno, me pongo a bramar: «Auuuuuuuuu, aaaaauuuuuuuuu»; se me queda mirando pasmado y, tras un segundo de silencio, se echa a reír y dice: «¡Pero eso es el bora, muchacha, es el bora!», y me lo explica, lo dice todo en italiano pero lo entiendo, es como un milagro, è *bora*, *piccola*, es el bora, el viento que te vuelve loco.

Ordeno un poco la cocina. Procuro mantener las formas, al fin y al cabo los días tienen que transcurrir, y cada vez duermo menos por las noches y me apetece antes irme a los astilleros. Ya no consigo desayunar, me dan unas arcadas tremendas en cuanto abro los ojos, y abro los ojos cada mañana un poco antes. A veces aún es de noche, sé que ya no podré volver a coger el sueño, me quedo tumbada varias horas, boca arriba, mirando el techo y oyendo cómo aúlla el viento, sé que no es el viento sino tú, Sarah, que le gritas al edificio, sé que me has encontrado y no me dejarás en paz. Me da miedo salir a la terraza, y eso que me gustaría ver cómo amanece sobre Trieste, me gustaría ver cómo el sol ilumina de repente el mar que deja el índigo para vestirse con el azul de siempre, el de todos los días, me gustaría contar los monumentos que conozco, oír cómo se abren los primeros postigos, contemplarlo todo antes incluso de que lleguen las gaviotas que me aborrecen. Ir por delante de las aves, tal cual, eso es lo que me gustaría. Pero tus aullidos me dejan clavada al colchón podrido del sofá cama, golpeas las ventanas y me hago la muerta, no muevo ni un dedo, imito la postura que tenías, aquella noche, en Les Lilas.

Una mañana que no has venido y el viento no me ha despertado a las cuatro de la mañana decido ponerme a ordenar la cocina. No hay mucho que ordenar, pero quito el polvo por encima con un trapo viejo, coloco en su sitio mis cachivaches favoritos y friego la pila. Al lado del aparato de música me encuentro la caja del disco. Me fijo en que es un disco doble. Llevo escuchando *La trucha* una y otra vez desde que llegué aquí, aprieto

mecánicamente la tecla que reproduce el disco todas las mañanas al despertarme y todas las noches que no vuelvo demasiado borracha, llevo días y días escuchando dos veces al día el quinteto saltarín y nunca me había fijado en que en la caja había otro disco. Lo meto en el aparato de música. Se alzan las primeras notas. El sonido me quema de inmediato. Reconozco esa melodía. Es un cuarteto para cuerda. Me pongo a temblar, tengo todo el cuerpo paralizado. Consigo darle la vuelta a la caja, con ojos extraviados busco por las líneas en italiano dónde se menciona este disco que no había visto la primera vez. Está escrito. ¿Cómo pude no fijarme cuando encontré el disco al llegar? Está puesto por escrito, estoy oyendo un cuarteto para cuerda de Schubert.

28.

Bajo corriendo, no pierdo el tiempo en esperar a que llegue el viejo ascensor, me lanzo literalmente escaleras abajo y luego calle abajo, corro para huir de las notas de música, para terminar de una vez. Freno en seco en el Caffè Erica y saludo al dueño con el mismo ademán de cabeza de todas las noches, no parece sorprendido de verme tan temprano, a la hora a la que suelo emprender mi peregrinación hasta el banquito. A mí sí que me sorprende ver a gente sentada en la terraza de su café, donde nunca hay nadie cuando voy a tomar Spritz, gente que parece feliz mientras desayuna. Me siento, un poco desconcertada porque mi mesa habitual la ocupa una pareja joven con gafas de sol. El dueño me pregunta: «¿Caffè, Spritz?», digo: «Spritz», tengo que beber aunque la ciudad esté recién levantada, tengo que beber para olvidar los primeros compases.

El cuarteto se titula *La muerte y la doncella*.

Hasta más tarde, mucho más tarde, casi a mediodía, lo sé porque la gente sale de las tiendas para ir a comer, no me doy cuenta del desastre. Me han robado el bolso. Dentro no hay nada, solo la cartera y algunas hojas escritas

en el banquito azul claro. El mazo de postales para Sarah lo llevo en el sujetador y las llaves de la casa de las alturas, en el bolsillo de los vaqueros. Pero ya no tengo la cartera. Ya no tengo dinero ni tarjeta de crédito. Pierdo los nervios. Empujo a la gente que está sentada en las otras mesas, busco al ladrón con la mirada, me dirijo a los viandantes en francés: «Oiga, ¿no habrá visto mi bolso?, por favor, ayúdeme, se lo suplico». Me pongo a gritar, sonidos que nunca había oído en mi boca, pienso que no voy a poder volver a casa, que no voy a poder abrazar a mi niña, aspirar como una drogadicta el olor a la vez dulce y salado de su cuello, ni ver de nuevo a mis padres, ni tranquilizarlos, ni volver al liceo con mis alumnos. La tarjeta de crédito es la fórmula mágica para hacer todo eso, el objeto milagroso que puede ofrecerme la oportunidad, en un minuto o dos, de comprar un billete de avión, irme de Trieste y regresar a la vida. El dueño del Caffè Erica me dice que me acompaña a la policía, que me va a ayudar a poner la denuncia, susurro débilmente que no, que no merece la pena, que no tengo fuerzas para eso, que ya no tengo fuerzas para nada, y él insiste, dice que no le había pasado nunca, y que ahora ya me conoce bien y me ha cogido cariño. Lo dice todo medio en francés medio en italiano, y me da palmaditas en la cabeza mientras yo me desplomo llorando como una niña en sus brazos recios, contra la camisa negra en la que se seca las manos todas las noches antes de servirme el Spritz, noto el olor a sudor y a viejo, y me dan ganas de contárselo todo, desde el principio, empezando por el hechizo de los ojos verdes de Sarah.

No hago nada, me quedo inerte todo el día, sentada en la terraza. Me trae copas de Spritz, rebanadas de paté, y cada dos horas me ofrece cerrar el bar y acompañarme a denunciar el robo, yo le digo que no con la cabeza, me da palmaditas en el pelo y me trae pañuelos con los que me sueno ruidosamente, lloro con prolongados lamentos, lloro en silencio, lloro tanto que me duele, él me trae más Spritz que se me sube a la cabeza, hablo con Sarah: deja de mirarme así, joder, ¿te crees que no me da vergüenza?, me muero de vergüenza de estar montando este numerito en la terraza del Caffè Erica, me muero de vergüenza, pero ya no sé qué hacer, no sé adónde ir, los astilleros están muy lejos, estoy muy cansada, a la casa de las alturas ya no puedo ir porque allí está *La muerte y la doncella*, sí, tú riete, venga, puedes reírte, pero ¿a ti no te sobresaltan esas cinco palabras, «la muerte y la doncella»? , porque a mí sí, a

mí, en cuanto las oigo, me entran ganas de tirarme por la ventana, de pasar por encima de la barandilla de la terraza y dar el mejor salto de mi vida, me entran ganas de juntarme al mismo tiempo con el cielo de Trieste y con el mar triste.

Al final digo no, gracias, a un último Spritz y me decido a subir a la casa de las alturas. El dueño del Caffè Erica me dice que, por supuesto, me invita a todo lo que me ha servido durante el día, y que puedo seguir yendo allí todas las noches, como antes, para tomarme el Spritz nocturno, hasta que lo solucione, que ya le pagaré más adelante. Me escribe su número de teléfono en un trozo de *ticket*, cuando ya solo quedamos él y yo, mientras hace caja, exactamente igual que todos los días, y yo lo miro, exactamente igual que todos los días, con expresión abatida. Giro la llave en la cerradura, aterrada, con la esperanza de que el disco se haya parado. Decido no abrir el sofá cama, ir a dormir a la cama del abuelo de Lisa, en el dormitorio *kitsch* y rosa, en la bombonera de la ventana redonda gigantesca. Me desplomo en la cama, me sorprendo al sentir que el cuerpo se me hunde en el colchón mullido. Saboreo la reconfortante sensación de estar, de repente, como en un nido. En esa cama inmensa me siento arropada, acurrucada en ese dormitorio acolchado, perdida. Ya no quiero moverme. Las paredes cabecean, los dibujos naïf de los tapizados de *toile de Jouy* bailan ante mis ojos, tengo ganas de vomitar pero mi cuerpo está tan a gusto que no puedo levantarme, cierro los ojos, intento respirar despacio, calmar la danza macabra de pastores y pastoras en la pared y en el techo, calmar la voz de Sarah que oigo dentro de mi cabeza, preguntando: «¿Quién es la muerte y la doncella, eh? ¿Quién es, tú o yo?».

El bora es un viento catabático que sopla cuando una masa de aire frío y pesado cae desde un punto elevado. Es un viento fuerte que se lanza sobre la ciudad de Trieste en dirección al golfo de Venecia. Procede del flujo de aire frío que se forma en invierno en las cumbres de Eslovenia, que baja por las vertientes costeras, acelerándose, con una velocidad media de entre cincuenta y ochenta kilómetros por hora y ráfagas que en Trieste a menudo alcanzan los ciento ochenta kilómetros por hora. El bora se llama así por Bóreas, el dios que en la mitología griega encarna al viento del norte. También puede llamarse *borin* cuando es flojo y tirando a cálido, *boron* cuando es más intenso, *borazza* cuando es muy fuerte, *bora chiara* si sopla en un día despejado y

bora scura si sopla en un día cubierto. Stendhal, que fue cónsul en Trieste, escribió: «Lo llamo ventarrón cuando hay que estar pendiente de sujetar el sombrero y bora cuando existe el riesgo de romperse un brazo». En 1830, sopló tan fuerte que en Trieste hubo veinte fracturas de piernas y brazos. En algunos lugares de la ciudad hay cadenas, en las esquinas de las calles, para que a los viandantes les resulte más fácil girar, agarrándose. Para que se mantengan de pie.

29.

A la mañana siguiente, en la bañera de azulejos color cáscara de huevo, me doy un masaje largo en cada parte del cuerpo, tratando de infundirles vida a mis miembros muertos, que están como muertos. Digo las tablas de multiplicar y me cuesta a partir de la del tres, pruebo con las fábulas de La Fontaine, para aferrarme a las cosas que conozco. Tengo miedo de mí misma. Me gustaría acordarme de lo que sucedió aquella noche en Les Lilas. Sé que hicimos el amor, hasta ahí bien, pero ¿después? Vuelvo a notar el olor a sangre que me sigue a todas partes. Me da la impresión de que el aparato de música se pone en marcha solo y *La muerte y la doncella* retumba por toda la casa. No consigo salir de la bañera para comprobarlo. No sé qué hacer. A costa de un esfuerzo sobrehumano, salgo del agua perfumada de violeta, me seco, me pongo los vaqueros y el jersey, siempre los mismos, y bajo hasta el banquito azul claro. Estoy agotada. Me duermo en el acto, tumbada en el banco, mi último refugio, mi escondite dentro del escondite, mi huida dentro de la huida.

El camino de vuelta me resulta más penoso que nunca. En la tienda Spar acecho el saludo del dependiente, que ya me conoce de sobra, y lo saludo también. Miro buscando dónde están las cámaras de vigilancia. Por primera vez, no voy a comprar nada, tengo miedo de que sospeche algo ese hombre a quien todos los días, desde hace una eternidad o casi, le compro exactamente lo mismo. Zumo de pomelo, ñoquis de espinacas y yogures de arándano. Parece ser que algunas mujeres tienen antojos cuando están embarazadas, y

por lo visto yo tengo antojos cuando estoy apesadumbrada. Cuando puedo tragar algo, solo admito esos alimentos. Doy vueltas por los pasillos de los comestibles, no sé muy bien cómo apañarme. Echo un vistazo a mi alrededor y me meto la bolsa de ñoquis en el bolsillo del abrigo gris topo. Al salir me despido en francés, avergonzada, y pienso que eso es lo que me va a delatar, la ausencia de mi *arrivederci* habitual. Pero el cajero no dice nada, se limita a sonreírme, pienso en lo desconcertante que resulta que sea tan fácil, y luego para tranquilizarme, porque ahora que no tengo dinero, no me queda otra alternativa. A pesar de todo, cuando llego a la calle, echo a correr, paso por delante del Caffè Erica sin pararme, siento tanta vergüenza que me quema el vientre, que me quema todo.

Los días posteriores transcurren así. Soy como una anciana, tardo más de medio día en llegar hasta el banquito, y cuando ya estoy allí, me sumo en un sueño comatoso. Cuando subo de vuelta es casi de noche, robo en el Spar y ya no me paro en el café, regreso a casa con el cuerpo molido por culpa de un dolor generalizado que no me explico. Tengo escalofríos febriles y unos dolores de cabeza tales que me entran ganas de golpeármela contra las paredes. Intento escribir un poco, unas palabras cada día, para mantener la mente lúcida. Pero no me acuerdo de nada, ya no consigo decir a qué día ni en qué mes estamos. El rostro de mi hija se me va borrando poco a poco de la mente. Ya solo veo los pechos de Sarah, esos pechos tan hermosos y tan enfermos que van a matarla, que me llevaron a matarla, y más arriba de los pechos, los ojos de Sarah, sus ojos de serpiente, y luego su perfil de muerta coronado de magnolias.

Franz Schubert compuso el cuarteto en re menor titulado *La muerte y la doncella* en marzo de 1824. No se publicó hasta después de su muerte. La ejecución del cuarteto dura aproximadamente cuarenta minutos. Consta de cuatro movimientos: *allegro*, *andante con moto*, *scherzo* y *presto*. El segundo movimiento, el *andante*, es una serie de cinco variaciones sobre un tema extraído de un *lied* para voz y piano que compuso en 1817. La letra de ese *lied*, en alemán, procede de un poema de Matthias Claudius.

LADONCELLA

¡Vete, ay, vete!

¡Desaparece, esqueleto cruel!

¡Aún soy joven, mejor vete!

Y no me toques.

LAMUERTE

¡Dame la mano, tierna y hermosa criatura!

Soy amiga tuya y no vengo a castigarte.

Confía en mí, no soy cruel,

ven a dormir plácidamente entre mis brazos.

Recuerdo cómo es: su voz por teléfono, cuando estaba lejos, en otro país o en otra ciudad. Qué dulce era saber que existe, tener pruebas, ya no pienso más que en eso. En los rastros, en las pruebas y en el cuerpo. En los cuerpos también. Pero sobre todo, sobre todo, en lo tangible. En lo que se puede tocar mientras se puede. Rozar, acariciar y arañar; mientras se pueda.

30.

Escalofríos, todo el rato, en cuanto me muevo un poco. Pues ya no me muevo, así de fácil, ya no me muevo. Paso del recorrido cotidiano hasta el banquito azul claro. Paso de los Spritz en el Caffè Erica, paso del Spar y los yogures de arándano robados cuando el cajero no mira. Paso de la vida. Tengo frío, de verdad que tengo demasiado frío, y las duchas ardiendo me despellejan sin llegar a calentarme de verdad. No paro de hacerme daño, me doy golpes, me corto de la forma más tonta, salpicando de sangre la pared blanca, y me hago

arañazos con mis propias uñas. Me salen cardenales. Me caigo y me parto la cara. Si al menos pudiera partirle la cara a mi buena estrella, mismamente, a ver qué pasa, o a quien fuera, en realidad. Marsella cae un poco lejos, demasiado lejos, aunque me acuerde todos los días del mareo al ver todo ese mar y toda esa luz, cuando yo aún no sabía que se iba a morir.

Me atrincheró en el dormitorio, el dormitorio rosa del anciano romántico, el dormitorio de dama coqueta cuando resulta que seguramente nunca hubo ninguna dama, el dormitorio de la ventana redonda y el espejo grande y dorado. Me duele, me duele mucho, por todo el cuerpo. Cada movimiento me hace daño.

Tumbada en la cama, hecha un cuatro, hundida en el colchón, espero. Ya no tengo fuerzas para levantarme, se acabó. Van pasando las horas, lo sé porque veo cómo la luz se retira y luego vuelve. Una noche. Me meo encima. Ya no tengo fuerzas para ir hasta el baño. Tengo los ojos cerrados y la boca seca, muy seca, y el sabor de la sangre en los labios. Dos noches. Ya no oigo las ráfagas del bora, el viento loco, ni el rumor de la calle, ni las palabras italianas, ni las ruedas de los coches que chirrían en la pendiente. Ya solo oigo el disco de Schubert que parece seguir girando allí, en la cocina, una y otra vez, incansablemente, como si tu fantasma apretara la tecla de *replay* en cuanto concluye el cuarteto. Ya solo oigo los latidos de mi corazón, a un ritmo que nunca había notado, un *tempo* muy rápido, *con fuoco*. Me late en los oídos y en las muñecas, me late en el sexo y en lo hondo de la garganta. Ya no soy más que un pulso, mi cuerpo entero marca el ritmo, una cadencia enloquecida, para virtuosos. Tres noches, creo. Puede que al final amanezca. Qué sed tengo. Ya no me duele nada. No siento nada. Lo veo todo rojo detrás de los párpados cerrados, formas rojas que parpadean al compás. Sístole, diástole, sístole, diástole, sístole, diástole, sabum sabum sabum, así, más y más deprisa, sssabum, más y más deprisa, más y más deprisa, más y más deprisa, como una melodía que se desvanece en la penumbra.



PAULINE DELABROY-ALLARD (1988) es profesora. Madre soltera a los veintidós años, viajó de Francia a Kazakistán y ha trabajado de librera y cajera de cine. Escribe para *En attendant Nadeau*, una revista literaria online.

El día que cumplió treinta años envió el manuscrito de *Voy a hablar de Sarah* a muchas editoriales francesas y fue Minuit, la mítica editorial de Marguerite Duras (con la que se compara a la autora), quien la adquirió. La novela se convirtió en la favorita de la crítica y los lectores, fue finalista del Premio Goncourt, obtuvo el Premio de los Libreros de Nancy-Le Point, el Premio Envoyé par la Poste, el Premio Roman des Étudiants France Culture-Télérama y el Premio del Estilo, y está siendo traducida por las principales editoriales del mundo.

Notas

(Todas las notas al pie son de las traductoras).

[¹] *Tempête* en francés significa «tempestad». <<

[2] «Canción, tú que no quieres decir nada, tú que me hablas de ella y tú que me lo dices todo». <<

[3] «Antaño fui flor y ahora soy villa». <<

[4] William Shakespeare, *Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1978, trad. y notas de Luis Astrana Marín. <<

[5] En todos los grandes aeropuertos y estaciones de ferrocarril de Francia hay un piano a disposición de los viajeros que esperan. <<

[6] «Los tiovivos se mudan [...], para pasarlo bien, tiovivos, ya no tengo ... ¿qué no tengo?... edad». (Traducción literal, sin juegos de palabras ni aliteraciones). <<

[7] «Cuida tu matrimonio, no fuerces tu tiovivo». (Ídem). <<

[8] «Mi ti vivo eres tú»: «Por ti me da vueltas la cabeza, mi ti vivo eres tú».

<<

[9] «La casa del chalado», nombre popular con que se conoce la Cité Radieuse.

<<

[¹⁰] En francés, *consolation*. <<

[11] Literalmente, «tiene miedo pronto». <<

[12] En francés, «Pars, pars, pars». <<

[13] «Oh, oh, vértigo del amor», estribillo de una canción de Alain Bashung, «Vertige de l'amour». <<

[14] «Tenía el siglo dos años...», comienzo de un poema autobiográfico de Víctor Hugo. <<

[15] Novela de Georges Perec (Barcelona, Anagrama, 2006, trad. de Josep Escué Porta). <<

[16] Novela de Jorge Semprún (Barcelona, Tusquets, 2011, trad. de Thomas Kauf). <<